# TEORIA DEL PSICOANALISIS

C.G. Jung



*Teoría del psicoanálisis* no es una exposición sistemática del estado actual del psicoanálisis, dividido hoy en tantas ramas y escuelas que mutuamente se combaten; contiene todos los gérmenes de las teorías de problemas, precisión de una actitud que hubo de marcar época en la historia del movimiento psicoanalítico, y vibrante polémica contra los detractores del psicoanálisis que, de mal talante, achacaron toda clase de defectos a la teoría psicoanalítica: He aquí lo que es la presente obra.

Carl Gustav Jung

# Teoría del psicoanálisis

**ePub r1.0**
**Titivillus** 11.05.2020

Título original: *Versuch einer Darstellung der psychoanalytischen Theorie*
Carl Gustav Jung, 1912
Traducción: F. Oliver Brachfeld

Índice de contenido

*Si intentáramos captar los tres grandes sistemas —Freud, Adler, Jung— en su íntima esencia (y no en sus enseñanzas), si intentáramos exponerlos al modo más breve, se podría decir:*

*«En la labor investigadora de Freud se percibe por todas partes el cálido soplo de la metrópoli. La dialéctica demasiado clara y hasta cegadora le pertenece. Freud es un FAUSTO que no deja tranquilos a los demás, y que, a su vez, nunca está tranquilo.*

*»En la escuela de Adler, encontramos por todas partes la pequeña ciudad; cada cual puede mirar por la ventana de su vecino y controlar celosamente su standard de vida. El hacerse valer es lo más importante. Se perciben olores de cocina doméstica de la clase media por todas las calles.*

*»Con Jung, sin embargo, no estamos ya en la metrópoli ni en la pequeña ciudad; nos encontramos en la atmósfera libre y fresca de los Alpes. El turista contrata un guía para algunas horas, pero en lo demás sólo puede confiar en sí mismo y en sus propias fuerzas. Junto a él, hay rocas y tierra, y encima brilla el límpido cielo y el sol que nos proporciona energías».*

*Es de esta manera, poco más o menos, que un médico y escritor, fervoroso admirador de Jung, caracterizó cierto día los tres sistemas principales del moderno psicoanálisis. Al recorrer las páginas de este libro, el lector respirará sin duda esta refrescante atmósfera de los Alpes suizos, de los que es oriundo él ya desde hace mucho tiempo famoso Carlos Gustavo Jung, autor del presente libro. En una marcha ascendente, que el lector no experimentará ni un momento como algo penoso, nos abandonaremos a la segura guía de C. G. Jung, quien orientará nuestros pasos con singular maestría por los laberintos ideológicos del psicoanálisis, teniendo en las manos la brújula del buen sentido humano y el azadón de la crítica. Llegaremos así, poco a poco, a una alta planicie desde la cual tendremos una visión más elevada de las teorías del psicoanálisis.*

*TEORÍA DEL PSICOANÁLISIS no es ninguna exposición sistemática del estado actual del psicoanálisis, dividido hoy en tantas ramas y escuelas que mutuamente se combaten; contiene todos los gérmenes de las teorías que el propio C. G. Jung profesa en la actualidad. Exposición sencilla, fácilmente asequible hasta para quienes no posean una preparación especial para esta clase de problemas; precisión de una actitud que hubo de marcar época en la historia del movimiento psicoanalítico, y vibrante polémica contra los detractores del psicoanálisis que, de mal talante, achacaron toda clase de defectos a la teoría psicoanalítica: he aquí lo que es la presente obra.*

*Jung publica la Teoría del Psicoanálisis, en su primera edición alemana, en 1913, bajo el título Versuch einer Darstellung der psychoanalytischen Theorie. La aparición de este estudio marca una profunda crisis tanto para la persona del propio Jung, como para el movimiento psicoanalítico. Al escribirlo, Jung no discrepaba aún por completo (como ocurrió más tarde, aunque en el fondo haya muchas semejanzas entre los dos) del pensamiento de su maestro Sigmund Freud. Habíase producido ya la otra gran heterodoxia en el seno de la escuela freudiana, cisma aún más fecundo y más importante de lo que debía de ser luego el de Jung: Alfredo Adler. Jung asumió todavía la presidencia del cuarto Congreso de Psicoanálisis, celebrado en Múnich, pero esta participación fue la última; las divergencias entre su modo de ver y el de la escuela «oficial» llegaron a abrir una sima entre Freud y Jung, a pesar de las valiosas aportaciones de este último a la obra de su maestro. Sin embargo, Jung no ha llegado nunca a alcanzar la independencia de espíritu de Adler, ni a sacudir por completo el yugo del potentísimo pensamiento freudiano. En medio de las fundamentales discrepancias que separaban a los dos grandes psiquiatras vieneses, Jung creyó encontrar la misión peculiar del psicoanálisis suizo: la de mediar entre lo que le parecían dos exageraciones sectarias, y que él mismo intentó explicar luego en su Tipología psicológica (que tanto contribuyó a hacerle famoso), mediante unas diferencias existentes entre las «ecuaciones personales» de Freud y de Adler.*

*Adler y Freud se contraponen en irreconciliable antagonismo. ¿No serían ambos igualmente exagerados, igualmente unilaterales, habiendo reconocido cada uno de los dos sólo una parte de la verdad? Y si así fuera, ¿no se podrían explicar sus discrepancias por su manera de ser y su temperamento: introvertido el uno, extravertido el otro? Estos dos términos constituían un hallazgo y son «palabras aladas»; pero, ¿explican verdaderamente las diferencias que separan a Adler de Freud?*

*Jung se propuso salvar esta sima, para elevarse luego, por encima de ambos, hacia una mayor plenitud, hacia una verdad más amplia que la de sus dos eminentes colegas. La Historia dirá si ha logrado o no su propósito, pero no dudamos de que haya quienes acusen al psiquiatra suizo de un eclecticismo harto fácil que representa un sacrificio menor que el adscribirse en cuerpo y alma a una de las dos teorías —por ejemplo— radicalmente antagónicas: sabido es que, huyendo de fáciles eclecticismos, somos discípulos, colaboradores de Alfredo Adler. Para medir la temperatura, disponemos de tres clases de termómetros, fabricados según Réamur, Celsius y Fahrenheit. Los tres nos sirven muy bien para medir la temperatura, aunque con unas escalas diferentes; lo importante es medir, y saber luego lo que hayamos medido, o sea lo que los grados del termómetro significan en uno y otro de los sistemas. Lo mismo ocurre cuando se trata de*

*explicar la psique del hombre: se puede proceder a nuestro examen según los tres sistemas diferentes, pero no se debe olvidar nunca desde qué punto de vista hemos procedido. Así se evitarán confusiones.*

*Jung no es causalista como Fred, ni teológico- finalista como Adler; para él, la vida anímica es «causal y final al mismo tiempo». Como se verá por las páginas que siguen, para Jung la causa de la neurosis no radica en los traumatismos; existen personas que, a pesar de traumatismos, no han llegado nunca a ser neuróticas, mientras que, en otras, algún traumatismo meramente imaginado condujo a la producción de dolencias. Si bien para Freud la represión es algo rígido que se puede «disolver» mediante la técnica del psicoanálisis —analizar, ¿no quiere decir «disolver»?—, si bien, según Adler, la neurosis desaparecería si no existiera en el paciente una falta de ánimo y valor, Jung reconoce tanto la existencia de los «complejos» como, por otro lado, la importancia fundamental del «conflicto actual», del que nos hablará en las páginas del presente libro (y en cuya importancia tanto insistiera la escuela adleriana). De esta manera, Jung reconoce la determinación psicológica bastante menos que su consecuente continuador Alfredo Adler.*

*La neurosis es, para Jung, la opresión de uno de los dos polos de nuestra personalidad en favor del otro. La idea de la compensación (que ya en las teorías de Freud tiene cierta importancia, pero que sólo en las de Adler fue plenamente reconocida, en el concepto de la supercompensación) aparece también en Jung como el carácter primordial de todo acontecer anímico. La vida es un juego de compensaciones, un eterno vaivén, entre placer y dolor, conciencia e inconsciencia, crecimiento y disminución, extraversión e introversión, progresión y regresión, vida y muerte.*

*Continuador importantísimo de las teorías energéticas del alma, la libido es para Jung la portadora de la energía anímica, un concepto análogo al de la energía en la Física. Con esto, claro está, la libido queda desexualizada y su concepto se amplía considerablemente, transformándose con ello también la noción de la sexualidad, que se subdivide en varias fases, según las fases de la humana a que corresponde. La idea jungiana de la escisión de la libido es considerada por muchos como muy fecunda; otros verán en su desexualización, sin duda, una «resistencia» debida al fondo metafísica y religioso que el aparente pragmatismo trata en vano de ocultar en la obra que presentamos.*

*Pragmatismo tan sólo aparente, acabamos de decir. En efecto, nadie más que Jung está preocupado por problemas metafísicas y religiosos, y no sólo en nuestra civilización occidental, sino también en los primitivos y en los antiguos orientales. Es espiritualista: «nosotros, los modernos, tenemos la necesidad de vivir de nuevo, en el espíritu, esto es, de convertirlo en protovivencia», nos dice en un*

*estudio suyo. Éste es su credo. Salva la religión para los psicoanalistas (como Rhaban Liertz intentará salvar cierto día el psicoanálisis para la religión, fracasando en su intento), y es incapaz de considerarla, siguiendo a Freud, como mera ilusión. No está dispuesto a elevar la sexualidad por encima de todo.*

*Pero hay todavía más. Prescindiremos, en este lugar, de explicar sus conceptos —de cariz un tanto escolástico— de animus y de anima, y sólo dedicaremos pocas palabras a su concepto de los arquetipos, o sea del inconsciente colectivo. Según Jung, el alma no nace como una tabula rasa; hay continuidad entre las generaciones humanas, y, «en cierto modo, somos parte de una gran alma única, de un hombre único, inmenso, para hablar como Swedenborg». Si bien el alma no posee representaciones heredadas, tiene por lo menos unas posibilidades, debidas a la herencia, de producir de nuevo aquellas representaciones «que, desde siempre, -fueron la expresión de los dominantes del inconsciente». Existe un patrimonio común de la Humanidad: el patrimonio anímico heredado, y las adquisiciones de los antepasados perduran no sólo corporal, sino también anímicamente, en los descendientes. ¡Ay de quienes no saben dominar estas ancestrales herencias anímicas! A veces, estas últimas cobran existencia autónoma, como verdaderas «personalidades parciales», causando graves conflictos anímicos en el individuo que las lleva. En los sueños del hombre normal, en las fantasías del niño, en la mente escindida del esquizofrénico, todos «repasamos lecciones que repasaron antaño nuestros antepasados», como dijo Vietzsche. La teoría de Jung cobra, pues, una importancia historicocultural, con su concepción de los «arquetipos» del alma y del inconsciente colectivo; importancia tal vez mayor que la de las teorías freudianas; importancia a la cual nunca ha pretendido Adler. Al mismo tiempo, consigue con ello una elasticidad muy grande que le permite encuadrarse dentro de otras teorías. Si bien, hace algunos años, en un concurso público de la Universidad de Leipzig sobre «psicología profunda», se consignaban los nombres de los otros dos triunviros del psicoanálisis como exponentes de la misma, sin que se mencionara a Jung, vemos hoy lía aparecer su nombre en casi todos los libros acerca de problemas psicoanalíticos, con nuevos brillos. Es verdad que, entre los tres, es Jung el único «ario»; hace algunos años, los psiquiatras te la Alemania hitleriana le elevaron, por tanto, i la presidencia de una asociación de psicoanalistas «arios», y Jung fue a presidir, en efecto, su ingreso. Verdaderamente, de los «arquetipos» hasta su identificación con el concepto místico de la «sangre» (la idea de que, lo que somos, lo somos en virtud de lo que fueron nuestros antepasados), no hay más que un paso. Esto tiende un puente entre Jung, psicólogo conservador, y la teoría política del nacionalsocialismo.*

*Porque Jung es, en último análisis, y a pesar de su aparente ideología liberal, un psicólogo de la reacción, y su «psicología analítica» es, respecto al «psicoanálisis» freudiano, lo mismo que el fascismo o el nacionalsocialismo respecto al socialismo marxista con el que tienen, a pesar de todo, hondas correlaciones. Pero estos problemas se refieren ya a una fase muy posterior de la evolución de nuestro psicólogo que poco tiene que ver con el autor de este libro, excepto el hecho de que en las siguientes páginas se halla en germen todo su ulterior desarrollo.*

*Es por este motivo que podemos afirmar que éste es uno de los mejores libros de Jung. El famoso psicoanalista suizo expone en las páginas que siguen, con una terminología sencilla (pero no por eso carente de metáforas y de otros recursos de estilo), todo el desarrollo de sus propias ideas psicoanalíticas, desde los primeros problemas del histerismo que despertaron el interés de Freud y de sus colaboradores, hasta su separación del maestro vienés. Pasa revista a las teorías del traumatismo, de los «instintos parciales», de la libido y de la neurosis, ilustradas todas con interesantísimos ejemplos, como son el análisis de la «señora histérica rusa», o de la «niña de once años». En brillantes páginas, el autor nos explica su concepción personal acerca de la libido, resumiendo en forma breve y asequible los resultados de otra monumental obra suya, mucho más extensa sobre dicho tema. La libido, concepción pansexualista en manos de Freud, se transforma en las de Jung en un concepto netamente energético y desexualizado, en estrecha analogía con el concepto de la conservación de la energía, de la Física.*

*Estas lucubraciones le dan a Jung ocasión para precisar, en todos los puntos en que ello sea necesario, su pensamiento frente a las de su maestro Freud, cuyas teorías enriqueció antaño con el «método de las libres asociaciones de ideas», el concepto de los Komplexwörter, y hasta con los términos «complejo» o «imago», lo mismo que con el postulado, hoy vigente entre psicoanalistas, de que todo médico psicoanalista debe someterse a un extenso análisis previo antes de iniciar su práctica psicoanalítica en enfermos.*

*Para la justa y crítica comprensión de tan capital tema de nuestro tiempo, como es el Psicoanálisis, es imprescindible el conocimiento de esta luminosa obra que representa un capítulo aparte en la historia del movimiento analítico.*

# PRÓLOGO

*EN LA presente obra, me he esforzado en poner de acuerdo mis experiencias prácticas con la teoría psicoanalítica. He circunscrito en ella mi actitud frente a los principios que mi venerado maestro Sigmund Freud tiene formulados tras largos años de asiduo trabajo.*

*Sorprenderá tal vez que hasta hoy no haya explicado esta mi actitud, aunque mi nombre aparece relacionado, desde hace ya tanto tiempo, con el psicoanálisis; esto se debe al hecho de que no me he creído ya en la posibilidad de formular crítica alguna, al darme cuenta, hace ahora diez años, de hasta qué punto había rebasado Freud los límites de los conocimientos adquiridos por la psicopatología y, en general, dentro del sector de la psicología, de los procesos complejos del alma.*

*No he querido enorgullecerme como tantos otros que, confiados en su ignorancia y en su incapacidad, han creído tener el derecho de rechazarlo todo a guisa de crítica; me dije que antes era preciso trabajar modestamente en silencio durante varios años en este terreno. Desde luego no han faltado las desagradables consecuencias de críticas prematuras y superficiales; los ataques de una indignación ignorante no dieron en el blanco; el psicoanálisis continúa prosperando, indiferente a la gazmoñería incientífica nacida en torno suyo. La planta crece y se propaga en dos mundos a la vez: en Europa y en América. Una vez más, la crítica oficial participa del triste sino del* proctofantasmista *de la* Noche de Walpurgis *y puede decir con él:*

# CAPÍTULO PRIMERO
## DE LA TEORÍA TRAUMÁTICA A LA TEORÍA DINÁMICA

# La teoría del traumatismo

NO ME parece tarea muy fácil hablar en el momento actual de psicoanálisis, no sólo porque topamos inmediatamente con los más complicados problemas de la ciencia moderna, sino, ante todo, por tropezar con numerosas dificultades, de las cuales parece imposible dar una descripción clara. El lector no encontrará, pues, en este libro, una exposición doctrinal completa teórica y prácticamente elaborada A pesar de todo el trabajo realizado hasta la fecha, el psicoanálisis aún no ha llegado a tanto Tampoco podemos brindar al lector la génesis ni la evolución del sistema. La literatura sobre temas psicoanalíticos está bastante divulgada hoy; ¿para qué repetir entonces lo que se ha dicho ya tantas veces? Otra dificultad más se debe al hecho de que existan actualmente opiniones tan equivocadas sobre la naturaleza del psicoanálisis que a veces es imposible captar su verdadero carácter, y uno tiene que preguntarse muy a menudo cómo un hombre de alguna cultura científica ha podido llegar a ideas tan fantásticas. Pasemos por alto estas lucubraciones, consagrando nuestro tiempo y nuestro esfuerzo a problemas que, por su naturaleza, podrían verdaderamente dar lugar a una mala inteligencia.

En el decurso de los últimos decenios, la teoría psicoanalista ha evolucionado considerablemente, cosa que aún mucha gente parece ignorar. Muchas personas, por ejemplo, que han leído la obra inicial: *Estudios sobre el histerismo*, de Breuer y Freud, persisten en la opinión de que, según la teoría psicoanalítica, el histerismo y, en general, todas las neurosis, son oriundos de traumatismos de la primera infancia. Siguen, pues, combatiendo esta *teoría del trauma*, sin sospechar que ha quedado abandonada por el propio Freud ya hace más de quince años, quedando remplazada por otras concepciones. La aludida transformación del psicoanálisis tiene tanta importancia para todo el desenvolvimiento técnico y teórico del psicoanálisis, que vale verdaderamente la pena de someterla a un detenido examen. Según el citado libro de Breuer y Freud, el síntoma histérico no provendría de una fuente orgánica desconocida, tal como se creyó antaño, sino que deberíase a determinados fenómenos anímicos de gran valor efectivo: lesiones anímicas o traumatismos. Todo observador concienzudo puede confirmar hoy día, por sus propias experiencias, que, en efecto, encontramos muy a menudo en los comienzos del histerismo síntomas sobremanera molestos y dolorosos.

Tal fenómeno no escapó por completo a la atención de los médicos antiguos; sin embargo, fue Charcot, a mi entender, quien aprovechó por primera vez esta observación teóricamente útil, probablemente bajo la influencia de la teoría del *nervous shock* de Page. Charcot comprobó asimismo, gracias al hipnotismo, que estuvo en aquel momento en auge, que los síntomas histéricos podían provocarse y suprimirse mediante la sugestión. Creía estar en presencia de algo análogo a los casos de *histerismo del accidente (Unfall-Hysterie)*, que en aquel entonces se hacían cada vez más frecuentes.

Para Charcot, el *shock* del traumatismo sería el factor del hipnotismo; la emoción producida por él provocaría una parálisis total momentánea de la voluntad, mientras podría producirse la representación del trauma como una especie de autosugestión.

Esta concepción ofreció la base a toda una teoría psicogenética. Estudios etiológicos[3] debían demostrar más tarde la existencia de este mecanismo, o de otro mecanismo semejante, en los casos de histerismo no traumático. Es esta laguna la que vinieron a llenar en la etiología del histerismo los descubrimientos de Breuer y Freud, demostrando que los casos ordinarios del histerismo (aquellos que no se consideraban como consecuencia de algún traumatismo) englobaban, no obstante, a su vez, este elemento revestido de la misma importancia etiológica. Era naturalmente que Freud, discípulo personal de Charcot, viera en este descubrimiento una confirmación de las ideas de su maestro. La teoría, elaborada en su mayor parte por Freud, basada en las experiencias que se habían realizado hasta aquella fecha, está marcada por consiguiente por el sello de la etiología traumática, hasta tal punto que, con justo derecho, se la puede denominar teoría del traumatismo.

La novedad de esta teoría —haciendo abstracción completa del análisis profundizado de los síntomas— consistía en la disolución del concepto de autosugestión (en un principio factor dinámico de la teoría) y en su sustitución por unas representaciones detalladas de los efectos psicológicos y psicofísicos originados por el *shock*. El *shock* o traumatismo produce una emoción de la cual el individuo se libra; esta emoción queda en condiciones normales descargada, *ab-reaccionada* hacia fuera. En el caso del histerismo, el traumatismo no se experimenta sino parcialmente; resulta de ello una *retención de la emoción (Affekt-Einklemmung)*. La energía potencial de esta emoción retenida, pero siempre dispuesta a actuar, entretiene los síntomas de la enfermedad, pasando (mediante una *conversión* de energías) del sector anímico al sector físico. La terapia debía, pues, tener por objetivo en este estudio de los conocimientos psicoanalíticos, la liberación de esta emoción retenida, esto es, el separar de los síntomas las cantidades de energía emotiva convertidas y reprimidas. Por esto se la ha llamado muy justamente *teoría purificadora* o *catártica*, siendo su objetivo el de *ab-reaccionar* las emociones retenidas. El análisis veíase así más o menos estrechamente vinculado a los síntomas; primero se les analizó, o bien sirvieron de punto de partida al trabajo analítico; procedimiento que está en completa oposición con la técnica aplicada actualmente por los psicoanalistas. El método *catártico* (como asimismo la teoría sobre cuya base descansa) fue aceptado por otros especialistas, en la medida en que se interesaron por él, y llegó a obtener consagración oficial en varios libros de texto de enseñanza psiquiátrica.

Si bien los descubrimientos de Breuer y Freud son indudablemente justos, cosa que se puede comprobar en cualquier caso de histerismo, no por eso deja de suscitar la teoría misma algunas objeciones. El método de los psiquiatras demuestra con admirable claridad las relaciones que existen entre los síntomas actuales y los acontecimientos traumáticos de antaño, así como las consecuencias psicológicas aparentemente forzosas de la situación traumática inicial. No por eso se deja de tener dudas sobre la importancia etiológica del llamado traumatismo. En primer lugar, a todo aquel que conozca el histerismo le parecerá muy dudoso que se pueda reducir una neurosis, con todos sus detalles, a ciertos acontecimientos del pasado, o sea al motivo de la *predisposición*. Actualmente está de moda considerar los estudios mentales anormales que no sean de proveniencia exógena como productos de una degeneración hereditaria y no como oriundos de la psique y de las circunstancias del medio ambiente. Esto es una exageración. Sabemos fijar muy bien, por ejemplo, la

línea mediana en la etiología de la tuberculosis; existen, sin duda, casos de tuberculosis en los cuales el germen de la enfermedad se multiplica desde la primera infancia, en un terreno tan predispuesto por la herencia, que las condiciones más favorables son incapaces de salvar al enfermo de su sino. Sin embargo, existen igualmente casos de infección mortal con una ausencia total de toda afección hereditaria y de predisposición. Tales constataciones tienen su valor en el sector de la neurosis cuando las cosas no pueden pasar de ningún modo de otra manera que en otros sectores de la patología. Una teoría constitucional extrema sería tan falsa como una teoría unilateral del medio ambiente. Aunque la teoría del traumatismo tenga un carácter muy marcado de teoría constitucional que busca en el pasado la *conditio sine qua non* de la neurosis, no por eso el empirismo genial de Freud ha dejado de encontrar —en sus estudios propios como en los que fueron realizados por Breuer — hechos más en consonancia con una teoría ambiental; pero estos hechos no han sido utilizados suficientemente desde el punto de vista teórico. Estas observaciones fueron luego condensadas por [9] Freud en una sola idea, que debía conducirle más tarde mucho más allá de la teoría del traumatismo: el concepto de la *represión (Verdrangung, refoulement).*

# La teoría de la represión

POR *represión* se entiende un mecanismo de transferencia de una noción consciente a la esfera inconsciente (o esfera de la psique ignorada por la consciencia). El concepto de la represión se basa en la observación hecha tan a menudo de que los neurópatas son capaces de olvidar hasta tal punto los pensamientos o los acontecimientos importantes, que parecerá como si nunca hubieran existido. Este fenómeno es harto frecuente y es, sin duda, conocidísimo por todos los médicos que ya se hayan I preocupados de penetrar en la psicología de sus enfermos. Ya los trabajos realizados por Breuer y Freud demostraron la necesidad de usar unos procedimientos especiales para devolver a la conciencia las vivencias traumáticas olvidadas. Quedamos, sin duda, algo sorprendidos, ya que todo el mundo está poco dispuesto a admitir que cosas importantes puedan olvidarse. Frecuentemente han surgido críticos que pretendían que los recuerdos hipnóticos, no eran sino el resultado de la sugestión, sin que respondieran a realidad alguna. Aunque tal duda esté hasta cierto punto fundada, sería injusto aprovecharla para negar la represión *en principio*, puesto que en muy numerosos casos ha podido ser comprobada la autenticidad de los recuerdos reprimidos y devueltos luego a la superficie de la conciencia. Para contribuir por nuestra parte a las abundantes pruebas que existen de este caso, podemos demostrar experimentalmente la existencia de tales fenómenos mediante la *expresión de las asociaciones de ideas*. Comprobamos que las asociaciones de ideas que pertenecen a unos complejos fuertemente afectivos, reaparecen mucho más difícilmente en la superficie de la conciencia y quedan muy a menudo olvidadas.

Como quiera que estas experiencias no han sido nunca comprobadas, esta comprobación nuestra queda rechazada sin más ni más. Ahora bien: recientemente, Wilhelm Peters, de la escuela de Kraepelin, ha confirmado mis primeras observaciones y ha demostrado que los acontecimientos que hayan acarreado un displacer (desdén, dolor), son sólo muy raras veces reproducidos con exactitud.

El principio de la represión fundaméntase, pues, en bases empíricas absolutamente seguras. Sin embargo, es preciso ir más lejos aún y preguntarse si la represión proviene de una decisión consciente del individuo, o si se trata de una disposición más bien pasiva, de la cual el individuo no tenga conciencia. Freud aporta en sus trabajos y una serie de pruebas de que existe una tendencia —por decirlo así, consciente— de reprimir todo cuanto sea molesto. No hay psicoanalista que no conozca numerosos casos en los cuales acabó por convencerse de que una vez en el curso de su enfermedad, los enfermos se dieron más o menos cuenta de su voluntad de no pensar más en tal o cual cosa desagradable. Una enferma observó un día, de manera harto significativa: «*je l'ai mis de côté», «dejé eso a un lado*». Por otra parte, forzoso nos es reconocer que, muy a menudo, las investigaciones más refinadas son insuficientes para probar ningún «apartamiento» y que el proceso de la represión aparece mucho más como una desaparición pasiva o una atenuación de impresiones. Los enfermos que pertenecen a la primera categoría, dan la impresión de ser personas mentalmente bien desarrolladas, pero cargadas de cierta cobardía frente a sus propios sentimientos. En cambio, aquellos que pertenecen al segundo grupo parecen haber

sido perjudicados en su desenvolvimiento y, en ellos, el proceso de la represión puede compararse a un mecanismo automático. Esta diferencia está en muy estrecha relación con la cuestión (ya esbozada más arriba) de la teoría ambiental o de la constitucional. Los casos de la primera categoría parecen haber sido influidos ante todo por los que les rodearon y por la educación; mientras que, en el segundo caso, la constitución parece desempeñar un papel predominante. No es necesario observar qué categoría de enfermos tienen más probabilidades de curación.

El concepto de represión contiene, pues, un elemento que contradice la teoría del trauma. En el análisis de *Miss* Lucy R., descrito por Freud, se evidencia la inutilidad de buscar el factor etiológico importante en la escena traumática; lo encontramos, sin embargo, en la insuficiente preparación del individuo para hacer frente a la existencia. Si tenemos en cuenta que más tarde, en sus *Escritos de contribución a la teoría de la neurosis*, el mismo Freud, fortalecido por su experiencia, se ve obligado a considerar como fuente de la neurosis determinados acontecimientos importantes acaecidos en la primera infancia, tendremos la impresión de una mala inteligencia entre la idea de la represión y la del traumatismo: la primera contiene los gérmenes de una teoría ambiental, mientras que la segunda es una teoría constitucional.

# Teoría de la neurosis

EN UN principio, la teoría de la neurosis se desenvolvió enteramente en el sentido de la concepción traumática. Si seguimos el camino de Freud en sus trabajos posteriores, le vemos llegar a la conclusión de que no se puede atribuir sino una actividad aparente a los acontecimientos traumáticos más tardíos, puesto que su eficacia no se concibe sino en virtud de una predisposición especial. Es evidente que fue en este momento preciso cuando encontró la solución al enigma.

El trabajo analítico llevó al médico a la infancia, cuando se descubrieron las raíces de los síntomas histéricos. Para esto, se ha remontado la cadena de los síntomas histéricos, eslabón por eslabón, hasta llegar a reminiscencias infantiles. El comienzo de la cadena amenazó con perderse por completo en la niebla de la misma infancia. Ahora bien: una vez se llegó tan lejos, viéronse surgir inmediatamente unos recuerdos de escenas sexuales, activas o pasivas, en determinada relación con aquellos acontecimientos posteriores que por fin desembocaron en la neurosis. De todas estas observaciones surgió la teoría del traumatismo sexual de la infancia.

Dicha teoría tropezó con una resistencia tenaz, no a raíz de unas razones de orden teórico que podrían contradecir al principio mismo del traumatismo, sino por causa del elemento sexual. La gente se indignó al pensar que los niños podían tener sexualidad y que podían estar preocupados por temas sexuales. Además, la reducción del histerismo a una causa netamente sexual, no encontró aceptación favorable, puesto que precisamente se acababa de abandonar la idea de que esta enfermedad pudiera provenir de un reflejo interno o de una sexualidad insatisfecha. Es natural que se negara la realidad de las observaciones de Freud. Sin embargo, si los contradictores se hubieran contentado con ello, si la oposición no se hubiera fomentado artificialmente so pretexto de la indignación moral, hubiera sido posible una discusión sin enfado y desapasionada. Pero desde el momento en que se rozó el sector sexual, la teoría tropezó con una resistencia general, y toda la escuela freudiana no inspiró en Alemania sino desconfianza.

Para el hombre de ciencia verdaderamente serio, se trata tan sólo de saber si las observaciones de Freud son aceptables y justas o no. Es posible que a veces las encontremos poco probables; no obstante, no debemos considerarlas *a priori* como falsas. Todas las veces que la comprobación de sus resultados se ha intentado seriamente, las relaciones psicológicas han quedado absolutamente confirmadas; no así la primera suposición de Freud, de que se trataba siempre de escenas verdaderamente traumáticas. Además, el mismo Freud tuvo que abandonar, a consecuencia de numerosas experiencias, la hipótesis de la irrealidad absoluta del traumatismo sexual, comprobando que estas escenas de carácter sexual eran, en parte, irreales. Esto parece dar razón, a primera vista, a aquellos críticos que pretendían que los resultados de las investigaciones analíticas debíanse a la sugestión.

Pero tendríamos que dudar de la buena fe de quienes aporten tales afirmaciones. Quien haya leído los primeros escritos de Freud y haya intentado penetrar con él en la psicología de sus enfermos, sabe perfectamente cuán injusto sería atribuir a un espíritu tan fino como el suyo tan burdos errores. Acusaciones de este talante recaen,

en últimos análisis, sobre quien las haya formulado. Desde entonces, se ha examinado con toda clase de necesarias precauciones una larga serie de enfermos para excluir toda posibilidad de sugestión, y las relaciones descritas por Freud no han dejado de quedar corroboradas. Nos vemos, pues, obligados a admitir que gran número de tales traumatismos de la primera infancia son de carácter meramente imaginario, que no son sino meras fantasías, mientras que a otros traumatismos les corresponde la realidad objetiva.

Esta comprobación, en el primer momento un tanto desconcertante, quita todo valor etiológico al traumatismo sexual de la edad juvenil; poco importa si ha existido o no. La experiencia demuestra que las fantasías pueden tener una acción casi tan traumática como los mismos traumatismos sexuales. Sin embargo, todo especialista del histerismo puede recordar casos en los cuales la neurosis fue verdaderamente provocada por unas impresiones violentas con efectos traumáticos. Nos encontraríamos aquí ante una contradicción a causa de la improbabilidad del traumatismo que hemos comprobado más arriba; sin embargo, esta contradicción no es sino aparente. Muchísimas personas han padecido traumatismos en su infancia o en la edad madura, sin que se hayan vuelto neuróticos. El traumatismo no tiene, pues, una importancia etiológica incontestable; puede producirse y desaparecer luego sin dejar huellas duraderas. Es preciso, pues, que el individuo se encuentre en una disposición interior completamente especial para que ésta pueda ejercer una acción. No se trata de una disposición hereditaria completamente oscura, sino *de un desenvolvimiento psicológico que tocaría a su apogeo y manifestaríase en el momento traumático*.

He aquí un ejemplo concreto que nos hará comprender el carácter del traumatismo, así como su preparación psicológica:

Una señora joven fue atacada de un grave traumatismo a consecuencia de un gran susto. Después de pasar la noche en casa de unos amigos, volvía a su casa a eso de la medianoche, en compañía de varios de ellos. Súbitamente, detrás de ella apareció un coche, cuyos caballos corrían al galope. Las demás personas se pusieron de lado, pero ella, espantadísima, se quedó en medio de la calle y se puso a correr ante los caballos. El cochero hizo sonar su látigo; gritó, juró, pero todo fue en vano. Ella seguía corriendo por en medio de la calle, que la condujo a un puente. Allí, habiendo perdido sus fuerzas, estaba a punto de arrojarse al río para esquivar el peligro de los caballos. Por suerte, los transeúntes lograron impedir que realizara su propósito.

Ahora bien: dicha señora, que solía residir en San Petersburgo, había resistido (aunque a pesar suya) a la sangrienta represión de los sublevados en la famosa jornada del 22 de enero, encontrándose por casualidad en la calle cuando las tropas «la limpiaron» con sus descargas. A ambos lados caían al suelo personas muertas o heridas; sin embargo, ella conservó su entereza y presencia de espíritu. Descubrió un pasaje a través del cual pudo salvarse pasando a otra calle. Aparentemente, la escena espantosa no la había impresionado; se encontraba perfectamente bien, hasta en mejor disposición que de costumbre.

Son muy frecuentes los casos de esta índole. Se suele concluir de ellos, forzosamente, que la intensidad del traumatismo tan sólo tiene una débil influencia patógena (causante de enfermedades) y que los factores esenciales dependen de circunstancias peculiares. Poseemos ahora un indicio que podría ayudarnos a descubrir lo que es la predisposición. Preguntémonos, ante todo, cuáles son las

circunstancias peculiares de la escena del coche. La señora se asustó cuando oyó el galope de los caballos; durante un instante tuvo la intuición de una espantosa fatalidad, en virtud de la cual este galope significaría su muerte o alguna otra cosa no menos horrenda, hasta tal punto que perdió completamente la razón. No cabe duda que los caballos desempeñaban en la escena un papel importantísimo; no puede ser de otro modo, sino que representen para la enferma algo peculiar para que tan nimio acontecimiento pueda producir en ella tales efectos. Podría suponerse, por ejemplo, que ya alguna vez en su vida había corrido peligro a causa de unos caballos. Efectivamente fue así: a la edad de siete años, cuando la llevaban de paseo en coche, con su cochero, los caballos se desbocaron, lanzándose hacia un río que corría por un lecho muy profundo. El cochero saltó del coche, gritando hiciese otro tanto. En su terror, la pequeña apenas se pudo decidir a ello; sin embargo, saltó en el último momento, antes de que los caballos se hubieran precipitado, arrastrando tras sí al coche, en las honduras del río, donde los animales perecieron ahogados.

Que semejante acontecimiento pudiera dejar tan profunda impresión, no tiene nada de sorprendente; sin embargo, no se explica cómo y por qué precisamente una alusión tan nimia ha podido provocar, tanto tiempo después, reacción tan absurda. Sabemos que el síntoma tardío tuvo su preludio en la infancia; pero todo cuanto pueda contener de patológico queda completamente inexplicado.

Esta anamnesis (de la cual aún leeremos la continuación) nos demuestra claramente la desproporción que existe entre el llamado traumatismo y la parte que corresponde a la fantasía. Esta última debía predominar considerablemente en este caso para que se llegara a dar tanta importancia a un acontecimiento tan anodino. Uno se siente impulsado a la busca de la explicación, sobre todo, en el traumatismo infantil; pero, según parece, completamente sin éxito. No comprendemos por qué han podido quedar latentes las consecuencias durante tanto tiempo y por qué aparecieron precisamente de modo tan repentino en aquella ocasión, y no *cada vez* que la enferma haya tenido que evitar un coche de caballos que se aproximaba, cosa que seguramente le debía ocurrir con gran frecuencia y en las mismas circunstancias anteriores. El hecho de haber corrido un peligro mortal en la infancia, parece no haber dejado huella alguna, puesto que el peligro *real*, en el cual se encontraba en San Petersburgo, no le ocasionó ningún síntoma nervioso. No hemos podido, pues, explicar nada de la escena descrita; la teoría del traumatismo no arroja ninguna luz sobre ninguno de los puntos.

Si he insistido en esta teoría es porque muchas personas, ya iniciadas en el psicoanálisis, se han aferrado a este punto de vista, al igual que muchos de nuestros adversarios que no leen nuestros trabajos o los leen tan sólo superficialmente, persistiendo en su creencia de que nuestro método fundaméntase aún en ella.

Busquemos ahora aclarar en qué consiste tal predisposición, gracias a la cual una impresión insignificante puede producir efectos patológicos. Es éste un problema de orden capital que, según lo veremos aún, desempeña un papel importante en el estudio de la neurosis. Se trata de saber cómo los acontecimientos del pasado, relativamente: desprovistos de importancia, pueden tener la fuerza demoniaca y caprichosa suficiente para perturbar las reacciones de nuestra vida actual.

## El elemento sexual en el traumatismo.

EN SU primera fase, la escuela psicoanalítica y todos los partidarios que se atrajo luego, esforzáronse en descubrir el carácter especial de la vivencia la causa de sus efectos tardíos. Fue Freud quien profundizó más el estudio de la cuestión, siendo el primero y el único que se diera cuenta de que al acontecimiento traumático se mezclaba un elemento sexual, y que el mismo traumatismo debíase en gran parte precisamente a este elemento (que debe ser considerado por regla general como inconsciente). El carácter inconsciente de la sexualidad durante la infancia parecería explicarnos bajo determinados aspectos el problema de la tenacidad de la constelación mediante la *protovivencia* (o «vivencia primordial, inicial»: *Ur Erlebnis*), como quiera que el verdadero significado emotivo de la vivencia queda oculto al individuo, *conscientemente* no se produce ninguna debilitación de esa emoción. Esta persistencia de la constelación podría explicarse de la misma manera que la *suggestion á échéance* (sugestión «a plazo»), que es a su vez inconsciente y que no demuestra sus efectos sino en un momento determinado. Es inútil explicar por detallados ejemplos, por qué el verdadero carácter de las manifestaciones sexuales e infantiles no es comprendido. El médico sabe que, hasta una edad avanzada, muchas mujeres no se dan cuenta de que practican en realidad una verdadera masturbación. Podemos sacar de ello la conclusión de que un niño está mucho menos consciente del significado de determinados actos, lo que explica por qué el significado verdadero de ciertas vivencias queda ignorado siempre. Dase el caso de que queden olvidados ora porque su significado sexual queda completamente ignorado, ora porque sería demasiado penoso aceptar su carácter sexual. En estos casos, todo el acontecimiento queda reprimido.

## La sexualidad infantil.

PODRÍA parecer que la fuente de la neurosis se encontrase en la prematura manifestación de la fantasía infantil que tuviera consecuencias traumáticas. Tendríamos que reconocerle al niño, en tal caso, una sexualidad mucho más formada de lo que se ha admitido hasta ahora. Se conocía, es verdad, desde mucho tiempo, casos de sexualidad precoz; por ejemplo, en una niña de dos años que tenía ya sus reglas, o en dos niños, de ocho y cinco años, que tenían eyaculaciones perfectas; pero todos estos casos constituían una excepción.

Sorprendió, pues, extraordinariamente cuando Freud, basándose en estudios extremadamente minuciosos, púsose a asignar al niño una sexualidad, y una sexualidad no solamente regular, sino hasta perversa y polimorfa. Todo el mundo pareció muy rápidamente dispuesto a pretender que todo aquello no era sino sugestión en los enfermos por el psicoanalítico y que, por consiguiente, la sexualidad infantil no era sino un producto artificial harto discutible.

## Los «Tres estudios sobre la teoría sexual»

LOS «Tres estudios» de Freud despertaron por eso no sólo violenta oposición, sino hasta verdadero escándalo. Será, sin duda, superfluo llamar la atención sobre el hecho de que no se hace ciencia escandalizándose, y de que si bien convienen al moralista argumentos de escándalo moral —ya que esto pertenece a su ocio—, no es éste el caso del hombre de ciencia cuya línea directriz debe ser la verdad y no el sentimiento moral. Si los hechos corresponden de veras a lo que Freud pretende, entonces es completamente ridículo escandalizarse; si, en cambio, no son tal como él cree, entonces no nos sirve tampoco de nada el escandalizarnos. La decisión sobre la verdad se encuentra única y exclusivamente en el campo de la observación y del trabajo investigador. A consecuencia de este escándalo moral completamente inmotivado, la oposición dirigida contra el psicoanálisis nos presenta —excepto unas cuantas excepciones dignas— un cuadro algo cómico de un retraso que merece compasión. A pesar de que de la escuela psicoanalítica no pueda aprender nada de la crítica que le hace su oposición, por no aportar dicha crítica ninguna advertencia útil a la investigación psicoanalítica (a causa de su desvío hacia las observaciones auténticas), nuestra escuela tiene, no obstante, el deber de entrar en discusión fundamental con las contradicciones existentes en la manera de ver acostumbrada y tradicional. Nuestro objetivo no estriba en estructurar una teoría paradójica y que esté en contradicción con toda opinión hasta ahora existente, sino en proporcionar a la ciencia una determinada categoría de observaciones nuevas. Consideramos, pues, como uno de nuestros deberes hacer todo lo que nos sea dable para llegar a un acuerdo. Tenemos que renunciar, desde luego, a intentar lograrlo con todas aquellas personas que sostienen ciegamente todo lo contrario. Esto no sería sino trabajo perdido. Podemos esperar, sin embargo, estar en condiciones de llegar a hacer las paces con la ciencia «oficial». Es a este afán al que obedece mi intento de exponer aquí el desenvolvimiento ideológico ulterior de las teorías psicoanalíticas, hasta que se haya llegado a la *teoría sexual de las neurosis*.

Tal como hemos dicho antes, la observación de precoces fantasías sexuales obligó a Freud a suponer la existencia de una sexualidad muy ricamente desarrollada. Sabido es que la realidad de esta observación fue categóricamente hostilizada por muchos; esto es, que muchos creen que aquí se trata tan sólo de un burdo error y de una tosca ceguera de Freud —y con él de toda su escuela, tanto en Europa como en América — que le llevó a descubrir cosas que en realidad no existen. Generalmente se nos imagina como personas víctimas de una epidemia mental. Tengo que confesar que no poseo medios para defenderme contra esa clase de «críticas». Es preciso observar, además, que la llamada Ciencia no tiene ningún derecho a afirmar de antemano que determinados hechos no existen; sólo se puede decir, a lo sumo, que nos parecen harto inverosímiles y requieren aún más comprobaciones o un estudio más profundizado. Tampoco somos susceptibles a la objeción de que con el método psicoanalítico no se puede descubrir nada digno de confianza, puesto que el mismo método es absurdo también. Se ha negado toda confianza al telescopio de Galileo, y Colón descubrió América con una hipótesis equivocada. Concedido que nuestro método puede

comportar muchas deficiencias; pero esto no impide aún que lo apliquemos. Antaño se lograron determinaciones muy exactas de tiempo o de lugar mediante una observación astronómica completamente insuficiente. Las objeciones contra el método deben considerarse como meras excusas, hasta el día en que la oposición se decida a pisar por fin el terreno concreto de los hechos; es allí donde debe obtenerse la decisión, y no en vanos combates.

Nuestros adversarios llaman también al histerismo una enfermedad psicógena. Nosotros creemos haber establecido la determinación psicológica, y publicamos sin miedo alguno los resultados que hemos obtenido, poniéndolos al alcance de la crítica pública. Quien no esté conforme con estos resultados nuestros, no tiene que hacer sino decidirse a publicar algún que otro día sus propios análisis de casos de la misma dolencia. No se ha hecho tal cosa, que yo sepa, hasta la fecha, y por lo menos en la literatura europea sobre el asunto, ni una sola vez y en ninguna parte. En tales circunstancias, la crítica no tiene ningún derecho a negar *a priori* nuestras comprobaciones.

Nuestros adversarios no tienen menos casos de histerismo para tratar que nosotros, y sus casos no son menos psicógenos que los nuestros; ¿qué impide, pues la demostración en todos ellos de los factores determinantes psicógenos? El método mismo poco importa. Nuestros adversarios se contentan con combatir y deformar nuestra labor investigadora, sin que sepan hacerla mejor que nosotros. Éste es un procedimiento completamente gratuito que no merece la admiración de nadie.

Muchos de nuestros críticos son más cautos y justos, y conceden que verdaderamente hemos realizado observaciones reales, y que, con gran probabilidad, existen aquellas correlaciones que el psicoanálisis cree haber descubierto; sin embargo, suponen que damos una interpretación falsa de las mismas. Las pretendidas fantasías sexuales de los niños, que ante todo se ponen aquí en cuestión, no pueden, según dichos críticos, ser interpretadas en un sentido sexual, puesto que «sexualidad» sería, sin duda alguna, algo que tomaría su carácter peculiar tan sólo al acercarse a la pubertad.

Tales objeciones, cuyo tono digno y comprensivo nos produce una impresión de confianza, merecen ser tomadas en serio. Ellas han sido la fuente de larguísimas meditaciones para todo psicoanalista que pensara un poco, aun sin necesidad de esperar la crítica de fuera.

# El concepto de la sexualidad.

LA DIFICULTAD radica ante todo en el *concepto de la sexualidad*. Concibiendo la sexualidad como una función desarrollada, nos es forzoso limitar este fenómeno en general al período de la madurez, sin que estemos autorizados a hablar de una sexualidad infantil. Sin embargo, con una tal limitación del concepto, nos vemos ante un apuro aún mayor, esto es, ante el problema de cómo podríamos denominar todos aquellos fenómenos que rodean la función sexual tomada *sensu strictiori*, como son: embarazo, nacimiento, selección sexual, defensa de la prole, etc. A mí me parece que todo esto pertenece aún al concepto de la sexualidad, aunque uno de nuestros más eminentes colegas opine que el acto de dar a luz no tiene ningún carácter sexual. Ahora bien: si todos esos fenómenos forman parte del sector de la sexualidad, entonces pertenecen a él un sinnúmero de fenómenos psicológicos, puesto que —como es sabido— son inauditas las funciones meramente psicológicas que están aglutinadas a la esfera sexual. Sólo recordaré en este lugar el papel preeminente de la *imaginación* en la preparación y en la realización de las funciones sexuales. Henos aquí, con esto, ante un concepto harto biológico de la sexualidad, que abarca, además de toda una serie de fenómenos de orden fisiológico, otra serie de funciones psicológicas. Si se nos permite servirnos de una antigua, pero muy práctica, distribución de materias, abogaríamos por una identificación de la sexualidad con el llamado impulso de la conservación de la especie, que se suele contraponer, en un determinado sentido, al impulso de la autoconservación. Una vez aceptado este concepto de la sexualidad, ya nos sorprenderá muchísimo menos que las raíces de la autoconservación, función tan extraordinariamente importante para la naturaleza, alcancen mayores profundidades que las que nos permitiría suponer un concepto más limitado de la sexualidad. Tan sólo el gato adulto más o menos grande coge ratones, pero el gatito más joven ya juega a cogerlos. En perros jóvenes, los intentos juguetones y sólo superficialmente matizados de cohabitación, se inician asimismo ya mucho tiempo antes de la madurez sexual. *Podemos* suponer con justo derecho que tampoco el hombre representa una excepción a esta regla. Aun cuando en nuestros hijos bien educados no encontremos fenómenos parecidos en la superficie manifiesta, la observación de los niños en pueblos menos civilizados nos enseña que tampoco los hijos del hombre constituyen una excepción a esta regla biológica. En efecto, es infinitamente más probable que el impulso, tan importante, de la conservación de la especie, empiece a germinar y a desarrollarse gradualmente ya a partir de la más tierna infancia, en vez de parecer caer repentinamente del cielo, completamente formado, durante la pubertad. ¿No se sabe acaso que también los órganos anatómicos de la procreación se preparan ya mucho tiempo antes de que se pueda notar en ellos huella alguna de su función futura?

Ahora bien, si la escuela psicoanalítica habla de «sexualidad», entonces es preciso enlazar con este concepto el de la conservación de la especie. No hay que pensar que se trata única y exclusivamente de aquellas sensaciones corporales y funciones que se suelen designar comúnmente por la palabra «sexualidad». Podría decirse que, para evitar interpretaciones equivocadas, sería tal vez preferible no denominar sexuales los

fenómenos preparatorios y sólo superficialmente esbozados del período infantil. Sin embargo, tal exigencia nos parece inadecuada e injusta, pues que también la anatomía suele tomar su nomenclatura del sistema diferenciado, y no se asignan nombres en cada caso diferentes a los grados previos más o menos rudimentarios.

Aunque después de lo dicho ya no se puede achacar nada a la terminología sexual de Freud, puesto que con pleno derecho y con férrea consecuencia llama sexuales a todos los grados previos de la sexualidad, ella nos condujo, sin embargo, a determinadas conclusiones que a mi modesto parecer no podían ser mantenidas. Si nos preguntamos hasta qué momento del pasado infantil nos es posible seguir las huellas de la sexualidad, tendremos que contestar diciendo que, si bien la sexualidad existe implícitamente ya *ab ovo*, no se manifiesta, sin embargo, sino tan sólo después de largo tiempo de iniciarse la vida extrauterina. Freud parece inclinarse a ver hasta en el acto de mamar en el pecho materno una especie de acto sexual, manera de ver que le valió muy graves objeciones; sin embargo, la tesis —forzoso nos es recordarlo — es muy ingeniosa si admitimos con Freud que el impulso de la conservación de la especie, esto es, la sexualidad, existe en cierto sentido separada del impulso de la autoconservación, transcurriendo, pues, a su vez, *ab ovo* un desenvolvimiento especial de éste. Sin embargo, esta manera de ver ya no me parece admisible desde el punto de vista de la Biología. No es posible separar violentamente de ambas manifestaciones o funciones del hipotético impulso vital, asignando a cada una de las partes un camino evolutivo peculiar. Si nos contentamos con juzgar exclusivamente a base de lo que vemos, nos será preciso tener en cuenta el hecho de que, en toda la naturaleza animada, el proceso vital no es, durante largo tiempo, sino tan sólo una función de nutrición y de formación. Muy claramente vemos esto en muchos animales; así, por ejemplo, en las mariposas que han de pasar primero por una existencia de gusanos asexuados, dedicados única y exclusivamente a alimentarse y formarse. Tanto el período intrauterino como el período extrauterino de la lactancia del hombre pertenecen a esa fase del proceso de la vida. *Dicha fase se caracteriza por una falta completa de funciones sexuales*. Hablar de una sexualidad manifiesta del lactante no sería, pues, sino un *contradictio in adjecto*. Podríamos preguntarnos a lo sumo si se pueden encontrar, entre las funciones vitales de la lactancia, algunas que no posean el carácter de la función alimenticia y formadora, y que podemos designar, por tanto, *per exclusionem*, como funciones sexuales. Ahora bien, Freud llama la atención, a este respecto, sobre la visible excitación y satisfacción del niño en el acto de lactar, y compara estos fenómenos a los de un acto sexual. Esta analogía nos demostraría la calidad sexual, supuesta por Freud, del acto de la lactancia. Tal suposición no sería justa sino en el caso de que se demostrase que toda tensión producida por una necesidad y su satisfacción mediante la distensión, representa en todos los casos un proceso de orden sexual. Sin embargo, el hecho de que el acto de lactar posea tal mecanismo afectivo, demuestra todo lo contrario; de modo que podemos decir tan sólo que tal mecanismo afectivo aparece tanto en la función alimenticia como en la función sexual. Pero si Freud quiere deducir de la analogía del mecanismo afectivo una cualidad verdaderamente sexual de la lactancia, entonces sería innegable la justificación de otra terminología, según nuestra experiencia biológica, que calificara el acto sexual, a su vez, como una función alimenticia. Sin embargo, tales excesos son completamente injustificados por ambos lados. Es

completamente evidente que no se le puede aplicar al acto de la lactancia un calificativo sexual. Conocemos aún,' sin embargo, toda una serie de funciones del lactante que aparentemente nada tienen que ver con la función alimenticia: el chupar y sus diferentes variantes. Aquí ya tendríamos más derecho a plantear el problema de si tales actos pertenecen o no a la esfera sexual. No sirven ya a fines alimenticios, sino al objetivo de procurarse placer; esto es indudable. No obstante, es asaz problemático el que este placer obtenido por la succión pueda o no ser designado *per analogiam* como placer sexual. De la misma manera lo podríamos llamar placer alimenticio. Este último calificativo, además, sería casi más aconsejable, puesto que tanto la forma como el lugar en el cual se procura placer, pertenecen completamente a la función alimenticia.

La mano que usa el niño para chupetearse los dedos, se prepara de esta manera a actos ulteriores autónomos de alimentación. En tales circunstancias, nadie propenderá a calificar de sexuales —a través de una petición de principio— las primeras manifestaciones vitales del individuo. La fórmula con la que hemos tropezado antes y que afirmaba que en el chupeteo se busca una satisfacción de placer sin función alimenticia alguna, nos deja, sin embargo, algunas dudas acerca del carácter exclusivamente alimenticio de la succión. Vemos, en efecto, que en el desarrollo ulterior del niño se presentan unos llamados «malos hábitos» que se enlazan íntimamente con el chupeteo, como chuparse los dedos, morderse las uñas, ponerse la mano en la nariz, en la oreja, etc. Vemos, además, cuán fácilmente se transforman estos hábitos, más tarde, en masturbación. La conclusión *per analogiam* de que tales hábitos infantiles serían, pues, preludios de la masturbación o de actos *onaniformes*, ostentando así un carácter netamente sexual, no podría ser negada categóricamente, puesto que parece completamente justificada. He visto numerosos casos en los cuales existía una reciprocidad indudable entre tales malas costumbres infantiles y la masturbación posterior que, al presentarse ya desde la última fase de la infancia, aun antes de la fase de la pubertad, no es sino una continuación directa de los malos hábitos infantiles. Deducir de la masturbación, retrospectivamente, el carácter sexual de los llamados malos hábitos infantiles, en cuanto sean actos para procurar placer al propio cuerpo, aparece desde el punto de vista así alcanzado como bastante probable y completamente comprensible. De eso a calificar de sexual el chupeteo infantil ya no hay mucho trecho. Freud no vaciló, como es sabido, en salvar este trecho, paso que, un poco más arriba, he censurado. Hemos tropezado, pues, con una contradicción que sólo difícilmente puede resolverse. La solución sería relativamente fácil si pudiéramos suponer efectivamente la existencia de dos impulsos paralelamente existentes y sustancialmente separados. Entonces, el acto de lactar tendría, por cierto, las características de un acto alimenticio, pero no perdería tampoco su carácter de acto sexual, siendo en cierto modo una combinación de ambos impulsos. Ésta parece ser, efectivamente, la opinión de Freud. En las manifestaciones vitales del adulto, descubrimos realmente este paralelismo de ambos impulsos o, mejor dicho, de sus formas de manifestación bajo los fenómenos de hambre e impulso sexual. En cambio, a la edad de la lactancia no conocemos aún sino la función alimenticia, a la cual está puesto el premio del placer y de la satisfacción, y cuyo carácter sexual sólo se puede afirmar gracias a una petición de principio, puesto que los hechos objetivos demuestran que no la función sexual, sino el acto alimenticio, es

el primer medio que nos aporta placer. *Procurarse placer no es idéntico a sexualidad*. Por consiguiente, nos engañamos al suponer que en el lactante existen paralelamente ambos impulsos, puesto que en realidad no hacernos otra cosa sino atribuir a la psique infantil una comprobación obtenida por la observación del adulto. Sin embargo, en ella *no se encuentra* aquella convivencia paralela y separada de ambas clases de manifestación de los impulsos, puesto que uno de los dos sistemas impulsivos no está desarrollado aún del todo, o lo está sólo de un modo completamente rudimentario. No obstante, si nos colocásemos en el punto de vista de que el afán de procurarse placer tiene un carácter netamente sexual, entonces nos veríamos obligados a concebir paradójicamente hasta la misma hambre como una tendencia sexual, puesto que también, al buscar su satisfacción, tiende hacia un placer. Sin embargo, si procediésemos de tal manera, excediendo límites conceptuales, no podríamos menos que conceder también al adversario el permiso de aplicar la terminología del hambre a la sexualidad. La historia de las ciencias nos brinda repetidas veces ejemplos de tales exageraciones unilaterales. Con esto no queremos formular una censura; bien al contrario, hemos de estar contentos de que haya individuos que tengan el valor de ser desmedidos y unilaterales; es a ellos a quienes debemos tantas invenciones. Lo único que hay que lamentar es el hecho de que tales concepciones unilaterales sean defendidas apasionadamente. *Las teorías científicas no son sino proposiciones de cómo podríamos considerar las cosas*.

La hipótesis más fácil del paralelismo de dos sistemas de impulsos separados es, desgraciadamente, imposible, puesto que está en flagrante contradicción con los hechos observables, y conduce, si la proseguimos consecuentemente a conclusiones totalmente insostenibles.

Ahora bien, antes de proponerme intentar la solución de esta contradicción, tengo que exponer aquí algo más acerca de la teoría sexual de Freud y de sus metamorfosis. Tal como lo hemos visto ya, el descubrimiento de una actividad de la fantasía sexual en el niño —que aparentemente tiene derivaciones traumáticas—, ha conducido a la suposición de que el niño debe de poseer, a pesar de cuanto se haya supuesto hasta ahora, una sexualidad casi desarrollada e incluso polimorfa y perversa. Sin embargo, su sexualidad no aparece centrada en torno a la función genital y el sexo opuesto, sino que se ocupa del propio cuerpo, por lo cual se ha llamado también al niño un *autoerótico*. Ahora bien, cuando un interés sexual se orienta hacia fuera, hacia otra persona humana, entonces el niño no establece ninguna diferencia, o por lo menos sólo la establece en un grado mínimo, entre los sexos. Puede ser, así, muy fácilmente «homosexual». En vez de la función local que aún no existe, aparece toda una serie de los llamados malos hábitos que se nos manifiestan desde este punto de vista como *perversidades*, en estrecha analogía con las perversidades posteriores.

Según esta manera de ver, la sexualidad que se concibió en un principio, ordinariamente, como algo unitario, se disolvió, en una pluralidad. Y puesto que es una táctica de suposición previa que la sexualidad se produce, por decirlo así, en la esfera genital, Freud ha llegado consecuentemente a la hipótesis de unas llamadas *zonas erógenas*, en las cuales comprendía la boca, la piel, el ano, etc., etc.

El término «zonas erógenas» nos recuerda las «zonas espasmógenas». En realidad, el símil que está detrás de estos términos, es el mismo: de la misma manera que la zona espasmógena es el lugar del que arranca el espasmo, también la zona

erógena sería el punto determinado en el que la afluencia de la sexualidad tendría su origen. Según el modelo básico del órgano genital como origen anatómico de la sexualidad, sería preciso concebir las zonas erógenas como otros tantos órganos genitales, partiendo de los cuales confluiría la sexualidad. En este estado se hallaría la perversa sexualidad polimorfa de los niños. La expresión «perverso» parecía justificarse a causa de su estrecha analogía con las perversiones posteriores que no representarían, en efecto, sino una edición nueva de determinados intereses protoinfantiles «perversos», estando relacionados muy a menudo con una de las diferentes zonas erógenas, o causantes de aquellas confusiones de sexo que son tan características de los niños.

Según esta manera de ver, la sexualidad tardía, normal y uniforme, constituiríase, pues, de diferentes componentes. En primer lugar, contendría un componente homosexual y otro heterosexual, a los cuales se agregaría luego un componente autoerótico, más tarde las diferentes zonas erógenas, etcétera.

Tal concepción es muy parecida al estado de la Física antes de Roberto Mayer, en el que sólo existían sectores de fenómenos paralelos y particulares, a los cuales se asignaba una importancia elemental y cuyas correlaciones mutuas no quedaban muy justamente reconocidas. Tan sólo la ley de la conservación de la *energía* aportó orden a estas correlaciones mutuas entre fuerzas paralelas, y, al mismo tiempo, el concepto de que a las mismas no les correspondía ninguna importancia elemental absoluta, concibiéndolas como distintas formas de manifestación de la misma energía. Lo mismo debe ocurrir con este fraccionamiento de la sexualidad, en la sexualidad infantil polimorfa y perversa.

La experiencia obligó a Freud a un continuo intercambio de los componentes particulares, puesto que iba reconociendo que, por ejemplo, las perversidades vivían a costa de la sexualidad normal, o que en una forma determinada de aplicación de la sexualidad, se producía un descenso. Para que nos podamos imaginar esto con mayor claridad, aduciremos un ejemplo:

Un joven ha tenido durante varios años una fase homosexual, durante la cual no experimentó ningún interés por las mujeres. Poco a poco, hacia la edad de veinte años, desapareció ese estado anormal, y el individuo se normalizó en sus sistemas eróticos; empezó a interesarse por las muchachas, y en muy poco tiempo dejó completamente superadas hasta las últimas huellas de su homosexualismo. Esto duró así varios años, y nuestro joven realizó más de una aventura amorosa completamente lograda. Luego, decidió casarse. Sin embargo, sufrió un terrible desengaño, al verse rechazado por la muchacha que adoraba. La primera fase que siguió a ese chasco, fue el abandono completo de la idea de casarse; luego, prodújose en él una resistencia contra todas las mujeres, hasta que un día hubo de reconocer que había vuelto a ser otra vez homosexual; esto es, que los jóvenes de su sexo habían vuelto a tener otra vez en él una influencia extremadamente excitante.

Ahora bien, si concebimos la sexualidad como compuesta de dos factores: uno fijamente heterosexual y otro igual, homosexual, entonces no llegaremos a comprender este caso. Tal manera de ver no nos permitirá, además, ninguna comprensión en absoluto, puesto que la suposición de la existencia de unos componentes fijos excluye de antemano la posibilidad de todo cambio. Tenemos que suponer, pues, precisamente para la oportuna comprensión del caso que hemos

referido, una movilidad mayor de los componentes de la sexualidad; una movilidad que llega tan lejos que uno de los dos componentes desaparece prácticamente por completo, mientras que el otro domina casi en absoluto todo el primer plano. Si, por ejemplo, no se produjera más que un intercambio de posiciones, retirándose el componente homosexual con el mismo grado de intensidad en lo inconsciente, para ceder conscientemente el campo al componente heterosexual, entonces tendríamos que concluir, con nuestra conciencia científica moderna, que también en lo inconsciente pueden producirse procesos idénticos. Estos procesos consistirían en resistencia contra la actividad del componente heterosexual, es decir, resistencia contra las mujeres. Sin embargo, la experiencia empírica nada sabe de tal cosa, como demuestra el caso referido. Aunque haya habido unas ligeras huellas de tales influencias, han sido de tan escasa intensidad que ésta no podía siquiera compararse a la intensidad del componente homosexual de antaño.

Según la manera de ver que hemos esbozado, quedaría, pues, incomprensible cómo el componente homosexual que se ha concebido invariablemente, podría haber desaparecido tan completamente, sin dejar tras de sí huellas de alguna importancia.

Se ve, pues, que existían motivos muy contundentes para buscar la explicación adecuada de tales cambios entre bastidores/Para *esto, necesitamos una hipótesis más dinámica*, puesto que tales conmutaciones no pueden ser concebidas sino como procesos dinámicos o energéticos. Sin admitir un cambio en la situación dinámica, no puedo imaginarme la desaparición de una determinada manera de función. La teoría freudiana tuvo efectivamente en cuenta esta necesidad, desvirtuando (más bien práctica que teóricamente) el concepto de componentes, esto es, la concepción que suponía unos funcionamientos separados entre sí, y sustituyéndolo por un concepto energético. El término que designa este nuevo concepto es *libido*. Freud introduce este nuevo concepto ya desde sus *Tres estudios sobre la teoría sexual*, con las siguientes palabras:

«El hecho de las necesidades sexuales del hombre y de los animales se suele expresar en Biología mediante la suposición de un "impulso genital". Síguese de ello la analogía que existe con el impulso de alimentación, el hambre. Una denominación análoga a "hambre" para este aspecto no existe en el lenguaje popular; la ciencia emplea como tal la palabra *libídine*».

# Capítulo II
## LA TEORÍA DE LA LIBIDO - LAS TRES FASES DE LA VIDA HUMANA

EL TÉRMINO *libido* aparece, según la definición del mismo Freud, como una necesidad única y exclusivamente sexual; es preciso concebir, pues, cuánto Freud designe mediante una palabra *libido, libidinoso*, como una necesidad o una violación sexual. El término *libido* se emplea, por cierto, en la terminología médica, para designar la volición sexual y, en particular, la concupiscencia. Sin embargo, los autores clásicos, como Cicerón, Salustio, no conocen solamente esta definición unilateral; en la época clásica se ha empleado la palabra en general en el sentido de un *deseo apasionado*[4]. Mencionamos este interesante detalle, porque más adelante desempeñará un papel de importancia en nuestras disquisiciones, y porque es importante saber que el concepto de la *libido* goza de una acepción más amplia que la que se le suele dar en Medicina.

El concepto de *libido* (cuya importancia meramente sexual queremos conservar, en el sentido de Freud, hasta donde nos sea posible) representa aquella magnitud dinámica que estábamos precisamente buscando, para poder explicar el desplazamiento de los bastidores anímicos. Gracias a este concepto, quedará simplificada la formulación de los fenómenos en cuestión. En vez del intercambio incomprensible de los componentes homosexual y heterosexual, podemos decir ahora: la *libido* se retiró poco a poco de su posible aplicación homosexual, para posibilitar hasta el mismo grado una aplicación heterosexual; Con ello, el componente homosexual llegó a desaparecer prácticamente casi por completo, transformándose en una mera posibilidad esquemática a la cual, en *sí*, no correspondía ninguna importancia y cuya existencia fue combatida (por decirlo así, con pleno derecho) por los profanos, de la misma manera que, por ejemplo, la posibilidad de ser un asesino. Ahora bien, la aplicación del concepto de la *libido* nos permite explicar de una manera fácilmente comprensible las múltiples relaciones mutuas existentes entre diferentes maneras de función de la sexualidad. Con esto queda también suprimida, por cierto, la idea inicial de la pluralidad de los componentes sexuales que nos han hecho recordar tan extrañamente la teoría filosófica de las «facultades del alma». Su lugar queda ocupado por la *libido*, capaz de las aplicaciones más variadas. En vez de los componentes de antes, sólo encontramos aún posibilidades de acción. El concepto de la *libido* sustituye, pues, a una sexualidad en un principio múltiple y fragmentaria, oriunda de numerosas raíces; es una *unidad dinámica*, sin la cual, de los componentes que antes desempeñaron tan importante papel, no quedarían sino posibilidades de acción meramente esquemática. Este desenvolvimiento ideológico de la teoría freudiana es de trascendental importancia puesto que con él se ha realizado el mismo progreso que el llevado a cabo en la Física, gracias a la introducción del concepto de energía. De la misma manera que la doctrina de la conservación de la energía priva

a las «fuerzas» de su carácter elemental, confiriéndoles el carácter de forma de manifestación de una energía, así también la teoría de la *libido* despoja los componentes sexuales de su papel elemental de «facultades del alma», asignándoles tan sólo un mero valor fenomenológico.

Esta nueva teoría nos produce la impresión de exactitud en mayor medida que la teoría de los componentes. Con la teoría de la *libido*, ya nos será muy fácil explicar el caso del joven antes referido. El desengaño que sufrió cuando se propuso casarse, hizo desviar su *libido* del camino de aplicación heterosexual, de modo que aquélla tuvo que volver forzosamente a las huellas homosexuales de antes, resurgiendo así su antiguo homosexualismo. No puedo dejar de mencionar que la analogía se aproxima mucho a la ley de conservación de la energía, puesto que, en ambos campos, el de la Física y el de la Psicología, uno debe preguntarse, al ver que el efecto de la energía deja de producirse, qué otra energía nueva se ha presentado. Aplicando tal concepción como un principio heurístico sobre la Psicología de la vida humana, haremos, sin duda alguna, descubrimientos sorprendentes. Veremos cómo las fases más heterogéneas del desarrollo anímico del individuo se hallan en correlación energética. Al notar que una persona tiene continuamente *spleen*, una convicción enfermiza o alguna otra posición exagerada, sabremos esto: aquí hay demasiada *libido*; por consiguiente, lo que sobre en este punto, debe de haber sido tomado de otro, donde hará, por tanto, falta. Mirado bajo este aspecto, el psicoanálisis es aquel método que nos ayuda a descubrir aquellos puntos o aquellas funciones en las cuales existe una falta de *libido*, y a remediarlo, nivelando esta desproporción. Los síntomas de una neurosis deben ser comprendidos como funciones exageradas, esto es, sobrecargadas de *libido* y, por tanto, aumentadas[5]. La energía convertida para ese fin ha sido extraída de otra parte; es, pues, tarea del psicoanálisis descubrir el punto del cual se ha extraído *libido*, o el que nunca ha recibido *libido* en cantidades suficientes. Aquéllos (por ejemplo los estados de apatía) nos obligan a un planteamiento de problemas completamente opuestos. Cierto es que el enfermo causa a veces la impresión de que no posee ninguna *libido*, y hay inclusive muchos médicos que creen esto sin más ni más. Estos médicos piensan muy primitivamente sobre este particular, de la misma manera que en tiempos bárbaros se admitía que el Sol era «comido» y muerto en los eclipses, cuando en realidad sólo está cubierto. Lo mismo ha ocurrido con nuestro referido enfermo: su *libido* existe, aunque no sea visible ni accesible al mismo paciente. En tal caso, estamos en presencia de una falta de *libido* en la superficie. Es, pues, tarea del psicoanálisis descubrir el escondrijo en el cual se encuentra la *libido*, y que es completamente inaccesible al mismo enfermo. Este lugar escondido es lo «no-consciente», que se suele designar también como lo «inconsciente», sin enlazar con ese término ningún sentido misterioso. La experiencia psicoanalítica nos ha enseñado que existen sistemas psicológicos no conscientes que podríamos designar, en analogía con la fantasía consciente, como sistemas inconscientes de fantasías. Ahora bien, estos sistemas son a su vez objeto de la *libido* en tales estados de apatía neurótica. Tenemos perfecta conciencia de que al hablar de sistemas inconscientes de fantasías sólo empleamos símiles. Con todo ello, no queremos decir otra cosa, sino que la hipótesis de entidades anímicas fuera de la conciencia es un postulado ineludible, puesto que la experiencia nos demuestra, por decirlo así, cada día, que deben existir procesos anímicos no-conscientes que influyen notablemente sobre la «economía

doméstica» de la *libido*. Aquellos casos conocidos por todo psiquiatra, en los que se declara con relativa brusquedad todo un sorprendente sistema de locura muy complejo, demuestran claramente que debe haber desenvolvimientos y preparaciones anímicos inconscientes; sin esto sería imposible suponer que tales fenómenos se hayan podido producir tan repentinamente, como si hubieran irrumpido en la conciencia.

Creo que se me perdonará esta ligera digresión que ha servido para aclarar el concepto de lo inconsciente; hemos recurrido a ella para hacer entrever al lector que en las metamorfosis de las «cargas» libidinosas no tenemos que referirnos tan sólo a la consciencia, sino también a otra instancia, esto es, a lo inconsciente, en el cual la *libido* puede a veces desaparecer. Sin embargo, ahora volvemos otra vez a la discusión de otras consecuencias más que acarrea la aceptación de la teoría de la *libido*.

## Terminología sexual

FREUD nos ha enseñado y nosotros lo hemos podido ver a diario en nuestra práctica psicoanalítica, que existen, en vez de la sexualidad normal posterior, en la primera infancia, múltiples gérmenes e inclinaciones que más tarde reciben el nombre de «perversidades». Nos hemos visto obligados a reconocer a Freud la precisión de asignar ya a estos gérmenes una terminología sexual.

A consecuencia de la introducción del concepto de la *libido* aprendemos que aquellos componentes elementales que parecían representar los orígenes y fuentes de la sexualidad normal, pierden en el adulto su importancia y quedan reducidos al grado de meras posibilidades de aplicación, en tanto que hasta cierto punto tenemos que buscar en la *libido* su principio activo y su fuerza vital. Sin la *libido* los componentes no significan absolutamente nada. Vemos, pues, que Freud asignó a la *libido* un carácter indudablemente sexual, más o menos en el sentido de «necesidad genital». Se suele suponer, desde un punto de vista habitual, que no existe *libido* sino a partir de la pubertad. Sin embargo, ¿cómo se podría explicar entonces el hecho de que el niño posea una sexualidad polimorfa perversa, lo que quiere decir que la *libido* activa en el niño no sólo una, sino a la vez varias perversiones? Si la *libido* —tomada en el sentido freudiano— se produjera tan sólo en la pubertad, entonces sería imposible que alimentara ya antes unas perversiones infantiles. Tendría que suponerse, pues, que las perversiones infantiles son «facultades del alma», en el sentido de la teoría de los componentes. Sin pensar en la irremediable confusión teórica que forzosamente acarrearía tal concepción, iniciaríamos con ello una multiplicación de los principios de explicación, cosa metódicamente insuficiente en virtud de la tesis fundamental que dice:

*Principia praeter necessitatem non sunt multiplicanda*[6].

Así sólo cabe la solución de admitir la identidad —por decirlo así— de la *libido* anterior a la pubertad, con la *libido* posterior a ella. Por tanto, también las perversiones infantiles se producirán de la misma manera que las perversiones en los adultos. El buen sentido humano protestará contra esta insinuación, en vista, de la imposibilidad de que la necesidad sexual sea idéntica en el niño y en el adulto sexualmente maduro. Se podría establecer aquí determinado arreglo, diciendo con Freud que la *libido* es idéntica antes y después de la pubertad, pero en su grado de intensidad es diferente. En lugar de la gran necesidad sexual que se observa después de la pubertad, podríamos suponer en la infancia la existencia de una necesidad pequeña cuya intensidad disminuiría en el decurso del primer año de la vida, hasta no quedar de ella más que unos dejes ligeros. Desde el punto de vista biológico, no habría inconveniente en aceptar tal interpretación. Sin embargo, tendríamos que suponer con ello también que cuánto cabe en el marco del concepto ampliado de la sexualidad, tal como lo hemos detallado más arriba, está ya presente en una forma disminuida; así, por ejemplo, todas aquellas manifestaciones afectivas de la psicosexualidad, como son la necesidad de caricias, los celos, y aun muchos otros fenómenos de orden afectivo, entre ellos las neurosis infantiles. Sin embargo, debemos confesarnos que todas estas manifestaciones afectivas del niño están muy lejos de producir en nosotros la

impresión de tal disminución. Por el contrario, pueden acusar una intensidad de un afecto del adulto. Es preciso no olvidar tampoco que la experiencia llegó a descubrir cómo las aplicaciones perversas de la sexualidad en el niño saltan mucho más a la vista, y aparecen hasta mucho más ricamente desarrolladas que en las personas mayores. En un adulto, con un análogo estado de perversidad ricamente desarrollada, podríamos esperar justamente una extinción más completa de la sexualidad normal y numerosas otras formas de adaptación biológica, muy importantes por regla general en el niño. De la misma manera que se puede decir con justo derecho que el adulto es perverso porque su *libido* no queda empleada en funciones normales, podemos con el mismo derecho aplicar idéntico razonamiento al niño: sería polimorfa y perversa su sexualidad por ignorar aún la función sexual normal. Tales análisis nos podrían inducir a pensar en que tal vez la suma total de *libido* es siempre la misma, sin que sufra un aumento poderoso tan sólo la maduración sexual. Esta suposición un tanto atrevida se apoya, según puede notarse, en el modelo de la conservación de la energía, según la cual la suma total de ésta se mantiene siempre igual. No sería inconcebible que la altura máxima de la maduración no se alcanzara sino gracias a que las aplicaciones secundarias de la *libido* quedaran encauzadas y extinguidas en el canal de la sexualidad definitiva.

Tenemos que contentarnos por ahora con estas insinuaciones superficiales, dirigiendo ante todo nuestra atención sobre un punto de la crítica que concierne a la *cualidad* de la *libido* infantil. Muchos de los que nos critican no pueden admitir que la *libido* infantil sólo se diferencie en intensidad de la *libido* de las personas mayores, pero que sea esencialmente de la misma sustancia que aquélla. Los impulsos de los adultos van acompañados por los corolarios de la función genital; los del niño están desprovistos de ellos, o, cuando más, sólo ligera y excepcionalmente les acompañan, lo cual constituiría ya una diferencia de gran trascendencia. Me parece que esta crítica tiene mucha razón; existe aquí una diferencia considerable, como existe, asimismo, entre juego y realidad «seria», o como entre tiros sin y con bala. La *libido* infantil cobraría así un carácter de inocencia que el buen sentido humano requiere y que le podríamos disputar. Sin embargo —y esto no se podrá negar—, también el tiro al blanco pertenece al acto de tirar. Tendremos que acostumbrarnos, pues, a pensar que la sexualidad existe ya marcadamente aun antes de la pubertad, en un momento muy precoz de la infancia, y que no tenemos ningún motivo para no llamar sexuales a las manifestaciones de esta sexualidad aún no madura. Con esto no hemos desvirtuado, desde luego, aquel argumento que, si bien reconoce la existencia de una sexualidad infantil en la medida antes caracterizada, le quita a Freud el derecho a designar como sexuales aquellos fenómenos protoinfantiles, cuáles son los del chupeteo.

## Las tres fases de la vida humana

HEMOS explicado ya los motivos que habrán podido inducir a Freud a extender tan considerablemente la terminología sexual. Hemos visto igualmente, además, cómo el chupeteo se podría explicar precisamente de la misma manera desde el punto de vista de la función nutritiva, y que una tal derivación de motivos biológicos tendría aún más fuertes argumentos en su favor. Se nos podría objetar acaso que tales y semejantes actividades de la zona bucal vuelven luego en la vida adulta a tener una aplicación indudablemente sexual. Pero esto no significa sino que todas estas actividades pueden ser puestas más tarde también al servicio del impulso sexual, sin que esto represente un argumento en pro de su naturaleza sexual. Tengo que confesar, pues, que no veo ningún motivo para imaginar bajo el ángulo de la sexualidad aquellas actividades del lactante que producen placer y satisfacción; veo más bien motivos en contra. En la medida en que me es dado enjuiciar debidamente los difíciles problemas de este sector, me parece preciso admitir, desde el punto de vista de la sexualidad, *tres fases* diferentes en la vida humana.

*La primera fase* comprende *los primeros años de la vida*; este período fue denominado por mí la *fase presexual* (véase *Wandlungen und Symbole der Libido*, Viena, 1912). Corresponde a la fase de gusano de la mariposa y está caracterizado por la función casi exclusivamente nutritiva y formadora.

*La segunda fase* engloba los años posteriores de la infancia hasta la pubertad, y puede ser considerada como la época de la *prepubertad*. Es en este período cuando se efectúa la germinación de la sexualidad.

*La tercera fase* consiste en la edad adulta, desde la pubertad, periodo que se puede designar con el nombre de *madurez*.

Al lector no le habrá pasado por alto que la mayor dificultad del problema consiste en la cuestión de cuándo tenemos que admitir el límite en la época del grado presexual. No tengo inconveniente en confesar mi gran inseguridad acerca de este punto del problema. Al repasar mis experiencias, aun desgraciadamente no muy extensas en el psicoanálisis de niños, y si me acuerdo al mismo tiempo de lo que Freud nos tiene comunicado acerca de sus propias experiencias, entonces me figuro que la frontera tiene que admitirse entre el tercer y quinto año de la vida, frontera desde luego sometida a considerables oscilaciones. Esta edad es harto significativa bajo más de un aspecto. El niño acaba de emanciparse de la dependencia de la vida de lactante, y toda una serie de importantes funciones psicológicas ha alcanzado una seguridad digna de confianza. A partir de este momento iniciase también el esclarecimiento de la profunda oscuridad de la amnesia protoinfantil, gracias a una continuidad esporádica de la memoria. Parece como si a esta edad se realizara un paso esencial hacia delante en la perfilación de la nueva personalidad, y en su centración. Según todo lo que sabemos, es en esta misma época cuando se presentan los primeros vestigios de intereses y actividades que no vemos precisados a llamar sexuales, aunque estas insinuaciones tengan aun completamente el carácter de la candidez infantil, inocente e inofensiva.

Creo haber desarrollado lo bastante ampliamente los motivos que nos mueven a no conferir a la fase presexual ninguna terminología sexualista, de modo que nuevamente podamos dirigir nuestra atención, desde este ámbito más amplio, a otros problemas. El lector recordará que hemos planteado antes el problema de la *libido* disminuida en la infancia, por no haber logrado alcanzar claridad por aquel camino. Estamos, pues, obligados a emprender otra vez la dilucidación de este problema, por lo menos para ver si la concepción energética es adecuada o no a las formulaciones que acabamos de hacer. Hemos visto que la sexualidad infantil, diferente de la sexualidad de la madurez, se explicaría, según Freud, como un diminutivo del individuo infantil. La intensidad de la *libido* aparecería disminuida en proporción a la edad infantil. Sin embargo, hemos enumerado antes algunos motivos que nos hicieron dudar de que los procesos vitales del niño, excepto la sexualidad, fueran más pequeños que los del adulto. Podría decirse que, exceptuando la sexualidad, los fenómenos afectivos y —si tales existen— los fenómenos nerviosos, no tienen la misma intensidad en el niño que en el adulto. Y sin embargo, todas estas cosas serían, según la concepción energética, formas de manifestación de la *libido*. Nos será, pues, muy difícil creer que la intensidad de la *libido* sea la causa de la desproporción existente entre la sexualidad madura y la no madura. Bien al contrario, la diferencia —si se me permite la expresión— parece condicionar otra situación de la *libido*. Esta *libido* desempeña en el niño —contrariamente a la manera de ver habitual de la Medicina— mucho menos una función sexual local que unas funciones secundarias de orden intelectual y físico. Ahora bien, ya en este punto, estaríamos tentados de borrar tras el término *libido*, el predicado *sexualis*, suprimiendo con ello la definición sexualista de la *libido* que Freud nos ha dado en sus *Tres estudios acerca de la teoría sexual*. La necesidad de ello surge, sin embargo, de un modo apremiante sólo cuando nos preguntamos si el niño que experimenta intensamente el placer y el dolor, procura o no gozar de su *libido sexualis* ya en los primeros años de la infancia, esto es, en *la fase presexual*. Freud se ha pronunciado en favor de esta manera de ver. No será necesario que repita aquí los motivos que me han obligado a admitir una fase *presexual*. El estado de gusano conoce una *libido nutritiva*, pero aún no una *libido* sexual; es de esta manera como debemos expresarnos si queremos seguir manteniendo la concepción energética que nos ha aportado el concepto de la *libido*.

La necesidad de asegurar un campo de acción al concepto de la *libido* y de extraerlo de la acepción demasiado estrecha de su definición sexualista, ha sido impuesta ya desde hace tiempo a la escuda psicoanalítica. Como quiera que no se ha cansado de insistir en el hecho de que no era preciso tomar la sexualidad en un sentido tan literal, sino en un sentido mucho más amplio, pero sin decirnos *cómo*, todo esto quedó a oscuras y no ha podido, por tanto, satisfacer a una crítica un poco exigente.

Me parece no equivocarme si descubro el verdadero valor del concepto de la *libido*, ya no en su definición sexualista, sino en su *concepción energética*, gracias a la cual somos capaces de plantear problemas extraordinariamente valiosos desde el punto de vista heurístico. Debemos, asimismo, a la concepción energética la posibilidad de símiles dinámicos y de símbolos de relación que nos pueden prestar servicios importantes en el caso del mundo anímico. La escuela de Freud obraría muy mal si no prestara oídos a aquellas voces críticas que achacan misticismo *e incomprensibilidad* a nuestro concepto de la *libido*. Se ha entregado a una ilusión al

creer que la *libido sexualis* puede ser considerada como portadora de una concepción energética de la vida anímica. Y si muchos de nosotros siguen aún creyendo que poseen un concepto bien definido, por decirlo así concreto, de la *libido*, entonces pasan por alto que este concepto pudo alcanzar aplicaciones que rebasan considerablemente el marco de su definición sexualista. La crítica tiene, por consiguiente, razón al hacerles sus objeciones, puesto que suponen al concepto hasta ahora vigente de la *libido* actividades que no se le pueden atribuir. Esto suscita, en efecto, la misma impresión que si manejáramos un concepto místico.

# El problema de la «libido» en la demencia precoz

EN MI ya citada obra *Wandlungen und Symbole der Libido* intenté aportar las pruebas de tales excesos, así cómo motivar a la necesidad de la creación de un concepto nuevo de la *libido* que tiene en cuenta únicamente la concepción energética. Posiblemente, el propio Freud se vio obligado a considerar exageradamente estrecha su concepción inicial de la *libido* al aplicar consecuentemente su concepción energética a un caso muy famoso de demencia precoz, en el llamado «caso Schreber» *Jahrbuch fürr psychoanalyt. u. psychopathol. Forschungen*, tomo III. Tratábase en dicho caso de la psicología de la demencia precoz, es decir, de aquel fenómeno tan peculiar consistente en que esta clase de enfermos tienen una inclinación especial a construir en su fuero interno todo un mundo de fantasías abandonando por él su adaptación a la realidad. Parte de este fenómeno la constituye casi en todos la conocida falta de relaciones cordiales, que representa sin duda alguna una perturbación de la función de la realidad. Gracias a múltiples trabajos psicoanalíticos sobre enfermos de esta clase, hemos descubierto que la falta de adaptación exterior queda compensada por un aumento progresivo de la actividad de la fantasía, que puede ir tan lejos que llega el día en el cual el mundo de ensueños posee ya más valor de realidad para el enfermo que la realidad exterior. El enfermo Schreber, del cual nos habla Freud en un trabajo suyo, encontró para este fenómeno una ilustración figurada muy acertada, en forma de su idea delirante del «ocaso del mundo». Con esto llegó a representar de manera muy concreta la pérdida de realidad. Queda muy clara la interpretación dinámica de tales fenómenos; decimos que la *libido* se iba retirando sucesivamente del mundo exterior, por lo cual pasó al mundo interior, a la fantasía, teniendo que engendrar allí forzosamente, como sustituto del mundo perdido, un llamado «equivalente de la realidad». Esta sustitución se lleva a cabo, por decirlo así, pieza por pieza, y es extraordinariamente interesante ver con qué materiales queda construido este mundo interno. Esta concepción del almacenamiento de la *libido* de una parte a otra, se ha formado a raíz del empleo cotidiano de este término, en tanto que casi se olvidó, y no tan sólo ocasionalmente se recordó, su concepción netamente sexual. Se habla tan cándidamente de la *libido*, concibiéndola tan inocentemente, que un día Claparéde observó, conversando conmigo, que de la misma manera se podría emplear, por ejemplo, la palabra «*intérét*». Por el uso acostumbrado de la expresión, se iba formando —sólo afectivamente— una aplicación del término en virtud de la cual se podría aceptar, sin más ni más, la fórmula de que el «ocaso del mundo» de Schreber está determinado por la retirada de la *libido*. En esta ocasión precisa, Freud acordóse de su definición inicial de la *libido* y trató de precisar su posición ante el cambio del concepto que se había realizado solapadamente. En el trabajo antes mencionado se plantea el problema de *si lo que la escuela psicoanalítica designa como libido y como «interés oriundo de fuentes eróticas», es idéntico o no al «interés» en general*. Se ve, pues, por el mero planteamiento del problema, que Freud se pregunta acerca de lo que Claparéde contestó ya para la práctica. Freud se acerca aquí, pues, al problema de si la pérdida de realidad en la demencia precoz —sobre la cual llamé la atención en mi *Psicología de la demencia precoz*— débese

única y exclusivamente a la retirada del interés erótico, o si este interés es idéntico al llamado interés objetivo en general. Es casi imposible admitir que la «*fonction du réel*» (Janet) normal se alimenta única y exclusivamente de un interés erótico.

El hecho es que, en muy numerosos casos, la realidad queda completamente abolida, de modo que los enfermos no presentan ni la más mínima huella de adaptación psicológica. (La realidad queda suplantada en tales estados por los contenidos de complejos). Debemos decir necesariamente que no sólo el interés erótico, sino todo interés en general, esto es, la adaptación a la realidad, se ha perdido por completo.

En mi obra, bastante anterior a ésta, salí del apuro creando la expresión de «energía psíquica», puesto que me vi en la imposibilidad de basar la teoría de la demencia precoz en la teoría de los desplazamientos de la *libido* interpretada en un sentido exageradamente sexualista. Mis experiencias de entonces, preferentemente psiquiátricas, no me permitían la comprensión de esta teoría, cuya exactitud parcial para la neurosis aprendí a apreciar sólo más tarde, a raíz de una práctica más amplia en el sector del histerismo y de la neurosis compulsiva.

En el sector de la neurosis, los desplazamientos anormales de una *libido* definida en sentidos sexuales, desempeñan en realidad un papel muy importante. No obstante, a pesar de que en el sector de las neurosis se producen también represiones muy características de la *libido* sexual, nunca se produce aquella pérdida de la realidad que caracteriza a la demencia precoz. En la demencia precoz falta, en cambio, una contribución tan considerable de la función de la realidad que deben estar englobados en la pérdida hasta unos impulsos cuyo carácter sexual debe ser puesto absolutamente en duda, puesto que nadie reconocerá muy fácilmente que la realidad misma es una función sexual. En tal caso, además, el retirar el interés erótico debería tener como consecuencia, ya en las neurosis, una pérdida de la realidad, que se podría comparar con la demencia precoz, cosa que, sin embargo, —como' acabamos ya de decir—, no ocurre.

Sería muy difícil concebir tales metamorfosis; aún se podía comprender con alguna dificultad que el desenvolvimiento conducía a través de una fase homosexual «normal» durante la pubertad, para fundamentar luego y conservar definitivamente, la heterosexualidad normal. Sin embargo, ¿cómo explicaríamos entonces que el producto de un desarrollo paulatino, que está íntimamente enlazado con procesos orgánicos de la madurez, quede eliminado de repente como consecuencia de una mera impresión, para ceder el paso a una fase anterior (como parece haber ocurrido en el caso del joven antes relatado)? O si se admite la existencia simultánea y paralela de dos componentes, ¿por qué tiene eficacia sólo uno de los dos y no también el otro? Se nos objetará que el componente homosexual podría manifestarse en los hombres con especial preferencia en un estado de particular excitación y singular susceptibilidad frente a otros hombres. Según mis experiencias, esta conducta típica (de la cual la sociedad nos proporciona cada día abundantes ejemplos) encuentra aparentemente su explicación en una perturbación nunca inexistente de la relación con las mujeres, relación en la cual se puede reconocer una forma especial de dependencia que acusa aquél *más* que corresponde al *menos* de una relación homosexual[7]. Tales hechos me han imposibilitado aplicar la teoría freudiana de la *libido* a la demencia precoz.

Debo creer igualmente, por tanto, que en teoría es imposible defender el intento de Abrahams[8], desde el punto de vista de la concepción freudiana de la *libido*. Si Abrahams cree que mediante un retiro de la *libido* del mundo circundante se produce el sistema paranoide o la sintomatología esquizofrénica, entonces tal suposición no aparece justificada a la luz del estado de nuestro conocimiento en aquel entonces, pues que una mera introversión o regresión de la *libido*, debe conducir inexorablemente —tal como el propio Freud lo demostró muy elocuentemente— a la neurosis, y no a la demencia precoz. Una aplicación directa de la teoría de la *libido* a la demencia precoz me parece imposible, puesto que esta última enfermedad acusa una pérdida que nunca podría ser suficientemente explicada por la desaparición del interés erótico.

Debe tenerse en cuenta, sin embargo —según lo hice notar ya el propio Freud en su estudio del caso Schreber—, que la introversión de la *libido sexual* conduce a una ocupación del «yo» y que aquel efecto de la pérdida de la realidad podría tal vez producirse en virtud de ello. En efecto, es ésta una probabilidad seductora para explicar la psicología de la pérdida de la realidad. Sin embargo, al observar con mayor exactitud lo que puede resultar del retiro de la *libido sexual* y de su introversión, nos daremos cuenta de que, si bien resulta de ello la psicología de un anacoreta ascético, nunca surge una demencia precoz. El objetivo del anacoreta se concentra en la extinción de toda huella de interés sexual —cosa que de ningún modo podría decirse respecto al demente precoz[9].

## Concepción energética de la «libido»

MI ACTITUD bastante reservada frente a la ubicuidad de la sexualidad, tal como está caracterizada en el prólogo a mí *Psicología de la demencia precoz*, a pesar de todo el reconocimiento que tributé a los mecanismos psicológicos, era dictada por el estado, en aquel entonces, de la teoría de la *libido* cuya definición sexual me había permitido explicar aquellas perturbaciones de función que conciernen en igual medida al sector (indeterminado) del impulso del hambre, y al de la sexualidad, mediante una teoría sexual de la *libido*. Durante mucho tiempo, sobre la demencia precoz la teoría de la *libido* me pareció inaplicable. Sin embargo, en el curso de un trabajo psicoanalítico observé con la creciente experiencia un cambio lento en mi concepto de la *libido*: la definición descriptiva de los *Tres Estudios* se sustituyó paulatinamente por una definición genética de la *libido* que me permitió sustituir la expresión «energía psíquica» por el término *libido*. Tuve que decirme: si la función de la realidad consiste hoy tan sólo en su mínima parte en *libido* sexual, y en su mayor parte en otras «fuerzas impulsivas», entonces es un problema, a pesar de todo importante, el de si filogenéticamente la función de la realidad —por lo menos en parte— no es procedencia sexual. Contestar directamente a esta cuestión, respecto a la función de la realidad, no es posible. Sin embargo, intentaremos llegar a su comprensión por un rodeo.

Una mirada superficial a la historia de la evolución, ha de bastarnos para convencernos de que muy numerosas funciones complicadas a las cuales no podemos asignar hoy de ninguna manera carácter sexual alguno, no han sido en el principio sino ramificaciones del impulso de la procreación. Sabido es que en la serie ascendente de animales se produjo un importante desplazamiento de los principios mismos de la procreación; la masa de los productos de la misma quedó cada vez más limitada en pro de una fecundación segura y de una defensa eficaz de la progenitura. De esta manera, se realizó una transposición de la energía de la producción de óvulos y de esperma a la diferenciación de mecanismos de atracción y de defensa de la prole. Encontramos así los primeros instintos artísticos en la serie animal al servicio de la propagación de la especie, y limitados exclusivamente al período del celo. Con su fijación orgánica y su autonomía funcional, piérdese el carácter sexual inicial de tales instituciones biológicas. Si bien no puede haber duda alguna sobre el origen sexual de la música, representaría una generalización sin valor y, además, de mal gusto, querer englobar la música bajo la categoría de la sexualidad. Una terminología tal nos llevaría a tratar de la catedral de Colonia en un estudio de mineralogía, por el solo hecho de que está construida de piedra.

Hasta ahora hemos tratado de la *libido* en tanto que impulsos de procreación o instinto de la conservación de la especie, ateniéndonos a las fronteras de aquella teoría según la cual la *libido* se opone al hambre de manera análoga a como el instinto de la conservación de la especie se suele contraponer con frecuencia a la autoconservación. En la Naturaleza, desde luego, no existen tales escisiones artificiales; no encontramos en ella sino un ininterrumpido impulso de vida, una voluntad de existir que se propone lograr, mediante la conservación del individuo, la procreación de toda la especie.

Esta concepción es idéntica al concepto de la voluntad sostenida en la filosofía de Schopenhauer en el sentido de que nosotros no somos capaces de concebir íntimamente un movimiento visto desde fuera, sino como la expresión de una voluntad. Si hemos llegado ya una vez a la atrevida suposición de que la *libido* —que en un principio estaba al servicio de la producción de óvulos y de esperma— aparece organizada también actualmente de modo sólido para la función de la construcción de nidos, y parece incapaz de toda otra aplicación, nos veremos igualmente obligados a hacer entrar en este concepto toda volición en general, así como también al hombre. Porque entonces ya no podremos establecer una diferencia de principios entre la voluntad que construye nidos y la voluntad de comer.

Me parece haber mostrado ya por qué camino llegamos a esta consideración: estamos a punto de realizar consecuentemente la concepción energética, sustituyendo el funcionamiento meramente formal por la acción energética. De la misma manera que la antigua ciencia natural habló siempre de las influencias mutuas existentes en la Naturaleza, y luego esta concepción anticuada quedó sustituida por la ley de la conservación de la energía, intentamos sustituir también en el campo de la psicología las influencias mutuas de fuerzas anímicas coordinadas por una energía de concepción homogénea. Con esta sustitución damos lugar, desde luego, a aquella crítica plenamente justificada que reprocha a la escuela psicoanalítica el operar con un concepto místico de la *libido*. Estamos destruyendo aquí la ilusión de que toda Escuela psicoanalítica, en su totalidad, tiene un concepto muy bien formulado y representativo de la *libido*, y declaro que *la libido que nos sirve de concepto fundamental, no sólo no es concreta ni conocida, sino que es una verdadera X desconocida, una mera hipótesis, un símil o una unidad de medida, que no es más susceptible de estar concebida concretamente que la «energía» de nuestro mundo de las representaciones*. Es ésta la única manera de escapar a aquellas formidables incursiones en sectores de otra competencia que se suelen producir constantemente al querer reducir entre sí unas fuerzas coordinadas. No podríamos explicar nunca la mecánica de los cuerpos sólidos o los fenómenos electromagnéticos mediante una teoría de la luz, puesto que ni la mecánica ni el electromagnetismo son luz. En un sentido estricto, no puede decirse tampoco que fuerzas físicas puedan transformarse entre sí, sino tan sólo que hay una energía en la base de todas, y que es esta energía la que se manifiesta de múltiples maneras. *Fuerza* es un concepto fenomenológico; lo que, en cambio, se halla en la base de sus correlaciones equivalentes, es el concepto hipotético de la *energía* que, naturalmente, es un concepto completamente psicológico, y que no tiene nada que ver con la realidad objetiva. Aquel mismo esfuerzo intelectual que realizó la física, lo queremos realizar nosotros por nuestra teoría de la *libido*. Queremos asignar efectivamente al concepto de la *libido* el lugar que le corresponde, esto es, el lugar energético por excelencia, para poder estar luego en condiciones de concebir energéticamente el acontecer animado y sustituir las antiguas «influencias mutuas» por relaciones de equivalencia, de valor absoluto. Nada nos podría molestar menos que el ser llamados «vitalistas». Estamos tan alejados de la creencia de una «fuerza vital» específica como de cualquier otra metafísica. *Libido* no debe ser otra cosa sino un nombre para aquella energía que se manifiesta en el proceso de la vida, y que nosotros percibimos subjetivamente como un afán y un deseo. No será, sin duda, necesario defender este punto de vista nuestro.

Con él, no hacemos más que afiliarnos a una poderosa corriente de nuestra época que quiere concebir energéticamente el mundo de los fenómenos. La alusión a que cuánto percibimos sólo puede ser comprendido como una mera acción de fuerza, debe bastar.

Observemos en la multiplicidad de los fenómenos naturales la voluntad, la *libido*, bajo diferentes aplicaciones y formas. Encontramos la *libido* en la fase infantil, primero únicamente bajo la forma del impulso de la nutrición que se encarga de la formación del cuerpo. Luego, con el desarrollo del cuerpo se abren sucesivamente nuevas posibilidades de aplicación de la *libido*. Su sector de aplicación definitiva y más importante es la sexualidad, que en un principio aparece íntimamente enlazada con la función nutritiva. (¡Piénsese en la influencia que desempeñan en la procreación las condiciones de nutrición en los animales inferiores y en las plantas!). En el sector de la sexualidad, la *libido* obtiene aquella forma suya cuyo formidable significado es precisamente el primer hecho que nos autoriza a emplear el término algo equívoco de *libido*. En éste su empleo, la *libido* se presenta primero como una *protolibido* aún indiferenciada que incita a los individuos a escindirse, a germinar, etc.

Se han desprendido de aquella *protolibido* sexual que produjo de un solo minúsculo ser tantos millones de óvulos y espermatozoides, con la gigantesca limitación de la fecundidad, partes separadas cuyo funcionamiento queda sostenido mediante una *libido* diferenciada en un sentido especial. Esta *libido* diferenciada queda desde entonces «desexualizada», puesto que se ve despojada de su función primordial de formar óvulos y espermatozoides, y no le queda ya posibilidad alguna de volver a su función de antaño. Podemos decir, pues, que el proceso evolutivo no consiste sino en un desgaste siempre creciente de la *protolibido* que produjo un día exclusivamente productos de procreación, en las funciones secundarias de la atracción y de la conservación de la prole. Tal evolución presupone, desde luego, una relación con la función de la realidad completamente nueva y mucho más compleja, relación que está inseparablemente enlazada con las necesidades de la procreación; esto es, la forma de propagación cambiada trae consigo como corolario una mayor adaptación a la realidad. Con esto no queremos decir, naturalmente, que la función de la realidad deba su existencia única y exclusiva a la creciente diferenciación de la procreación; tenemos perfecta conciencia de la considerable participación de la función nutritiva.

Llegamos, pues, a comprender mejor algunas condiciones primordiales de la función de la realidad. Sería completamente equivocado pretender que la fuerza impulsiva es un impulso sexual; *fue* sexual en un principio en medida considerable, pero nunca lo fue, ni aun entonces, exclusivamente.

El proceso del consumo de la *protolibido* en funciones secundarias se produjo sin duda siempre bajo la forma del llamado «aumento libidinoso»; esto es, la sexualidad quedó despojada de su misión primitiva, y, empleada como contribución parcial a la función filogenética, poco a poco creciente, de los mecanismos de atracción propiamente sexual a funciones secundarias, no se produce en todos los casos, sin excepción. El *malthusianismo*, por ejemplo, es una continuación artificial de una tendencia que en su origen era natural. Allí donde esta operación se realiza sin merma para la adaptación del individuo, hablaremos de *sublimación*; donde se malogre, de *represión*.

El punto de vista descriptivo del psicoanálisis, percibe claramente la multiplicidad de los impulsos —entre ellos el fenómeno parcial del impulso sexual— y reconoce además ciertos suplementos de *libido* de los impulsos en sí no sexuales.

Es muy diferente el punto de vista genético, que quiere explicar la producción de una multiplicidad de impulsos de una unidad relativa: la *libido*. Fija su atención en los desprendimientos parciales, sucesivos y continuos, de la *libido* inherente a la función procreadora; los ve juntarse como suplementos de *libido* a funciones que se forman de nuevo, disolviéndose finalmente en ellas.

Desde este punto de vista, podemos afirmar ahora que el enfermo mental retira su *libido* del mundo circundante y sufre, por consiguiente, una pérdida de realidad cuyo equivalente será, en el otro lado, un aumento de la actividad de su fantasía.

Intentaremos ahora introducir este nuevo concepto de la *libido* en la teoría —tan importante para la comprensión de las neurosis— de la sexualidad infantil. Encontramos la *libido* —en tanto que energía por excelencia de la actividad vital—, en el niño, en primer término, en la zona de la función nutritiva en acción. En el acto de chupar, se recibe el alimento mediante unos movimientos rítmicos, bajo el signo de la satisfacción.

Al crecer paulatinamente el individuo, y al formar sucesivamente sus órganos, la *libido* se abre nuevos caminos de la necesidad, de la actividad y de la satisfacción. Ahora se trata ya de transferir el modelo primario de la actividad que produce placer rítmico y satisfacción, a la zona de otras funciones, con el objetivo final que le espera en la sexualidad. Una parte considerable en *libido del hambre* tiene que convertirse en *libido sexual*. Esta transición no se realiza repentinamente, en la fase puberal, por ejemplo, sino muy paulatinamente en el decurso de la mayor parte de la infancia. La *libido* no logra liberarse sino con grandes dificultades, y muy paulatinamente, de la peculiaridad de la función nutritiva, para realizar una transición a la peculiaridad de la función sexual. Es preciso distinguir en esta fase de transición, hasta el punto en que me es posible juzgar, dos épocas distintas: la del chupeteo y la de la actividad rítmica transferida. El chupeteo, por su esencia, pertenece aun completamente al sector de la función nutritiva; sin embargo, lo rebasa el hecho de que deja de ser ya una función de la nutrición, siendo más bien actividad rítmica con el objetivo final del placer y de la satisfacción, sin recepción de alimentos. Aquí aparece la mano como órgano auxiliar. En la época de la actividad rítmica transferida, la mano se pone aún más de relieve como órgano auxiliar; la busca de placer excede ya la zona bucal y se orienta hacia otros sectores. Son, por regla general, los demás orificios del cuerpo los que llegan a ser objeto del interés libidinoso; luego la piel, y puntos determinados de la misma. La actividad realizada en estos puntos sirve para procurarse placer. Tras una permanencia más corta o más prolongada de la *libido* en estas estaciones, continúa su marcha hasta llegar por fin a la zona genital, pudiendo llegar a ser en ella motivo de los primeros intentos de masturbación. En su vagabundeo, la *libido* lleva consigo no pocos elementos de la función nutritiva a la zona sexual, lo que explica fácilmente los enlaces frecuentes y muy íntimos entre la función nutritiva y la función sexual. La marcha de la *libido* se realiza durante la época de la presexualidad, que está caracterizada precisamente por el hecho de que la *libido* abandona gradualmente su carácter exclusivo de impulso nutritivo, para tomar ya, en parte por lo menos, el carácter de impulso sexual[10]. En la fase nutritiva, no es lícito aún hablar, pues, de

una *libido* sexual propiamente dicha. Nos vemos obligados, por tanto, a calificar de manera distinta de la de Freud, la llamada *sexualidad polimorfa y perversa* de la edad más tierna.

El polimorfismo de las tendencias libidinosas de aquella fase se explica como la paulatina y estacionaria transición de la *libido* del sector de la función nutritiva al de la función sexual. Con esto, podemos eliminar de muy buena gana el término, tan combatido por la crítica, de «perverso», que pudiera suscitar una impresión equivocada.

Cuando un cuerpo químico se descompone en sus elementos, éstos son entonces sus productos de descomposición. Sin embargo, no es lícito designar por eso todos los elementos como productos de descomposición por excelencia. Las perspectivas son productos de perturbación de la sexualidad desarrollada, pero nunca fases previas de la misma (aunque exista sin duda una semejanza sustancial entre fase previa y productos de descomposición). En la misma medida en que la evolución de la sexualidad progresa, también las fases previas infantiles (que no consideramos ya como «perversas», sino como grados de transición) se disuelven en la sexualidad normal. Cuanto más fácilmente se logra sacar la *libido* de sus posiciones transitorias, y con cuantas menos perturbaciones, tanto más rápida y perfectamente se efectúa la formación de la sexualidad normal. Brota del mismo concepto de sexualidad la necesidad de que aquellas inclinaciones protoinfantiles y aun asexuales, queden superadas y abandonadas por la *libido* lo antes posible. Cuanto más alejados estemos de ello, tanto mayor será la posibilidad de que la sexualidad se torne *perversa*. El término «perverso» está completamente justificado en esta acepción. Es, pues, condición fundamental de la perversidad, la existencia de un estado insuficientemente desarrollado de la sexualidad. La expresión «polimorfa perversa» ha sido tomada, en cambio, de la psicología de las neurosis; y quedó proyectada retrospectivamente a la psicología infantil, en donde su empleo no tiene ninguna justificación.

## Importancia etiológica de la sexualidad infantil

DESPUÉS de haber adquirido la seguridad de lo que es y de lo que no es la sexualidad infantil, podemos dar un paso más hacia delante y proceder a la discusión de la teoría de das neurosis, discusión que hemos iniciado más arriba y que luego hemos abandonado. Hemos seguido hasta aquí la teoría freudiana de las neurosis, punto en el cual topamos con la afirmación del maestro vienés de que la disposición, sobre la base de la cual la vivencia traumática alcanza su eficacia patógena, sería una disposición sexual. Fundamentándonos en las consideraciones que acabamos de exponer, comprenderemos ahora cómo es preciso concebir esta disposición sexual: trátase, en efecto, de un retraso y de una inhibición en aquel proceso de desprendimiento de la *libido* de las actividades que caracterizan a la fase presexual. En primer lugar, hemos de concebir esta perturbación como una permanencia excesivamente prolongada en determinadas fases del peregrinaje de la *libido* que la conduce de la función nutritiva a la función sexual. Con esto se produce un estado inarmónico de cosas, en el cual unas actividades, que en realidad se han sobrevivido a sí mismas, se yerguen aún, perseverando, en medio de una fase que ya hubiera tenido que abandonar definitivamente tal clase de actividades. Esta fórmula se aplica sobre todos aquellos rasgos infantiles de los cuales los neuróticos poseen tanta abundancia que sin duda ningún observador atento los habrá pasado por alto. En el sector de la demencia precoz, ese infantilismo salta a la vista de tal manera, que hasta uno de sus complejos de síntomas ha recibido un nombre especial, harto característico: me refiero a la *hebefrenia*.

Pero la mera persistencia en una fase transitoria aún no lo es todo. En tanto que una parte de la *libido* permanece en una fase previa, el tiempo, y con él todo el ulterior desarrollo del individuo, no suspende su curso, sino que evoluciona sin descanso, y la madurez corporal trae consigo que la distancia y la discordancia entre la actividad infantil perseverante y las exigencias de la edad progresiva, así como las condiciones de vida cambiadas, se hagan cada vez más considerables. Con esto, quedan sentadas las bases para la *disociación de la personalidad* y, con ella, para el *conflicto*, que son los verdaderos fundamentos de la neurosis. Cuánto mayor sea la cantidad de *libido* que permanece en una aplicación retrasada, tanto más intenso será el conflicto. La vivencia que se presta más que las otras a hacer patente la existencia del conflicto será la de eficacia traumática o patógena.

Tal como Freud nos había demostrado en sus trabajos anteriores, sería muy fácil concebir una neurosis producida de esta manera. Este modo de ver no discrepaba mucho de las concepciones de Janet que atribuyen a la neurosis un determinado defecto. Desde este punto de vista, se podría comprender la neurosis como un producto del retraso de la evolución afectiva; y puedo imaginar perfectamente que estas lucubraciones merecen la aprobación de quién se muestra inclinado a deducir las neurosis —más o menos directamente— de la predisposición hereditaria o de la degeneración congénita. Desgraciadamente, la realidad es algo más compleja. Para facilitar al lector la comprensión de estas complicaciones, me permitiré transcribir aquí un ejemplo muy banal de un caso de histerismo, mediante el cual confío hacer

una demostración patente de la mencionada complicación, tan importante. El lector recordará que antes hemos mencionado el caso de una joven histérica que reaccionó, de manera sorprendente, ante una patológica situación vulgar que en condiciones normales no le hubiera causado apenas impresión, en tanto que dejó de reaccionar ante una situación que, según toda previsión, hubiera tenido que causarle una impresión profunda. Hemos aprovechado antes este caso para exteriorizar nuestras dudas acerca de la importancia etiológica del trauma, y para examinar más ceñidamente la llamada disposición sobre cuyo fondo el trauma llega a manifestarse. Los comentarios que hicimos a estas consideraciones, nos condujeron al resultado ya antes esbozado de que no es muy improbable que una neurosis se pueda producir sobre el terreno de un desarrollo afectivo retrasado.

Pero el lector me podría preguntar ahora: ¿en qué consistían aquellas fantasías, puesto que era un caso de histerismo?

La enferma vivía sumergida en un mundo de fantasías que no podríamos calificar sino de infantiles. Nos dispensaremos de detallar aquí en qué consistían aquellas fantasías, puesto que todo neurólogo o psiquiatra tiene ocasión diariamente de oír aquellos infantiles prejuicios, ilusiones y exigencias afectivas a los cuales los neuróticos suelen entregarse. En tales fantasías se revela un sentido muy hostil a la dura realidad de las cosas; hay en ellos poca cosa seria. En cambio, abunda el elemento juguetón que ora frivoliza dificultades verdaderas, ora exagera en dificultades gigantescas, dedicando todos sus esfuerzos a inventar fantasmas para escapar de este modo a las exigencias de la realidad. Descubriremos en ello, sin más ni más, aquella relación anímica desmesurada que el niño tiene con su mundo circundante; su juicio oscilante; su orientación inadecuada en cuanto a las cosas del mundo exterior, así como su miedo ante deberes desagradables. Sobre el terreno de una disposición intelectual infantil, pueden brotar en rica abundancia los fantásticos deseos e ilusiones. En esto hemos de ver un motivo peligroso. A raíz de tales fantasías, los humanos pueden adoptar actitudes completamente inadecuadas e irreales frente al mundo, situación que un día ha de llevar forzosamente a una catástrofe. Ahora bien, si nos remontamos a las fantasías infantiles de nuestra enferma hasta su más lejana infancia, encontraremos muchas escenas claras y de considerable relieve que están en condiciones de aportar nuevo alimento a tal o cual variación fantástica; sin embargo, resultó completamente infructuoso realizar pesquisas para encontrar unos llamados motivos «traumáticos», de los cuales hubiera podido partir algo patológico, por ejemplo, precisamente, la exuberante actividad de la imaginación. Ha habido, por cierto, escenas «traumáticas», pero éstas no aparecían en la primera infancia; en cambio, las pocas escenas que la enferma nos podía relatar de su primera infancia, no eran traumáticas, puesto que representaron más bien unas vivencias completamente accidentales que pasaron sin dejar huellas en las fantasías. Las fantasías más precoces consistían en toda clase de imprecisiones vagas y mal comprendidas que la enferma recibiera de sus padres. Concentráronse en torno de la figura del padre toda clase de sentimientos extraños que oscilaban entre timidez y horror, antipatía y asco, amor y admiración. El caso era parecido, pues, a tantos otros casos de histerismo que no revelan nada de una etiología traumática, sino que crece en el suelo de una actividad muy especial y muy precoz de la fantasía que guarda siempre el carácter del infantilismo.

Se nos podría objetar que en nuestro caso es precisamente aquella escena de los caballos que se encabritan y arrastran el coche hacia el río la que representa el trauma; ¿no aparece acaso esta escena como una verdadera anticipación y modelo de aquella otra escena nocturna que se produjo unos dieciocho años más tarde, y en el curso de la cual la enferma era incapaz de desviarse del camino de los caballos, prefiriendo tirarse al río, es imitación exacta de la vivencia que servía de modelo y en la cual caballos y coche se precipitaron al agua? Desde aquel momento sufría también de estados histéricos de semilucidez. Tal como intenté exponer antes, no podemos descubrir nada en absoluto de este enlace etiológico con la producción de los sistemas de fantasías. Parece como si el peligro mortal, junto con los caballos encabritados, hubiera pasado sobre ella sin dejar huella alguna que mereciera mención. Todos los años posteriores a aquella terrible aventura dejan de darnos puntos de apoyo para la supervivencia de la impresión de miedo, como si no hubiera pasado nada. Es posible, quiero observar entre paréntesis, que efectivamente no haya pasado nada. No hay ningún motivo que nos impida suponer que sólo se trata de una mera fantasía, ya que únicamente puedo apoyarme en las declaraciones de la enferma, sin otra posibilidad de comprobación[11].

Súbitamente, después de unos dieciocho años, la la vivencia cobra importancia y queda, por decirlo así, reproducida y realizada con férrea consecuencia. La antigua teoría pretendía que el afecto «atrapado» en aquel entonces se abrió súbitamente camino hacia fuera. Esta suposición es harto improbable, y su improbabilidad es mayor si tenemos en cuenta que esta historia de los caballos encabritados podría ser tan auténtica como inventada. Sea como sea, sería imposible admitir que un afecto queda sepultado durante largos años, llegando a surgir luego de repente en una ocasión poco adecuada para ello.

Es muy sospechoso que los enfermos tengan tan a menudo una muy pronunciada propensión a presentarnos alguna vivencia antigua suya como la causa pretendida de sus dolencias, por lo cual logran muy hábilmente desviar la atención del médico, dirigida hacia el presente, a una pista falsa del pasado. Este camino falso ha sido el de la primera teoría psicoanalítica. Debemos a la falsa hipótesis una profundidad antes jamás sospechada en la comprensión de la determinación del síntoma neurótico; profundidad que nunca hubiéramos alcanzado si la investigación no hubiera emprendido este camino que le fue preestablecido, en realidad, por la tendencia de los enfermos a despistar. Me parece que no puede considerar este método de investigación como un camino de errores a cuya entrada tendríamos que colocar un poste con un letrero: «Prohibido el paso», sino quien considere la historia del mundo como una cadena de casualidades más o menos erróneas, creyendo por tanto que se necesita continuamente la mano educadora del hombre, provisto de razón. Además de la comprensión profundizada de la determinación psicológica, debemos a ese «error» planteamientos de problemas de insospechado alcance. Tenemos que estar agradecidos a Freud por haber tenido el valor de dejarse llevar hacia este camino. No son tales cosas las que detienen la marcha ascendente de la ciencia, sino el atenerse conservadoramente a teorías antiguas: el típico conservadurismo de la autoridad, así como la vanidad pueril del sabio que quiere tener razón a toda costa, temiendo equivocarse. Esta falta de espíritu de sacrificio perjudica mucho más la consideración y la dignidad de la ciencia, que cualquier motivo equivocado. ¿Cuándo, por fin, cesará

la pueril y superflua querella de los que quieren tener razón a todo precio? Echemos una mirada sobre la historia de la ciencia: ¿cuántos han «tenido razón»? ¿La razón de cuántos ha sobrevivido hasta hoy?

Volvamos, empero, a nuestro caso. El problema que se plantea ahora, es el siguiente: Si el antiguo trauma no es el causante de la dolencia, entonces queda claro que tenemos que buscar el motivo de la manifiesta neurosis en el retraso del desarrollo afectivo. Entonces tenemos que declarar sin validez y nulas las declaraciones de la enferma, según las cuales los estados de semilucidez histérica provendrían de aquel susto que se llevó de los caballos encabritados (aunque hayan sido otros caballos la causa ocasional de la declaración de su dolencia). Esta vivencia tan sólo *aparece* como importante sin serlo en realidad, fórmula que sirven igualmente para la mayor parte de los demás traumas. Sólo *aparecen* como si tuvieran mucha importancia, puesto que son el pretexto para que un estado ya desde hace tiempo anormal pueda declararse y manifestarse. El estado anormal consiste —según lo hemos detallado más arriba— en una supervivencia anacrónica de una fase infantil del desarrollo de la *libido*. Los enfermos conservan aún algunas formas de aplicación de su *libido* que hubieran tenido que abandonar ya desde hace tiempo. Es casi completamente imposible establecer un catálogo de estas formas, ya que acusan una multiformidad enorme. La forma más frecuente, y que casi nunca falta, es la actividad exuberante de la fantasía, que está caracterizada por una acentuación exagerada y desprovista de todo escrúpulo de los deseos *subjetivos*. La exuberanción de la fantasía es siempre una señal de una aplicación deficiente de la *libido* a la realidad. En vez de aplicar la *libido* en la forma más exacta posible a las circunstancias reales, queda «atrapada» en aplicaciones complementarias fantásticas.

## El «complejo de los padres»

EN este estado —que se llama estado de introversión parcial—, la aplicación de la *libido* permanece aún en parte fantástica o ilusoria, en vez de aplicarse a las circunstancias reales. Un fenómeno concomitante regular de este retrato en el desenvolvimiento afectivo es el *complejo de los padres*. Cuando la *libido* no se emplea para un rendimiento de adaptación a la realidad, entonces queda forzosamente más o menos *introvertida*[12]. El contenido material del mundo anímico consiste en reminiscencias, esto es, en materias del pasado individual de cada cual (haciendo abstracción de las percepciones actuales). Ahora bien: si la *libido* queda parcial o totalmente introvertida, entonces llegará a ocupar sectores más o menos extensos de reminiscencias, gracias a lo cual estas últimas cobran una vivacidad o actividad que ya desde hace mucho tiempo no les corresponde. Por consiguiente, los enfermos viven siempre más o menos en un mundo que pertenece ya más bien al pasado. Se debaten en medio de dificultades que una vez desempeñaron efectivamente un papel importante de su vida, pero que tendrían que estar olvidadas ya desde hace tiempo. Siguen aún preocupándose por cosas que ya hubieran tenido que perder para ellos toda importancia. Se recrean o se martirizan con representaciones que un día tuvieron para ellos una importancia normal, pero que ya no pueden tener ningún interés para la edad adulta. Entre estas cosas que han tenido una enorme importancia en la infancia desempeñan el papel más importante las personas de los padres. Aun cuando los padres reposen ya desde hace tiempo en la tumba y hayan o deberían de haber perdido toda importancia para los hijos, a raíz, por ejemplo, de un cambio total de las circunstancias del enfermo, están aún, sin embargo, presentes en él de alguna manera y tienen importancia para él, como si aún estuvieran vivos. El amor y el respeto, la resistencia, la antipatía, el odio y la sublevación de los enfermos, se pegan aún a sus *imágenes* deformadas por la piedad o la impiedad, y que muy a menudo no tiene ninguna semejanza con lo que era su modelo original. Este hecho me intimó a no hablar más, directamente, de «padre» y «madre», sino que empleo el término *imago* de padre y madre, puesto que en tales fantasías se trata más de los verdaderos padre y madre que de sus imágenes completamente subjetivas, y muy a menudo completamente deformadas, que arrastran una existencia, aunque esquemática, no por eso ineficaz en la imaginación de los enfermos. El complejo de las *imágenes* de los padres, esto es, la suma de las representaciones referentes a los mismos, representa uno de los principales sectores de aplicación de la *libido* introvertida. Observaré de paso que el complejo en sí solo lleva una existencia de sombra, en cuanto está cargado de *libido*. Según la terminología de antaño que se había formado a base de mis estudios sobre las asociaciones de ideas, se entendía por «complejo» un sistema de representación que ya estuviera cargado de *libido*, y por tanto de actividad. Sin embargo, este sistema existe también como una mera posibilidad de aplicación, aun cuando pasajera o permanentemente no esté cargado de *libido*.

Cuando la teoría psicoanalítica estaba todavía bajo la influencia de la concepción traumática, e inclinada aún a buscar, por consiguiente, en el pasado, la *causa efficiens* de la neurosis, nos pareció que precisamente el complejo de los padres era el

«complejo medular» de la neurosis (para emplear una expresión del propio Freud). El papel de los padres se nos manifestó determinante, hasta tal punto que nos vimos tentados a buscar en él la culpa de todas las complicaciones posteriores en la vida del enfermo. Años atrás sometí a un examen crítico estas concepciones, en mi trabajo *Ueber die Badeutung des Vaters für das Schicksal des Einzelnen (Sobre la importancia del padre en el destino de cada cual)*. También en esto nos dejamos llevar por las inclinaciones de los enfermos que —de acuerdo con la orientación de la *libido* introvertida— señalaron hacia atrás, hacia el pasado. Pero esta vez no era ya la mera vivencia exterior y accidental de la que parecía partir la influencia patógena, sino una influencia anímica que parecía resultar de las dificultades que encontró el individuo al intentar su oportuna adaptación a las condiciones del ambiente familiar. Eran, sobre todo, la diferencia entre los padres, por un lado, y por el otro, entre los padres y los hijos, las que parecían aptas para provocar en el hijo corrientes que sólo muy mal se podían armonizar con su tendencia individual en la vida, o que no podían armonizar con ella en absoluto. En mi trabajo antes mencionado, aduje algunos casos como ejemplos del abundante material de observaciones de que disponía a ese respecto, y con los cuales me parecía poder ilustrar con particular elocuencia estas consecuencias que aparentemente han partido de los padres, no se limitan tan sólo al hecho de que la prole neurótica no sea a veces capaz de cesar de presentarnos sus circunstancias familiares o su educación equivocada como causa de su dolencia, sino que se extiende inclusive a acontecimientos y actos del mismo enfermo de los cuales no es posible esperar tales repercusiones. La actividad imitadora extraordinariamente potente, tanto en los salvajes como en los niños, puede conducir, en niños especialmente sensibles, a una verdadera identificación interior con los padres, esto es, a una entera actitud intelectual tan semejante a la de ellos, que les repercusiones en la vida se produzcan por el hecho de parecerse a veces hasta en los más mínimos detalles a las vivencias que antaño experimentaron los padres[13]. En lo que al material empírico de esta cuestión hace referencia, tengo que recomendar al lector que se informe sobre la cuestión mediante la literatura de la misma. Sin embargo, no puedo resistir a la tentación de recordar que mi discípula, la doctora Emma Furst, ha aportado algunas pruebas experimentales de gran valor para corroborar mi manera de ver el problema. Ya en mis conferencias dadas en la Clark University me referí a esas valiosas experiencias. La doctora Furst llegó a determinar el llamado «tipo de reacción» en familias enteras y en cada uno de los miembros, gracias a unas experiencias asociativas. Se demostró que existe muy a menudo un paralelismo inconsciente en las asociaciones entre padres e hijos, paralelismo que no puede ser explicado de otra manera sino precisamente por una imitación muy intensa o por una identificación. Los resultados de estas experiencias nos señalan un paralelismo muy amplio de ciertas tendencias biológicas, partiendo de cuyo hecho se podría explicar en alguna ocasión la consonancia a veces sorprendente que existe entre el sino de padres e hijos. Nuestro destino es, por regla general, una resultante de nuestras tendencias psicológicas.

Estos hechos nos hacen comprender muy fácilmente que no sólo los enfermos, sino hasta las opiniones teóricas basadas en tales experiencias, se inclinan hacia la suposición de que la neurosis no es sino el resultado de los influjos caracterológicos de los padres sobre los hijos. Esta hipótesis aparece aun considerablemente apoyada

por la experiencia de la maleabilidad del alma infantil, que es el axioma angular de toda pedagogía; se suele comparar el alma del niño con la cera blanda que recibe y conserva todas las impresiones. Sabemos muy bien que las primeras impresiones acompañan al hombre, imperecederas durante toda su vida, y que, de la misma manera, ciertos influjos educativos indestructibles pueden determinar que el individuo no rebase durante toda su existencia unos límites circunscritos. En estas condiciones, no es sorprendente, sino que es una experiencia que se hace muy a menudo, que se produzcan conflictos entre aquella personalidad del individuo que ha sido postulada por la educación o por otros influjos cualesquiera y la orientación individual y auténtica en la vida. Caen en ese conflicto todas aquellas personas que están destinadas a vivir una vida autónoma y creadora.

La enorme influencia de la juventud sobre el desarrollo ulterior del carácter nos hace comprender sin dificultad el deseo de deducir las causas de una neurosis directa e inmediatamente de las influencias que se han ejercido sobre el individuo a raíz de su medio ambiente infantil. Tengo que confesar que conozco casos en los que todo intento de aplicación tiene menos justificación que ésta. Existen de hecho padres que tratan a sus hijos tan estúpidamente, a causa de su propia conducta llena de contradicciones, que la enfermedad de los niños parece inevitable. Suele ser, pues, la regla, entre los neurólogos, la exigencia de sacar a los niños neuróticos (cuando eso sea pasible) del medio ambiente familiar que les puede ser perjudicial, sometiéndolos a influencias menos desfavorables, a consecuencia de las cuales suelen desarrollarse mucho mejor, aun cuando no están sometidos, como en su propia casa, al *control* del médico. Por otra parte, hay muchos neuróticos que ya de niños se manifiestan marcadamente así, y que, por tanto, no se vieron nunca libres de enfermedad. Para tales casos, la concepción más arriba esbozada es, sin duda, *por regla general*, exacta.

Este resultado, que por ahora nos parece definitivo, quedó aun considerablemente profundizado gracias a los trabajos de Freud y de la Escuela psicoanalítica. La relación existente entre el enfermo y sus padres era objeto de un minucioso estudio, hasta en sus más íntimos detalles, puesto que son precisamente estas relaciones las que podrían ser consideradas como muy importantes desde el punto de vista etiológico. Se observó muy pronto que, en efecto, era así, y que los enfermos siguen siempre viviendo, parcial o totalmente, en su mundo infantil (pero sin que esto les llegue sin más ni más a la conciencia). Al contrario, la difícil tarea del psicoanálisis consiste precisamente en estudiar las peculiares reacciones psicológicas de adaptación del enfermo con tal exactitud que se pueda poner el dedo en las llagas infantiles. Sabido es que entre los neuróticos se encuentran muchísimas personas que fueron antaño niños mimados. Tales casos nos proporcionan los mejores y más claros ejemplos del infantilismo de las reacciones psicológicas de adaptación. Personas de esta índole entran luego en la vida con las mismas exigencias íntimas de simpatía, de amabilidad, cariño y rápido éxito que se adquieran sin esfuerzo, tal como están acostumbrados a ello por su madre desde su más tierna infancia. Hasta enfermos de gran inteligencia son incapaces, en tales casos, de comprender desde un principio que deben sus dificultades en la vida, y su neurosis por añadidura, al hecho de que arrastran consigo su actitud afectiva infantil. El diminuto mundo del niño, y el ambiente familiar, son el modelo según el cual nos construimos mentalmente el mundo grande. Cuanto más interesante haya formado un ambiente a un niño, tanto

más se inclinará éste, una vez sea ya una persona mayor, a ver, a través de los lentes de su afectividad, en el mundo grande, el mundo pequeño de antaño que conoció en su infancia. Al contrario, el enfermo experimenta y ve el contraste antaño y hogaño, e intenta, en la medida que esto le sea posible, adaptarse. Cree acaso estar completamente adaptado, al llegar a comprender tal vez intelectualmente toda su situación; sin embargo, esto no le impide que su afectividad cojee a gran distancia detrás de su comprensión intelectual.

## Fantasías inconscientes

NO SERÁ necesario citar ejemplos para aclarar aún más este fenómeno; se observa a diario que nuestros afectos no están a la altura de nuestra comprensión. Lo mismo les pasa a los enfermos, sólo que en una escala mucho más elevada. Puede acaso creer el enfermo que es un hombre completamente normal, excepto en su neurosis, y por tanto, que está adaptado a las condiciones de la existencia. Sin embargo, no sospecha que en realidad aún no ha aprendido a renunciar a determinados postulados de su infancia, y que todavía nutre en el fondo de su alma esperanzas e ilusiones que nunca se han hecho verdaderamente conscientes. Acaricia determinadas fantasías preferidas que acaso sólo muy raras veces son conscientes; pero, aun cuando ocurra así, no lo son hasta tal punto que él mismo sepa que las cultiva. Muchas veces no existen en él sino en forma de esperanzas, prejuicios, presuposiciones afectivas, etc. En tales casos, llamamos a las fantasías *inconscientes*. A veces, las fantasías emergen a la conciencia periférica como pensamientos completamente pasajeros, para volver a desaparecer inmediatamente, de modo que el enfermo no es capaz de decir siquiera si ha tenido o no tales fantasías. Sólo en el curso del tratamiento psicoanalítico aprenden la mayoría de los enfermos a fijar y a observar los pensamientos que cruzan raudos por su mente. Aun cuando todas estas fantasías hayan sido una vez conscientes bajo la forma de un pensamiento que pasó volando por nuestra mente, no por eso sería lícito llamarlas *conscientes*, puesto que prácticamente quedan, en la mayoría de los casos, *inconscientes*. Tenemos pues perfecto derecho a llamarlas *inconscientes*. (Existen también, desde luego, fantasías infantiles que son completamente conscientes, y que por tanto pueden ser reproducidas en cualquier momento).

## *El* inconsciente

*EL SECTOR de fantasías infantiles inconscientes ha llegado a ser el objetivo por excelencia del psicoanálisis*, puesto que este sector parece contener la clave de la etiología de la neurosis. De un modo completamente distinto a la teoría del trauma, nos inclinamos en este punto —constreñidos por todos los motivos mencionados— a suponer que el fundamento del presente psicológico debe buscarse en la historia familiar.

Aquellos sistemas de fantasías que se presentan inmediatamente a raíz de una mera pregunta que formulamos al enfermo, son generalmente de naturaleza compuesta, y suelen estar elaborados novelística o dramáticamente. Son, a pesar de su constitución elaborada, de un valor relativamente escaso para la exploración del inconsciente. A esto no les predestina ya tampoco su carácter de estar demasiado expuestas a las exigencias de la ciencia y de la moral convencional, precisamente porque son conscientes. Con esto, quedan expurgados todos estos detalles que personalmente podían ser desagradables al individuo, o que son sencillamente feos; sólo así llegan a ser presentables en sociedad, y ya no nos pueden revelar nada. Las fantasías de más valor y que aparentemente son a la vez más influyentes en el individuo, no son conscientes, en el sentido descrito. Son, pues, susceptibles de una exploración gracias a la técnica psicoanalítica. Sin querer detenerme más, aquí, en el problema de esta técnica que se puede oír con tanta frecuencia como se desee. Me refiero a la observación de nuestros críticos según la cual estarían *sugeridas al paciente desde fuera por nosotros*, y no existirían, por tanto, sino en las cabezas de los psicoanalistas. Esta crítica pertenece a aquella categoría completamente gratuita de objeciones que nos atribuyen groseros deslices de aprendiz. Creo que sólo personas desprovistas de toda clase de experiencia psicológica y sin conocimientos histórico-psicológicos son capaces de formular tales objeciones. Quien tenga por lo menos una idea superficial acerca de lo que es mitología, no podrá pasar por alto los paralelismos extremadamente sorprendentes que existen entre las concepciones mitológicas y las fantasías inconscientes que el psicoanálisis trae otra vez a la superficie. La objeción de que nuestro conocimiento de la mitología queda sugerido a los enfermos, es una afirmación insensata, puesto que la escuela psicoanalítica descubrió en primer término las fantasías, y sólo después se puso a estudiar la mitología. Sabido es cuán lejos estamos de ésta los médicos.

Puesto que esas fantasías son, como hemos dicho, inconscientes, el enfermo ignora naturalmente hasta su existencia, y dirigirle preguntas directas sobre el particular estaría desprovisto de sentido. Sin embargo, podemos oír a cada paso que los enfermos —y no sólo ellos, sino hasta los llamados normales— nos dicen: «Pero si yo tuviera tales fantasías, entonces, forzosamente, debería tener algún conocimiento de ellas». Pero lo que es inconsciente es algo que se ignora de hecho. También los que se oponen a nuestras teorías están completamente convencidos de que no existe tal cosa. Este juicio es *a priori* escolástico, y es imposible apoyarlo con argumentos alguno. No nos es posible apoyarnos en el dogma de que tan sólo lo que sea inconsciente puede ser *psique* («alma»), cuando en realidad nos podemos convencer

a diario de que nuestra conciencia no contiene, de hecho, sino tan sólo una parte de la función anímica. Los contenidos de nuestra conciencia se presentan todos en seguida bajo formas extremadamente complejas; la constelación de nuestro pensar, debido a los materiales de recuerdos que poseemos, es, pues, preferentemente inconsciente. Nos vemos, puse, obligados (nos convenga o no) a suponer la existencia de algo anímico no consciente que —al igual de la *cosa en si* de Kant— no es, en principio, sino «un concepto fronterizo meramente negativo». Pero como ocurre que observamos repercusiones cuyo origen no puede estar en la conciencia, nos vemos obligados a asignar a la esfera de *Lo No Sabido* contenidos hipotéticos; esto es, suponer precisamente que las causas de determinadas repercusiones (consecuencias) yacen en lo inconsciente, por no presentarse bajo forma consciente. A esta definición de lo inconsciente no se puede achacar, sin duda, que sea «mística». No nos entregamos a la ilusión de saber verdaderamente algo positivo sobre el estado de lo anímico inconsciente, o de afirmar algo acerca de él. En vez de ello, hemos recurrido a conceptos simbólicos, en analogía con los conceptos que empleamos acerca de los fenómenos conscientes, y esta terminología se ha evidenciado muy útil en la práctica. Esta manera de crear conceptos es, además, la única posible, en virtud del postulado: *principia praeter necessitatem non sunt multiplicanda*. Hablamos, pues, de las repercusiones del inconsciente exactamente de la misma manera que cuando hablamos de los fenómenos de la conciencia. Algunos han visto la piedra del escándalo en que Freud haya declarado acerca de lo inconsciente: «no puedo sino desear», y han tomado esta frase por una afirmación metafísica inaudita, un poco al estilo de las tesis fundamentales de la filosofía del inconsciente de Hartmann. El escándalo se debe únicamente a que esos críticos parten de una concepción metafísica del Inconsciente (de la cual manifiestamente no tienen conciencia), como de un ente *per se*, proyectando luego cándidamente su propia definición no expurgada desde el punto de vista epistemológico sobre nosotros. Para nosotros, el inconsciente no es una entidad, sino meramente un término, sobre la naturaleza metafísica del cual no nos permitimos ninguna idea, contrariamente a aquellos psicólogos de mesa de café que no sólo pretenden estar muy exactamente informados sobre la localización del «alma» en el cerebro, sino que extienden su información sobre los corolarios fisiológicos del proceso espiritual atreviéndose, pues, a declarar con mucho aplomo que, fuera de la conciencia, no pueden existir sino unos «procesos fisiológicos de la corteza cerebral». Que no se crea posible en nosotros tales candideces. Si, por tanto, Freud nos dice que el inconsciente no puede sino desear, entonces no hace más que describir en términos simbólicos unas influencias cuya fuente *no es consciente*, pero que no pueden ser concebidos desde el punto de vista del pensar consciente, sino en analogía con los deseos. La escuela psicoanalítica se da, además, perfecta cuenta de que en cualquier momento puede iniciarse la discusión de si el «desear» representa o no una analogía justa. Quien pueda proponernos otra solución mejor, será bienvenido. En vez de esto, nuestros objetantes se contentan esencialmente con negar la existencia de los fenómenos, o, al reconocer (bien contra su deseo) la existencia de algunos de ellos, se abstienen de formulaciones teóricas. Este último parecer es, desde luego, muy comprensible desde el punto de vista humano, puesto que no todo el mundo es capaz de pensar teóricamente.

Si alguien logra liberarse del dogma de la identidad de la conciencia con la psique, y reconoce con ello la posibilidad de que existan procesos anímicos extraconscientes, entonces no podrá ya afirmar ni poner en duda *a priori* la posibilidad psicológica de lo consciente. Ahora bien, se suele objetar a la Escuela psicoanalítica que afirma determinados hechos para los cuales no posee *ningún motivo suficiente*. Nos parece que la relación, harto abundante, de casos, publicada en la literatura psicoanalítica, contiene, en rigor, motivos más que suficientes. Sin embargo, parecen escasos a nuestros objetantes. Debe de existir, pues, una gran discrepancia sobre la noción de la «suficiencia» con respecto a las pretensiones de alcance de los motivos. El problema queda, pues, planteado de esta forma: ¿Por qué formula precisamente la Escuela psicoanalítica pretensiones, aparentemente mucho menores que las de la oposición, a los motivos que comprueban sus formulaciones? La causa es muy sencilla. Un ingeniero que ha construido un puente y calculado su resistencia, no necesita ninguna prueba más para la de la carga. Sin embargo, un profano escéptico que no tiene ni idea de cómo se construye un puente y de la capacidad de rendimiento que posee el material empleado en su construcción, exigirá pruebas completamente diferentes para la resistencia del puente, puesto que lógicamente no puede tener ninguna confianza en este punto. Es, en primer lugar, la profunda ignorancia de nuestros objetantes, acerca de lo que estamos haciendo, lo que les hace plantear sus exigencias *in extremis*. En segundo lugar, surgen todas aquellas numerosas malas inteligencias teóricas que, sin excepción, no podemos conocer ni aclarar. Del mismo modo que descubrimos casi diariamente en nuestros pacientes siempre nuevos y cada vez más sorprendentes malentendidos acerca de los objetivos y los medios del psicoanálisis, así también nuestros críticos son inagotables en la invención de otras confusiones. Hemos visto antes, al tratar del concepto mismo de lo inconsciente, cuán falsos supuestos de orden filosófico pueden imposibilitar la comprensión de nuestra terminología. Es natural que una persona que asigne una verdadera entidad absoluta a lo inconsciente, formule postulados completamente diferentes —y hasta irrealizables—, tal como nuestros adversarios lo hacen efectivamente a nuestros motivos de comprobación. Si se tratase de demostrar la inmortalidad personal, entonces sería preciso reunir montones completamente diferentes de los más importantes comprobantes, lo mismo que si se tratase de demostrar la existencia de plasmodias en una persona enferma de malaria. Las esperanzas metafísicas perturban aún demasiado el pensamiento científico para que la gente sea capaz de concebir los problemas tan sencillamente como son en la realidad.

Sin embargo, a fin de no mostrarnos injustos para con nuestros críticos y objetantes, es preciso poner de relieve que la Escuela psicoanalítica —aunque inocentemente— ha dado ocasión a muy numerosas confusiones. Una de las principales fuentes de las mismas es la falta de claridad teórica. Desgraciadamente, no poseemos ninguna teoría muy representativa. Sin embargo, todo lector culto sabrá comprender y perdonar esto tan pronto como vea, en un caso concreto, con qué género de dificultades tenemos que luchar continuamente los psicoanalistas. En absoluto antagonismo a la opinión de la casi totalidad de críticos, Freud lo es todo menos un espíritu teórico. Es empirista, lo que reconocerá sin más, todo el que ahonde con un mínimo de objetividad en las obras freudianas, intentando colocarse en su punto de vista en el análisis de los casos concretos. Esta disposición a la objetividad no

es, desgraciadamente, privilegio de nuestros críticos y objetantes. Como hemos oído ya tantas veces, repugna y asquea a nuestros críticos ver como nosotros vemos. Sin embargo, ¿cómo es posible enterarse de las características peculiares del método freudiano si el asco nos lo impide? Se llega a la falsa y disparatada conclusión de que Freud es un espíritu teórico por haber dejado de asimilar los puntos de vista establecidos por él, que forman una hipótesis de trabajo acaso imprescindible. Se puede admitir con demasiada frecuencia que los *Tres estudios sobre la teoría sexual* representan algo apriorístico y artificial, un producto de una cabeza meramente especulativa, que luego se dedica a sugerir sus propios pensamientos a los pacientes. Es así como se altera la realidad, convirtiéndose en su exacto opuesto. Pero el crítico tiene así, desde luego, un juego muy fácil, y es precisamente esto lo que anhela. ¿Qué les importa a los críticos la existencia de aquellas historias de casos concretos que el psicoanalítico coloca concienzudamente en la base de sus asertos teóricos? Les importa únicamente la teoría de la técnica. No son, naturalmente, éstos los puntos vulnerables y flacos del psicoanálisis —ya que esta doctrina no aspira a ser más que mero empirismo—. En realidad, nos encontramos aquí en medio de un campo amplio y sólo insuficientemente cultivado en el cual el crítico puede dar libre curso a sus pasiones. En el dominio de la teoría existen, sin duda, muchas incertidumbres y muchas contradicciones. Hemos tenido plena conciencia de ello, y ya mucho tiempo antes de que la crítica de los sabios se hubiera dignado consagrar atención a nuestra labor.

# Capítulo III
## SUEÑOS Y NEUROSIS

TRAS este paréntesis queremos volver al problema que nos ocupa de las fantasías inconscientes. Nadie está autorizado —así lo hemos visto— a afirmar sin más su existencia y sus peculiaridades, a no ser que se funde en consecuencias que se manifiestan en la conciencia, cuyas fuentes inconscientes pueden ser descritas en términos simbólicos de la conciencia. Sólo importa saber si es efectivamente posible encontrar en ésta consecuencias que correspondan a tales esperanzas. La Escuela psicoanalítica afirma haber encontrado tales consecuencias y repercusiones. Para mencionar, en primer lugar, el problema principal, me referiré al *sueño*. Podemos afirmar del sueño que penetra en la conciencia en tanto que entidad compleja cuya correlación con los elementos que la constituyen no es consciente. Tan sólo una enumeración subsiguiente de asociaciones de ideas enlazadas con cada una de las imágenes del sueño nos permitirá identificar el origen de las mismas con determinados recuerdos del pasado remoto o reciente. Uno se pregunta, por ejemplo. Pero ¿dónde he visto u oído esto? Y en las sendas habituales de las asociaciones de ideas se presenta inmediatamente el recuerdo de que, en parte, habíamos experimentado el día anterior, con plena conciencia, determinadas porciones del sueño, y, en parte, aun antes. Hasta aquí no habrá nadie que nos contradiga, ya que estas cosas son universalmente conocidas. Así, pues, consideramos el sueño como la composición, por regla general incomprensible, de determinados elementos, por lo pronto inconscientes, que quedan reconocidos otra, vez, retrospectivamente, mediante las asociaciones de ideas[14]. Tampoco se podría imaginar que determinados detalles del sueño poseyeran forzosamente, una cualidad de ser conocidos, de lo que se deduciría su carácter consciente, sino que son a menudo (y hasta podríamos decir casi siempre) inidentificables en el primer instante. Solamente después nos acordamos de haber experimentado también en la vida consciente tal o cual detalle del sueño.

Podemos considerar, por tanto, el sueño, ya desde este punto de vista, como una consecuencia de origen inconsciente. La técnica de que nos servimos para su interpretación es aquella misma que ya hemos indicado, y que todos los investigadores de sueños han empleado sin más ni más mucho antes de Freud. Simplemente, se intenta acordarse de dónde pueden provenir los detalles del sueño. Es un hecho que determinados elementos del sueño son oriundos de la vigilia, y ante todo de vivencias que hubieran caído inmediatamente en el más seguro de los olvidos, a causa de su insignificancia notoria, y que, por consiguiente, viajaban con rumbo al inconsciente definitivo. Tales partes del sueño son precisamente derivadas de «representaciones inconscientes». Este término ha chocado mucho; nosotros, desde luego, estamos lejos de concebir las cosas tan concretamente —para no decir tan torpemente—, como nuestros críticos; esta expresión proviene del simbolismo de la conciencia. Tal como hemos dicho, no tenemos otra posibilidad que la de concebir lo

inconsciente según el modelo de lo consciente. No creemos, desde luego, que basta el invento de un nombre bello, y en lo posible incomprensible, para llegar a comprender una cosa.

El principio de la técnica disolutiva del psicoanálisis es sencillísimo y es ya universalmente conocido. Luego, se procede consecuentemente de la misma manera. Si permanece durante cierto tiempo en el mismo sueño —lo que naturalmente nunca se suele producir fuera del psicoanálisis—, entonces se logran descubrir aún más recuerdos relacionados con los fragmentos particulares del mismo. No siempre, desde luego, se consigue hallar para determinados detalles el correspondiente material de recuerdos. Si hablamos aquí de «recuerdos», no concebimos por ellos, claro está, única y exclusivamente aquellos recuerdos que se refieren a determinados acontecimientos concretos, sino también las *reproducciones de relaciones de significados*. Denominaremos a los recuerdos reunidos el «material del sueño». Este material queda luego sometido a un procedimiento que se emplea universalmente en todas las ciencias: siempre que se tenga que elaborar un material experimental, se procede ante todo a la comparación de las partes, ordenándolas entre sí a base de las analogías que presenten. Es de esta manera como procedemos también a la elaboración de nuestro material de sueños: buscamos ante todo los rasgos comunes, ya sean de carácter meramente formal, ya de carácter material. Es preciso, naturalmente, librarse de ciertos prejuicios. He visto muy a menudo cómo el principiante en materia psicoanalítica confía de antemano en encontrar tal o cual rasgo, en cuyo sentido intenta luego forzar todo su material. Este hecho me llamó especialmente la atención en aquellos colegas que antes habían sido adversarios más o menos violentos de nuestra doctrina, dejándose guiar por los ya conocidos prejuicios y malas inteligencias. Cuando el Destino quiso que yo les pudiera analizar —con cuyo motivo han podido adquirir por vez primera una comprensión del método—, entonces, su primer error solía ser, al emprender a su vez la labor psicoanalítica, el imponer a su material criterios gratuitos y preconcebidos, o sea que aplicaron a su material aquella animadversión que profesaban antes contra el mismo psicoanálisis en general. Resultó que aún no habían llegado a comprender el psicoanálisis con toda la debida objetividad, sino que lo seguían valorando en consonancia con sus propias —y completamente subjetivas— fantasías.

Una vez decididos a pasar revista a los sueños del paciente, no debemos retroceder ante ningún símil, ante ninguna comparación. El material consiste casi por regla general en representaciones harto dispares, de las cuales es a veces muy difícil sacar el *tertium comparationis*. Me veo obligado a renunciar dentro del marco de un limitado estudio. Quisiera recomendar, pues, al lector, el estudio de Rank en el *Psychoanalystis Jahrbuch*, tomo II, titulado: «Un sueño que se interpreta a sí mismo». Se desprende de este trabajo cuán extensos son los materiales que pueden tenerse en cuenta como base de comparación.

Procedemos, pues, a la oportuna interpretación de lo inconsciente, de la misma manera como se procede siempre que se trata de comparar materiales cualesquiera para obtener una conclusión. Se nos ha objetado ya muchas veces: ¿Por qué el sueño debe abarcar forzosamente algún contenido inconsciente? A mi parecer, esta objeción es radicalmente anticientífica. Todo motivo psicológico tiene su historia peculiar. Toda frase que yo pronuncie, posee, además del significado consciente que le he

asignado, otro significado histórico que puede ser completamente diferente del anterior. Intencionadamente acabo de expresarme de una manera algo paradójica; pero de ningún modo me atrevería a afirmar que podemos aclarar el significado histórico-individual de cada frase. En materiales más amplios y complicados, tal intento suele ser más fructífero. Sin duda, todo el mundo está convencido de que, haciendo abstracción del contenido explícito de un poema, el poema mismo caracteriza además su forma, contenido y génesis. En tanto que, en su poema, no hizo el poeta más que conferir una elocuente expresión momentánea a una tonalidad afectiva, el historiador de la literatura ve, en ella y detrás de él, cosas que el mismo poeta nunca hubiera podido sospechar. Los análisis que el historiador de la literatura realiza sobre las producciones de un poeta pueden ser comparados exactamente con el psicoanálisis, sin pretender eludir los errores y equivocaciones que puedan cometer ambos.

## Análisis de un acto simbólico: el bautismo

EN TÉRMINOS generales, la ciencia que más analogías ofrece con el psicoanálisis es, especialmente, la Historia, con su análisis y síntesis. Supongamos, por ejemplo, que no comprendiéramos lo que significa la admisión del catecúmeno dentro de la comunidad cristiana. Pero esta explicación no puede satisfacernos, y preguntamos en seguida: ¿Por qué ha de ser rociado el catecúmeno con agua, etcétera, etc.? Para comprender bien este rito, es preciso acumular datos comparativos acerca de la historia de los ritos, esto es, de los recuerdos de la Humanidad sobre este particular. Y esto desde los puntos de vista más diferentes:

1) El bautismo significa manifiestamente un rito de iniciación; por tanto, es preciso aportar todos los antecedentes posibles acerca de ritos semejantes.

2) El bautismo se efectúa mediante agua. Esta forma peculiar requiere otra serie de recuerdos, a saber, los que se refieren a aquellos ritos en los cuales se emplea el agua.

3) El catecúmeno queda rociado con agua. Para aclarar este punto preciso es necesario aportar todos aquellos ritos en los cuales se realiza un acto de inmersión del iniciado; aquéllos en los que el catecúmeno queda solamente rociado por el agua, etc.

4) Deben tenerse presentes todas las reminiscencias de la mitología, costumbres supersticiosas, etc., que acusen algún paralelismo con el simbolismo del acto bautismal.

Obtendremos de esta manera un estudio comparativo histórico-religioso sobre el acto del bautismo. Así llegaremos a descubrir los elementos sobre cuya base se ha formado dicho acto, al mismo tiempo que nos enteramos de su significado original y del mundo mitológico abundante en elementos que sirven para formar religiones y que nos harán comprender todos los significados variados e inteligibles del bautismo. No de otro modo procede el psicoanálisis con el sueño; reúne paralelismos históricos, inclusive los más apartados, y esto para cada detalle del sueño; intenta luego esbozar una historia psicológica, del sueño en cuestión y de los significados en los cuales se logra —al igual que con el análisis del acto del bautismo— una comprensión más profunda de la tan admirable, magnífica y fina red de determinaciones inconscientes; comprensión que podemos comparar, según acabamos de decir, con la explicación histórica de un acto que antes estábamos acostumbrados a considerar tan sólo unilateral y superficialmente.

Esta excursión sobre el método psicoanalítico me parece de ineludible necesidad. A consecuencia de los tan divulgados errores que intentan desacreditar continuamente dicho método, me he visto obligado a dar aquí, en términos generales, cuenta exacta del método psicoanalítico y del puesto que ocupa dentro de la metodología científica. No dudo que existen aplicaciones superficiales y hasta abusivas del mismo. Sin embargo, a los ojos de una persona que juzgue las cosas objetivamente, esto no podría ser de ninguna manera una objeción contra el mismo método (como tampoco un cirujano malo podría ser argumento contra la validez universal de la cirugía). Tampoco pongo en duda que no todas las exposiciones de la teoría del sueño por parte de los psicoanalistas, están desprovistas de errores o de

concepciones equivocadas. Sin embargo, esto se debe en gran parte a que, debido a su formación científico-natural, no es fácil para los médicos asimilarse los mismos conceptos fundamentales de un método psicológico por excelencia, aun cuando por instinto lo lleguen a manejar prácticamente bien.

El método que acabamos de esbozar, en sus líneas generales, es aquel que yo profeso y por el cual me declaro científicamente responsable. Aventurarse a interpretar los sueños sin más ni más, haciendo intentos de interpretación inmediata, lo considero absolutamente reprobable y científicamente ilícito. Proceder de esta manera, no es tener método, sino obrar arbitrariamente, y esto acarrea su propio castigo al igual de todo método falso con la esterilidad de los resultados obtenidos.

Si para mis disposiciones sobre los principios del método psicoanalítico me he basado precisamente en el sueño, esto se debe al hecho de que el sueño constituye uno de los ejemplos más claros de aquellos contenidos de conciencia cuya composición escapa a una comprensión directa e indirecta. Si alguien pone un clavo con ayuda de un martillo, para colgar algo en él, entonces comprendemos perfectamente cada fase de su proceder, que nos es inmediatamente evidente. No ocurre así en el acto del bautismo, en el cual cada fase es problemática. Llamamos, pues, a los actos cuyo sentido y objetivo no queda inmediatamente claro, *actos simbólicos* o sencillamente *símbolos*. A base de este razonamiento, llamamos también *simbólico* al sueño, puesto que es un fenómeno psicológico cuy origen, sentido y objetivo permanecen oscuros, y que es, por tanto, uno de los productos más característicos de una constelación inconsciente. Como muy acertadamente dijo Freud, el sueño, es, pues, la carretera real, la *vía regia* que conduce al inconsciente.

Además del sueño, existen aún muchos efectos clarísimos de constelaciones inconscientes. En el experimento de asociaciones de ideas, poseemos con toda exactitud las consecuencias partiendo precisamente del inconsciente. Las encontramos en aquellas perturbaciones del experimento que he denominado «características de *complejo*». La tarea que el experimento de las asociaciones plantea al sujeto, es tan extraordinariamente fácil y sencilla, que hasta los niños son capaces de realizar sin dificultad alguna las condiciones exigidas. Ahora bien, llama la atención que, a pesar de estos hechos, tengan que notarse tantas perturbaciones de la actividad intencionada en este experimento. Las únicas causas que se pueden evidenciar como motivo de las perturbaciones, demuestran ser las constelaciones en parte conscientes, en parte inconscientes a base de los llamados complejos. En la mayoría de los casos de perturbación, no es difícil establecer la relación con unos complejos de representaciones que tienen acento afectivo. Sin embargo, necesitamos muy a menudo del método psicoanalítico para aclarar estas relaciones, o sea que debemos preguntar a los sujetos del experimento, o a los pacientes, qué clase de asociaciones surgen en ellos relacionadas con la reacción perturbada. Obtendremos con esto el material histórico de esta perturbación, que luego servirá de base al enjuiciamiento del caso. Se nos ha objetado muy inteligentemente que entonces la persona sujeta a experimento puede decir también las mayores sandeces. Esta objeción se nos suele hacer con la premisa (que espero sea inconsciente) de que el historiador que acumula material para la monografía que se propone escribir es un idiota, incapaz de distinguir entre paralelismos verdaderos y paralelismos meramente aparentes, dejándose engañar por los relatos más mentirosos. El especialista dispone

siempre de los medios necesarios para evitar con toda seguridad las faltas más gruesas, y con gran probabilidad las de menor bulto. La desconfianza de nuestros objetantes a ese respecto es algo divertido, ya que es un hecho muy conocido para todo aquel que comprenda la labor del psicólogo la relativa facilidad de ver dónde existe una correlación y dónde no. En primer lugar, toda mentira caracteriza muy bien al mismo sujeto, y luego, por regla general, es muy fácil descubrir todo engaño.

Sin embargo, es preciso pensar en otra objeción que nos merece una atención aún mayor. Podríamos preguntarnos si los recuerdos producidos *a posteriori* han servido efectivamente de base a los sueños habidos. Si por la noche leo un relato de una batalla interesante y sueño después en la guerra balcánica y luego, al analizar el sueño, vuelven a presentárseme otra vez recuerdos de determinados detalles de la narración antedicha, entonces, hasta el más riguroso crítico tendrá que reconocer que el relacionar retrospectivamente todo esto es un procedimiento *justificado*. Tal como lo he mencionado ya antes, ésta es una de las más manejables hipótesis de trabajo sobre todas las demás asociaciones relacionadas con los detalles del sueño. Con ello no hemos dicho, en realidad, más que esto: tal detalle del sueño está relacionado con tal asociación; tiene, pues, algo que ver con él, y existe alguna relación entre ambos. Si uno de nuestros más distinguidos críticos observó una vez que mediante las interpretaciones psicoanalíticas podríamos relacionar un pepino con un elefante, este mismo crítico nos demostró precisamente con su asociación de ideas *pepino-elefante*, que ambas cosas poseen en su mente algún rasgo asociativo común. Se debe poseer una buena dosis de frescura y un juicio magistral para que uno se atreva a afirmar que el espíritu humano establece asociaciones de ideas completamente desprovistas de todo sentido. De modo que, en este caso, es suficiente pensar un poco para comprender el sentido de esta asociación de ideas.

En el experimento de la asociación de ideas podemos determinar influencias, a veces extraordinariamente intensas, de lo inconsciente, en las llamadas interferencias de complejos. Estos actos fallidos en el seno del experimento son prototípicos de los de la vida cotidiana en general, que podemos designar, en la mayoría de los casos, como interferencias de complejos. Freud reunió una excelente colección de datos de esta índole en su *Psicopatología de la vida cotidiana*. Trátase aquí de los llamados actos sintomáticos que también se podrían denominar, desde otro punto de vista y muy acertadamente, *actos simbólicos*, y luego los actos fallidos propiamente dichos, como olvidos, *lapsus linguae*, etc. Todos estos fenómenos aparecen a raíz de alguna constelación inconsciente, y representan, pues, otras tantas puertas de entrada al reino de los inconscientes. Si los actos fallidos se presentan acumulados, deben calificarse de *neurosis*, que se manifiesta bajo este aspecto como un solo gran acto fallido, y que debe ser concebido, por tanto, como consecuencia de alguna constelación inconsciente.

El experimento de las asociaciones de ideas representa, pues, más de una vez, un medio adecuado para penetrar, por decirlo así, directamente en medio del inconsciente; en la mayoría de los casos no es, sin embargo, más que una simple técnica que nos proporciona una selección de actos fallidos que luego pueden ser utilizados, gracias al psicoanálisis, para la exploración del inconsciente. Éste es actualmente el sector más seguro de aplicación del experimento asociativo. Sin embargo, me será permitido hacer notar que tal vez dicho experimento nos brinde

aún otros datos, especialmente valiosos, que nos podrían permitir una ojeada directa en la inconsciencia. Sin embargo, este problema no me parece aun suficientemente maduro para poder hablar de él.

# Los complejos de Edipo y de Electra

TAL VEZ el lector tenga ya más confianza en el carácter científico de nuestro método, después de cuánto hemos dicho ya sobre él; de modo que no le será tal vez difícil suponer que el contenido de la fantasía que el trabajo psicoanalítico llegó a elaborar, no representa meramente unas hipótesis e ilusiones arbitrarias de los psicoanalistas. Acaso el lector esté también dispuesto a enterarse pacientemente acerca de lo que nos cuentan los contenidos inconscientes de la fantasía. Las fantasías de las personas mayores, en tanto que son conscientes, poseen enorme variedad y formación individualísima. Su descripción general es, pues, por decirlo así, imposible. Sin embargo, no ocurre así si penetramos mediante el análisis en el mundo de fantasías inconscientes de un adulto. Aun allí, la variedad de los materiales de la fantasía, es, sin duda, demasiado grande, pero la peculiaridad individual ya es muchísimo menos acusada que en el sector consciente. Tropezamos aquí con materiales ya mucho más típicos, que por lo menos vuelven a aparecer no raramente en personas distintas. Poseen gran constancia, por ejemplo, aquellas representaciones que no son sino variaciones de las ideas que volvemos a encontrar en las religiones y en la mitología. Este hecho es tan concluyente, que podemos decir que hemos descubierto en estas fantasías los estudios previos de las representaciones mitológicas y religiosas. Tendría que extenderme demasiado si quisiera aportar aquí los necesarios ejemplos convincentes; en vez de ello, llamaré la atención sobre los correspondientes capítulos de mi *Wandlungen und Symbole der Libido*. Sólo a título de mención, diré que, por ejemplo, el símbolo central del cristianismo, el *sacrificio*, desempeña un papel importante en las fantasías inconscientes. La Escuela vienesa ha descrito este fenómeno bajo el nombre (que fácilmente se presta a equívocos) de «complejo de la castración». Este término —que en esta acepción es paradójico — deriva de la actitud muy peculiar, ya antes caracterizada, de la sexualidad. En mi trabajo antes mencionado, dediqué especial atención al problema del sacrificio. Tengo que limitarme a esta mención incidental y apresurarme a decir cuatro palabras sobre el origen de los materiales inconscientes de la fantasía de que venimos hablando. En la inconsciencia del niño, las fantasías llegan a simplificarse considerablemente en proporción al medio ambiente infantil. Hemos podido reconocer, gracias al conjunto de esfuerzos realizados por la Escuela psicoanalítica que la fantasía sin duda más frecuente de la infancia es el llamado *complejo* de Edipo. También este término me parece extremadamente inadecuado. Sabemos perfectamente que el sino trágico de Edipo consistía en desposarse con su madre y en dar muerte a su padre. Este trágico conflicto de la edad madura parece estar muy alejado de la psique infantil, y, por tanto, es inconcebible para el profano cómo puede surgir precisamente en un niño. Sin embargo, si reflexionamos un poco, veremos que el *tertium comparationis* consiste precisamente *en la delimitación estrecha del sino de Edipo sobre los padres de éste*. Esta delimitación caracteriza, efectivamente, al niño; en cambio, para el destino de las personas mayores, los padres no desempeñan ya un papel tan primordial. En este sentido, Edipo representa en realidad un conflicto infantil, pero con la ampliación que representa su proyección a la edad adulta. El

término «complejo de Edipo» no quiere decir, naturalmente, que pensemos en el conflicto en su forma adulta, sino tan sólo en su disminución y atenuación infantil. En primer lugar, dicho término no quiere decir, sino que las exigencias de amor del niño se dirigen hacia sus padres, y en la medida en que estas exigencias hayan cobrado cierta intensidad (de modo que defiendan el objeto de su elección con celos), en la misma medida, repito, podemos hablar efectivamente de un complejo de Edipo. Desde luego, con esta disminución y debilitación del complejo de Edipo no queremos significar una disminución de la suma afectiva en general, sino tan sólo la participación reducida, característica para el niño, en los afectos sexuales del problema. En cambio, los afectos infantiles poseen una intensidad absoluta, hecho característico en los adultos para el afecto sexual. El niño pequeño quisiera poseer él sólo a la madre y hacer desaparecer al padre. Como es sabido, los niños pequeños saben ya a veces muy bien cómo interponerse de la manera más celosa entre sus padres. En la inconsciencia, estos deseos o intenciones cobran forma más concreta y drástica. Los niños son unos hombrecitos primitivos, y, por tanto, poco escrupulosos en el matar; tanto más fácil es que este pensamiento esté aún presente en su inconsciente, lo que suele manifestarse a veces bajo las formas más violentas. Así como el niño suele ser por regla general inofensivo, también suele ser aparentemente peligroso. He dicho «por regla general», ya que sabido es que también los niños pueden ceder en ciertas ocasiones a sus instintos de matar no sólo indirectamente, sino hasta directamente. Pero de la misma manera que el niño no es aún capaz de tener intenciones según un plan preconcebido, tampoco nos parecen peligrosos sus deseos de matar. Lo mismo se puede decir de la intención edípica frente a la madre. Estas ligeras alusiones de la fantasía edípica pueden ser pasadas por alto muy fácilmente en la esfera de la conciencia; esto explica que gran parte de los padres estén convencidos de que sus hijos no poseen el complejo de Edipo. Los padres están casi siempre, al igual que los enamorados, cegados frente al objeto de su cariño. Pero cuando nosotros afirmamos que el complejo de Edipo no es, en primer término, sino una mera fórmula del deseo infantil frente a los padres y del conflicto que este deseo provoca —ya que lo ha de provocar forzosamente todo deseo egoísta—, la cosa podría parecer aún más aceptable. La historia de la fantasía edípica tiene particular interés, ya que nos enseña muchas cosas sobre el desarrollo de las fantasías inconscientes en general. Se suele creer, naturalmente, que el problema de Edipo es un problema exclusivo del hijo. Es notable que esto no sea sino una ilusión. Muy a menudo la *libido sexualis* no alcanzó sino sólo relativamente tarde en la pubertad su diferenciación definitiva, que corresponde al sexo del individuo. Antes de esta diferenciación definitiva, la *libido sexualis* acusa *un carácter sexualmente indiferenciado*, que se suele denominar también *carácter bisexual*. Es, pues, hasta cierto punto sorprendente que también niñas pequeñas puedan acusar el complejo de Edipo. Después de cuánto sabemos ya sobre psicoanálisis, el primer amor pertenece siempre a la madre, indiferentemente a si el niño es de uno o de otro sexo. En esta fase, si el amor hacia la madre es muy distinto, el padre queda alejado con vehementes celos por parte del niño, como un rival indeseable. Desde luego, en esta edad tan temprana, la madre no posee ningún significado sexual respecto a su hijo que bajo ningún aspecto merezca mención. Así, pues, el término «complejo de Edipo» no parece muy feliz. En esta fase de la vida, la madre no tiene otro papel sino el de un ser que ampara, rodea y alimenta al niño,

y todo «placer» que de ella provenga tiene tan sólo estas características.

También el balbuceo que significa madre —*ma… ma…*— es, de manera harto característica, idéntico a la voz que designa el pecho materno. Como me comunicó oportunamente la doctora Beatrice Hinkle, una encuesta infantil dio por resultado que definiesen a la madre como la persona que da la comida, el chocolate, etc. Difícilmente se podría afirmar, tratándose de tan corta edad, que el comer no fuese sino un mero símbolo de lo sexual (aunque a veces esto ocurra así, mucho más tarde, en personas mayores). Cuán potente es la fuente nutritiva del placer, nos lo demuestra la más somera ojeada sobre la historia de la civilización. Los lujuriosos banquetes de la Roma decadente podían basarse en lo que fuera menos en la sexualidad reprimida, puesto que los romanos de aquella época pueden ser acusados de todo excepto de esto. Y que estos excesos fueran un mero sustituto, esto es cierto; sólo que no lo eran de la sexualidad, sino de las funciones morales desatendidas, que muy erróneamente se suelen concebir como algo que es impuesto al hombre desde fuera a la fuerza. Los humanos tenemos las leyes que nos fabricamos nosotros mismos.

Yo no identificaría, sin más ni más, tal como lo he explicado ya más arriba, la sensación de placer con la sexualidad. En la primera infancia, la parte que corresponde a la sexualidad en las sensaciones de placer es verdaderamente íntima. Sin embargo, los celos pueden desempeñar ya en ello un papel importantísimo, puesto que también los celos son algo que no pertenece sin más ni más al sector sexual; ya la envidia de la comida tiene gran parte de la producción de las primeras incitaciones celosas. Basta pensar en los animales. Sin duda, también se añade a ello un erotismo precozmente germinante. Este elemento va fortaleciéndose poco a poco en el curso de los años, de modo que el complejo de Edipo toma pronto su forma clásica. Con los años, el conflicto cobra en el hijo una forma más viril, y por tanto más típica, mientras que en las hijas se desarrolla la inclinación específica bien conocida hacia el padre y la correspondiente actitud de celos frente a la madre. Podríamos denominar, pues, este complejo, en el caso de las hijas, *complejo de Electro…* Sabido es que Electra tomó venganza sangrienta de su madre Clitemnestra por el asesinato del marido de ésta, a consecuencia del cual Electra perdió a su amadísimo padre. Ambos complejos de fantasía van formándose cada vez más con la progresión de la madurez, para llegar a una nueva fase sólo en el tiempo de la pospubertad, deshaciéndose de los padres. Hemos visto ya el símbolo de esta separación; el *símbolo de sacrificio*. Cuanto más lejos llega el desarrollo de la sexualidad, tanto más consigue alejar al individuo del marco de su familia, para que cobre independencia y autonomía. Ahora bien, todo hijo está, a raíz de su historia personal, en íntimo enlace con la familia, especialmente con la madre; por tanto, sólo con grandes dificultades se logra el librarse íntimamente del ambiente infantil, o, mejor dicho, de una *actitud* infantil que existe en cada cual. Si la persona que va madurando no consigue muy pronto el íntimo desasimiento, entonces el *complejo de Edipo y de Electra se convierte en un conflicto, y con ello, está dada la posibilidad de toda clase de perturbaciones neuróticas*, puesto que una *libido* entonces ya desarrollada en un sentido netamente sexual, se apodera del marco que le brinda el complejo, y produce efectos y fantasías que manifiestan de modo innegable la existencia, llena de consecuencias, de unos complejos que antes permanecieron inconscientes y relativamente inactivos. La consecuencia más inmediata será la producción de resistencias intensas contra los impulsos inmorales

que son oriundos de los complejos que desde ese momento cobran actividad. Las consecuencias de esta actividad consciente pueden ser de naturaleza muy diversa. Ora son directas —entonces se producen en el hijo violentas resistencias contra el padre, y una actitud especialmente cariñosa y sumisa frente a la madre—. Ora las consecuencias son indirectas, esto es, compensadas; en tal caso encontramos, en vez de la resistencia frente al padre una sumisión peculiar al mismo, y una actitud negativa e irritable frente a la madre. Las consecuencias directas y compensadas son, además, intercambiables entre sí con el tiempo. Lo mismo puede decirse también acerca del complejo de Electra. Si la *libido sexualis* quedara estancada en esta forma de conflicto, entonces el complejo de Edipo y de Electra tendría que conducir forzosamente a asesinatos e incestos. Desde luego, estas consecuencias no se producen en el hombre civilizado, como tampoco las vemos en el primitivo hombre «amoral», puesto que en tal caso la Humanidad se hubiera extinguido ya desde tiempos inmemoriales. Por el contrario, el hecho natural de que cuánto nos rodea o nos ha rodeado cotidianamente pierda su aliciente especial, induciendo por tanto a la *libido* a la busca de nuevos objetos, representa un regulativo importantísimo que impide asesinatos e incestos. Lo absolutamente normal y real es, pues, el desarrollo progresivo de la *libido* hacia objetos extrafamiliares, y el estancamiento de la misma dentro del marco de la familia constituye un fenómeno anormal y dañino. Es, sin embargo, un fenómeno que puede producirse, más bien como una especie de alusión ligera, hasta en personas completamente normales.

La fantasía inconsciente del sacrificio que se produce mucho tiempo después de la pubertad, ya durante la edad madura —de lo cual se encuentra un ejemplo detallado en mi estudio sobre *Wandlungen und Symbole der Libido*— no es sino una continuación directa de los complejos infantiles. La fantasía del sacrificio significa la renuncia a los deseos de la infancia. Creo haber demostrado esto en mi estudio antes citado, en el cual no he dejado tampoco de llamar la atención sobre los paralelismos históricorreligiosos existentes. El hecho de que este problema desempeñe un papel tan importante precisamente en las religiones, no es de ninguna manera sorprendente, puesto que la religión representa uno de los apoyos más eficaces de nuestro proceso de adaptación psicológica a la realidad. Lo que más impide toda nueva adquisición en el proceso de la adaptación psicológica, es la fijación conservadora de lo antiguo y de actitudes pasadas. Sin embargo, el hombre no es capaz de despojarse sin más ni más de su personalidad anterior y de objetos precedentemente codiciados, porque con ello se despojaría de su *libido* que mora cerca de su pasado. De este modo, empobrecería hasta cierto punto. Es justamente aquí donde interviene la religión, asegurando el encauzamiento de la *libido* relacionada con los objetos infantiles (=padres), a través de canales de símbolos muy adecuados, hacia unos representantes simbólicos de los anteriormente habidos: los dioses, con lo cual se hace posible la transición del mundo infantil al mundo adulto. Con ello, la *libido* encuentra una nueva aplicación social.

## El complejo del incesto

FREUD concibe el complejo del incesto de manera harto peculiar y que dio lugar una vez más a violentas objeciones. Parte del hecho de que el complejo de Edipo permanece por regla general en lo inconsciente, y concibe ese hecho como consecuencia de una represión precoz del orden moral. Tal vez no me exprese muy correctamente, si reproduzco la teoría freudiana con dichas palabras. Sin embargo, según la manera de ver del maestro vienés, el complejo de Edipo parece como reprimido, esto es, como desterrado a lo inconsciente, a raíz de una *reacción* de las tendencias conscientes; de modo que casi parece como si el complejo de Edipo sólo emergiera a la conciencia cuando al desarrollo del niño no se opone obstáculo alguno, y ninguna tendencia civilizadora influye en él[15]. Freud denomina a este obstáculo que impide precisamente esta plena realización del complejo de Edipo, la *barrera del incesto*. Freud se *imagina* —en la medida en que nos sea posible concluir a base de sus manifestaciones— que la barrera del incesto es obra de una experiencia retroactiva o de una corrección por la realidad, puesto que el afán del inconsciente busca una satisfacción ilimitada e inmediata, con indiferencia respecto a otras personas. Este modo de ver es idéntico al de Schopenhauer acerca del egoísmo de la voluntad ciega, tan potente que una persona sería capaz de matar a su hermano tan sólo para poder lustrarse las botas con el betún de éste. Freud supone que la barrera psicológica del incesto por él postulada, podría ser comparada a aquellas prohibiciones del incesto que encontramos ya en los salvajes muy poco organizados. Supone, además, que estas prohibiciones son una prueba del hecho de que el incesto se quiera llevar a cabo verdadera y seriamente, por lo cual hay que estructurar leyes prohibitivas en los estados más primitivos de la civilización. Se imagina el creador del psicoanálisis que la tendencia hacia el incesto es, pues, un *deseo sexual completamente concreto*, ya que denomina a este complejo el complejo medular por excelencia de las neurosis, y está dispuesto a reducir a él más o menos toda la psicología de la neurosis, así como otros muchos fenómenos del sector intelectual.

## La etiología de las neurosis

CON ESTA nueva opinión profesada por Freud, volvemos otra vez al problema de la etiología de las neurosis. Hemos visto que la teoría psicoanalítica partió de la vivencia traumática de la infancia, cuya irrealidad parcial o total quedó demostrada. La teoría se desvió ligeramente por tanto y se puso a buscar lo etiológicamente importante en el desenvolvimiento de la fantasía anormal. La exploración progresiva de la inconsciencia, prolongada durante más de un decenio y apoyada en la labor de un nutrido grupo de colaboradores, nos brindó por fin un extensísimo material empírico que hizo reconocer que el complejo del incesto representa un elemento extraordinariamente importante que nunca podría faltar en la fantasía morbosa. No obstante, sería erróneo creer que el complejo del incesto pertenece sólo al individuo neurótico; bien al contrario, demuestra ser parte integrante también de la psique infantil normal. Por su mera existencia aún no nos revela, pues, si va a convertirse o no en nacimiento de una neurosis. Para que pueda llegar a ser patógeno, necesita su conflicto; esto quiere decir que su complejo, en sí ineficaz, debe ser avivado hasta producir un conflicto.

Con ello, tropezamos ahora con un problema nuevo y muy importante. Si el «complejo medular» infantil no es más que una forma general y en sí patógena, que necesita por tanto una actividad especial, tal como lo hemos llegado a reconocer en nuestras consideraciones anteriores, entonces todo el problema etiológico se desplaza. Bajo estas circunstancias sería vano escrutar en los recuerdos de la primera infancia; porque ella tan sólo nos aporta las formas más generales de los conflictos mismos. El hecho de que la infancia tenga ya a su vez conflictos, no cambia en absoluto la situación, puesto que los conflictos infantiles son muy diferentes de los conflictos de las personas mayores. Aquellas personas en quienes existe una neurosis crónica ya desde la infancia, no presentan tampoco los mismos conflictos de aquel entonces. La neurosis había podido producirse al tener que ingresar el niño en la escuela. En aquel entonces, se trataba de un conflicto entre la dulzura mimada y el deber en la vida, esto es, entre el amor a los padres y la obligada escolaridad. Pero hoy, el conflicto se produce entre los goces de una existencia burguesa muy cómoda y las exigencias severas de la vida profesional. Es tan sólo una apariencia que los dos conflictos sean idénticos. Ocurre lo mismo que cuando los alemanes de las guerras de independencia quieren compararse con los antiguos germanos que se habían alzado también contra el yugo romano.

Me parece que lo mejor sería ilustrar el desarrollo ulterior de la teoría psicoanalítica con el ejemplo de aquella dama cuya historia ya es conocida del lector desde los primeros capítulos. Como aún se recordará, hemos llegado a la conclusión de que el susto causado por los caballos condujo en la aclaración *anamnésica* al recuerdo de una escena análoga ocurrida en la infancia, ejemplo mediante el cual discutimos la teoría del trauma. Hemos visto que el elemento patológico por excelencia tiene que ser buscado sin duda en la fantasía hipertrofiada, la cual es oriunda de cierto retraso en el desenvolvimiento psicosexual. Ahora se trata de aplicar los puntos de vista teóricos hasta aquí elaborados, para que lleguemos a comprender

cómo aquella vivencia ha podido formar una constelación precisamente en aquel momento y con tanta eficacia.

El método más sencillo que nos proporciona la explicación de aquel acontecimiento nocturno, consiste en la detallada interrogación sobre las circunstancias de tal momento. Primero me informé de las personas que acompañaban a la señora en cuestión en el momento de la aventura, y supe que conocía a un señor joven con el cual pensaba casarse; le quería y confiaba en que podían ser muy felices. Fuera de esto, no se descubre por ahora nada interesante. Sin embargo, nuestra exploración no debe dejarse desanimar por una falta de hallazgos, cuando la interrogación no es sino superficial. Existen vías indirectas que nos sirven cuando la vía directa no es practicable. Volvemos, por tanto, otra vez, a aquel extraño instante en que la señora se puso a correr delante de los caballos. Nos informamos ante todo acerca de sus acompañantes y del motivo que les había reunido en el banquete del cual salían en aquel momento preciso. Resulta que se trataba de una despedida a su mejor amiga, que estaba a punto de partir para curar su nerviosismo en un balneario extranjero, en donde se proponía permanecer mucho tiempo. Dicha amiga está casada, y, según se nos dice, muy felizmente; tiene, además, un hijo. En cuanto a la pretendida felicidad, nos será permitido dudar de ella, puesto que, si así fuera, aquella señora no tendría, entonces, motivos para estar nerviosa y tener que ir a curarse. Formulando preguntas de otro orden, me enteré de que la enferma fue llevada otra vez, después del accidente, a casa de dicha amiga, ya que ésta residía en el lugar más cercano. Allí fue recibida hospitalariamente, rendida como estaba, por el marido. Al llegar a este punto de su narración, interrumpióse la enferma, turbóse y pareció muy cohibida; intentó cambiar el tema de la conversación. Se trataba aquí, manifiestamente, de una reminiscencia desagradable para ella, que resurgió súbitamente a raíz de mis preguntas. Tras la superación de muy tercas resistencias, descubrióse que durante la noche en cuestión había pasado algo muy importante: su amable huésped, marido de su amiga, le había hecho una ardiente declaración de amor, a raíz de la cual se produjo una situación que era difícil y molesta, en virtud de la ausencia de la señora de la casa. Según ella pretende, dicha declaración de amor cayó sobre ella como caería un relámpago de un cielo sereno. Sin embargo, una mínima dosis de crítica que empleáramos en este asunto nos enseñaría que tales cosas nunca suelen caer inesperadamente de las nubes, sino que tienen siempre su peculiar historia previa. La labor del análisis en las semanas siguientes consistía, pues, en excavar trozo por trozo toda una larga historia de amores, hasta que apareciera aclarado todo el cuadro de conjunto, que podríamos resumir de la siguiente manera: Durante su infancia, nuestra enferma era harto pueril; sólo gustaba de salvajes juegos de niños, burlándose de su propio sexo, y rehuyendo toda clase de ocupaciones y hábitos femeninos. Después de la fase puberal, en la que el problema erótico la hubiera podido acosar más, empezó a rehuir toda sociedad, y odiaba y despreciaba cuanto le hacía recordar, aunque no fuera más que lejanamente, el papel sexual asignado por la Naturaleza. Vivía en un mundo de fantasías que nada tenía que ver con el de la dura realidad. Así, hasta los veinticuatro años, rehuyó todas las pequeñas aventuras, esperanzas y juguetees que suelen ocupar a esa edad la vida interior de una mujer. Sin embargo, en ese momento conoció al mismo tiempo a dos muchachos que se proponían penetrar en su seno de espinos. El señor A era el marido de su entonces

mejor amiga; el señor B era un amigo de éste, aún soltero. Ambos le gustaban a ella. Sin embargo, parecióle muy pronto como si el señor B le gustara muchísimo más, y, por consiguiente, sobrevino muy rápidamente una relación con grandes franquezas entre ella y el señor B, y se hablaba ya de la posibilidad de unos esponsales. Por sus relaciones con el señor B y por su amiga, tuvo que tratar también muy a menudo al señor A, cuya presencia la llegó a irritar de modo incomprensible bastante a menudo, produciéndole gran nerviosismo. En esta época, la enferma tomó parte en un gran acto de sociedad. Estaban presentes también sus amigos. Ella quedó sumergida en pensamientos, y jugaba soñadora con su anillo, que, súbitamente, llegó a deslizarse entre sus manos y cayó debajo de la mesa. Ambos señores se inclinaron para buscarlo, y fue el señor B quien lo encontró primero. Le puso otra vez el anillo en el dedo, con una sonrisa muy significativa, diciendo: «Ya sabe usted lo que esto quiere decir». Entonces se apoderó de ella un sentimiento extraño, irresistible; se quitó el anillo del dedo con violencia, y lo tiró por la ventana abierta. Esto produjo, desde luego, el consiguiente momento penoso, y la dama abandonó bien pronto, muy deprimida, aquella reunión. Después la mal llamada casualidad quiso que ella pasara el verano en un balneario donde veraneaban también los señores de A. La señora de A empezó ya entonces a presentar visibles síntomas de nerviosismo, a consecuencia de lo cual quedóse más a menudo en casa, alegando estar indispuesta. La enferma estuvo, pues, en condiciones de ir de paseo a solas con el señor A. Una vez salieron a remar en una embarcación pequeña. Ella mostróse desbordadamente alegre y de repente, cayó por la borda. El Señor A sólo la pudo salvar a duras penas, ya que ella no sabía nadar, y la acostó medio desmayada en la embarcación. Con ese motivo la besó por primera vez. Con esta aventura novelesca quedó sellada su amistad. Para tener un pretexto ante sí misma, la enferma insistió en la necesidad de llegar a ser cuanto antes la prometida del señor B, y convencióse cada día más de que en realidad amaba a este señor. Este juego extraño no pudo escapar, desde luego, a los siempre despiertos celos femeninos de la amiga; la señora A se dio instintivamente cuenta de lo acaecido, y se torturó a consecuencia de ello, lo que llegó a aumentar su nerviosismo. Un día pareció ya de ineludible necesidad una prolongada estancia de la señora A en un balneario extranjero con fines curativos.

Ahora bien, con el banquete de despedida se presentó la posibilidad de un peligro. Nuestra enferma sabía perfectamente que su amiga y rival tenía que salir de viaje aquella misma noche, y que el señor A quedaba solo en casa. No llegó a pensar con claridad y con mucha consecuencia en esta posibilidad, ya que hay mujeres que poseen la notable capacidad de pensar, no de modo intelectual, sino «afectivamente», logrando así que ellas mismas crean no haber pensado nunca determinadas cosas.

De todas maneras, toda aquella noche se sentía en un extraño estado de ánimo. Sentíase sobremanera nerviosa, y después de que todos acompañaron a la estación a la señora A, el estado crepuscular histérico se presentó en el camino en aquel preciso momento, cuando oía aproximarse los caballos. Contestóme que tan sólo tuvo una sensación terrible de que «aquello se aproximaba cada vez más y de que ella no podía apartarse». La consecuencia fue la que el lector sabe ya: que fuese llevada completamente rendida a casa de su huésped de aquella noche, el señor A. Esta coincidencia queda muy clara ante todo buen sentido común; todo profano diría: «Bien, esto muy comprensible; la buena mujer sólo quería aprovechar la ocasión

de llegar a hacer noche en casa del señor A, de cualquier manera que fuese». Sin embargo, el científico podría reprochar en tal caso, con justa razón, una incorrección en el modo de expresarse, y objetarle que los motivos de sus actos eran completamente inconscientes para la misma enferma, y que, por tanto, no se podría hablar de una *intención* de ir a casa del señor A. Sin duda existen psicólogos muy cultos que pueden combatir la interpretación finalista de estos actos de la señora, basándose en tales o cuales razones teóricas; causas que fundaméntase en el dogma de la identidad de conciencia-psique («alma»). Sin embargo, la psicología instaurada por Freud reconoció *ya* hace tiempo que los actos psicológicos no pueden ser enjuiciados de ninguna manera a base de motivos conscientes, cuando se trata de su sentido teleológico y final, sino que tan sólo pueden ser medidos con la medida objetiva del resultado psicológico. Hoy día apenas sería posible negar que existen también tendencias inconscientes que llegan a influir muy poderosamente en las reacciones de los humanos y en las repercusiones de las mismas.

Lo que acaeció en casa del señor A, correspondió exactamente a esta manera de ver. La enferma organizó toda una escena sentimental, a raíz de la cual el señor A vióse obligado a reaccionar con una correspondiente declaración de amor. Considerados a la luz de estos dos últimos puntos de la historia, *todos los antecedentes demuéstranse netamente orientados hacia ese fin*, en tanto que la conciencia de la enferma protestaba continuamente contra ello.

La conclusión teórica que podemos sacar de esta historia consiste en el reconocimiento clarísimo del papel de una «intención» o tendencia inconsciente en la escenificación del susto ante los caballos, no sin la utilización, probablemente, de aquel recuerdo infantil en el cual los caballos se precipitan irremisiblemente hacia la catástrofe. Considerada a la luz de todo el material de que disponemos ahora, la escena de los caballos —comienzo de esa historia— nos aparece como la última piedra colocada encima de un edificio construido con grandes precauciones. El gran susto y la eficacia aparentemente traumática de la vivencia infantil no están sino escenificados, aunque de una manera especial que caracteriza a la histeria, a saber, que lo meramente escenificado aparece casi como si fuera la misma realidad.

Sabemos, tras la experiencia de varios centenares de casos, que hasta diversos dolores histéricos están sólo «escenificados» para lograr determinadas finalidades en las personas que rodean a los enfermos. No por esto dichos dolores son reales. No sólo ocurre que los enfermos crean tener aquellos dolores, sino que dichos dolores son tan reales desde el punto de vista psicológico como los que se deben a causas orgánicas. Y, a pesar de esto, están fingidos y «escenificados».

# Regresión de la libido

ESTA utilización de reminiscencias con vistas a una «escena» de enfermedad, o de toda una etiología aparente, se llama *regresión de la libido*.

La *libido* vuelve sobre determinados recuerdos y los activa, de modo que de esta manera *aparenta la existencia de una etiología*. Según la teoría inicial del traumatismo, podría parecer en nuestro caso como si el hecho de asustarse ante los caballos se fundamentara tan sólo en el antiguo traumatismo. La analogía existente entre ambas escenas es innegable, y el susto de la enferma aparece en ambos casos como completamente real. De todas maneras, no tenemos ningún motivo para dudar de la autenticidad de sus declaraciones sobre este preciso punto, puesto que las mismas están en consonancia con todas nuestras experiencias obtenidas en otros casos. El asma nerviosa, los estados histéricos de fobia, las depresiones y exaltaciones psicógenas, los dolores, espasmos, etcétera, todos son completamente reales, y quien haya experimentado como médico un síntoma psicógeno en su propia persona, sabrá cuán real es la sensación que se tiene. Las reminiscencias revivificadas regresivamente, por muy fantástica que sea su naturaleza, son tan reales como los recuerdos que tenemos de nuestras vivencias auténticas.

Tal como lo expresa ya el mismo término «regresión de la *libido*», este modo regresivo de la aplicación de la misma se concibe como una vuelta de la *libido* a sus propias fases anteriores. En el ejemplo que acabamos de relatar detalladamente, se reconoce con toda claridad de qué manera se produce el proceso regresivo. En aquel banquete de despedida en que la ocasión de quedarse a solas con el huésped pareció muy propicia, la enferma retrocedió ante la idea de aprovechar la oportunidad, y dejóse dominar por sus deseos hasta entonces nunca confesados. Esto quiere decir que no utilizó su *libido* conscientemente con vistas a dicha finalidad, sino que *fue rechazada* por ella, a consecuencia de lo cual vióse obligada a realizar sus propósitos a través de lo inconsciente y del velo del susto experimentado ante un peligro sobremanera grande. La sensación tenida por ella en el momento de aproximarse los caballos, ilustra muy gráficamente nuestra formulación: tenía la sensación de que se avecinaba algo inevitable. El proceso regresivo se deja concretar muy bellamente mediante una imagen empleada por el propio Freud. La *libido* podría compararse a un río que, cada vez que tropieza en su curso con algún obstáculo, se estanca y produce, por consiguiente, una inundación. Si en ocasiones anteriores el mismo río llegó a cavarse aún otros lechos fuera del usual, entonces son ante todo ellos los que se inundan, de modo que vuelven a aparecer otra vez, hasta cierto punto, como normales cauces fluviales, aunque no tengan a la vez sino una existencia irreal y momentánea. No como si el río volviera a escoger desde ahora en adelante el otro camino viejo para siempre, sino que lo utilizará tan sólo mientras dure el obstáculo en su curso principal. Si los cauces secundarios no llevan agua, no es debido a que no hayan sido antes, por decirlo así, ríos autónomos, sino a que antaño, cuando el curso principal iba formándose, habían sido otras tantas fases evolutivas o por lo menos posibilidades pasajeras cuyas huellas no se han borrado todavía y que, por tanto, pueden volver a aparecer en caso de un desbordamiento de agua en el cauce del río.

Este símil puede aplicarse sin más ni más sobre el desarrollo de las aplicaciones de la *libido*. En tiempos del desarrollo infantil de la sexualidad, la orientación definitiva —en el símil, el curso habitual del agua— no se ha encontrado aún, de modo que la *libido* fluye a través de toda suerte de caminos secundarios, y tan sólo paulatinamente va encontrando la forma definitiva. Pero con el hecho de que se encuentre el curso definitivo, todos los cursos secundarios llegan a secarse, perdiendo todo sentido menos el de recuerdo histórico. De la misma manera todos los ejercicios previos de la sexualidad infantil pierden casi totalmente su sentido, excepto algunos dejes y huellas. Ahora bien, si más tarde se presenta algún obstáculo, de modo que el estancamiento vuelva a vivificar los antiguos caminos secundarios, entonces tal estado de cosas es, en suma, algo nuevo y al mismo tiempo algo anormal. El estado infantil anterior representa, sin embargo, una aplicación normal de la *libido*, mientras que la regresión de la misma hacia los caminos infantiles es algo anormal. Creo, pues, que Freud no está autorizado a designar los fenómenos sexuales de la infancia como *perversos*, puesto que es ilícito designar un fenómeno normal en términos de patología. Este empleo indebido acarreó efectivamente unas consecuencias deplorables, produciendo gran confusión en el público científico. Tales denominaciones no son sino aplicaciones *retroactivas* sobre normales a base de resultados obtenidos en neuróticos, hasta cierto punto bajo la suposición previa de que el camino secundario anormal, descubierto en la persona neurótica, sigue siendo el mismo fenómeno que ha sido en el niño.

## La amnesia infantil

LA misma equívoca aplicación retroactiva de los términos técnicos de la patología se ha hecho también en la llamada *amnesia infantil*, como quisiera hacer notar aquí entre paréntesis. «Amnesia» designa un fenómeno patológico que consiste en la «represión» de determinados contenidos de conciencia, pero que de ningún modo podría ser idéntica a la amnesia anterógrada de los niños, que estriba en una *incapacidad intencional de recordar*, tal como la poseen por ejemplo los salvajes. Esta incapacidad de reproducir recuerdos data desde el nacimiento y puede ser comprendida a base de unas razones biológicas harto contundentes. Sería emitir una hipótesis muy extraña el querer suponer que esa cualidad completamente diferente de la conciencia protoinfantil pueda ser reducida a represiones sexuales según el modelo de la neurosis. La amnesia neurótica produce lagunas en la continuidad del recuerdo, mientras que los recuerdos de la primera infancia consisten en islas particulares sumergidas en la continuidad de no recordar. Este estado es, en realidad, antitético al de la neurosis bajo todos los aspectos, de modo que es completamente ilícito emplear a este respecto la expresión «amnesia». La «amnesia infantil» es una conclusión *retroactiva* de la psicología de las neurosis, de la misma manera que la «disposición perversa polimorfa» del niño.

## El período de latencia de la sexualidad

ESTE grave defecto en la formación teórica se pone al descubierto en la extraña teoría del pretendido *período de latencia sexual* de la infancia. Freud observó que los fenómenos sexuales protoinfantiles, que yo designo por *fenómenos del grado presexual*, vuelven a desaparecer otra vez tras cierto tiempo, para reaparecer después mucho más tarde. Lo que Freud llama la «masturbación del lactante» —esto es, todos aquellos actos semejantes a los actos sexuales, de los cuales hemos hablado ya— tendría que volver más tarde, según él, en la forma del onanismo auténtico. Este proceso evolutivo representaría, sin embargo, un *unicum* biológico. Esta teoría no supone ni más ni menos que, por ejemplo, una planta pueda formar un capullo del cual empieza a desarrollarse una flor. Sin embargo, antes de que esta flor se haya desarrollado completamente, vuelve a desaparecer en el interior de la planta para reaparecer de nuevo, cierto tiempo después, en forma análoga. Esta suposición imposible es una consecuencia directa de la afirmación según la cual las actividades *proto* infantiles del grado presexual no serían sino fenómenos verdaderamente sexuales, y que los actos del lactante análogos a actos de masturbación, no serían sino masturbación auténtica. En este punto se venga la terminología ilícita y la extensión exagerada del concepto de la sexualidad. Freud tuvo que llegar de esta manera forzosamente a la suposición de que existía una tal desaparición, y la denominó período de latencia sexual. Lo que Freud nos describe como desaparición, no es más que el verdadero *comienzo de la sexualidad*, siendo los antecedentes un mero grado previo al cual no le corresponde ningún carácter sexual. El fenómeno imposible del período de latencia queda explicado de esta manera con suma sencillez. La teoría del período de latencia es, en cambio, un ejemplo magnífico para demostrar que la suposición de una sexualidad protoinfantil es una equivocación grave. No se trata aquí de errores de observación, puesto que precisamente la hipótesis del período de latencia demuestra cuán claramente llegó a observar Freud el momento en el cual la sexualidad «reaparece». El error radica en la manera de ver. Tal como antes vimos ya, estamos aquí en presencia del *protón pseudos*, un tanto anticuado, de la pluralidad de los impulsos. Tan pronto como admitimos la existencia paralela de dos o más impulsos, tenemos que admitir también forzosamente, que si un impulso no ha llegado aún a manifestarse, no por eso deja de existir, según el símil de la teoría de los cajoncitos. Desde el punto de vista de la Física, esto equivaldría a que, si un pedazo de hierro se convierte de cálido en incandescente e irradiante, entonces la luz estaba contenida ya *in nuce* en el calor. Suposiciones por el estilo no son sino proyecciones violentas de representaciones humanas a la esfera trascendental, con lo cual se peca contra los postulados de la epistemología. No nos es dado, pues, hablar de un impulso sexual existente *in nuce*, porque con ello procederíamos a una interpretación violenta de fenómenos que podrían explicarse mucho mejor de otra manera. No nos está permitido sino hablar de la función nutritiva, de la función sexual, etc., y aún esto tan sólo cuando la función correspondiente haya llegado ya a la superficie con una claridad inequívoca. No podemos hablar de luz antes de que el pedazo de hierro empiece a incandescer visiblemente, y no cuando aún no está más que caliente.

Freud, a fuer de observador, sabe perfectamente que la sexualidad de los enfermos no puede ser comparada sin más ni más con la sexualidad infantil, puesto que existen notables diferencias, por ejemplo, entre un niño de dos años que presenta enuresis, y un catatónico de unos cuarenta años que padece lo mismo. El primer fenómeno es normal, mientras que el segundo es francamente patológico. Freud inserta en sus *Tres estudios* un breve fragmento según el cual *la forma infantil de la sexualidad neurótica consiste en parte exclusivamente, en parte por lo menos parcialmente, en una regresión*. Esto quiere decir que aun en casos en los que se puede suponer que estamos todavía siempre en presencia del mismo cauce secundario infantil, la función de éste ha quedado aumentada regresivamente. Con esto Freud reconoce que en la *mayoría de los casos* la sexualidad de los neuróticos representa un *fenómeno regresivo*. Que debe ser así, se desprende también del resultado (confirmado por las investigaciones de los últimos años), de que las conclusiones obtenidas en el neurótico respecto a su psicología durante la infancia, son también válidas en la misma medida para la persona normal. Podemos decir, de todas maneras, que la historia evolutiva de la sexualidad infantil en el neurótico no se diferencia de la de los animales sino, a lo sumo, en forma tan mínima que ni siquiera puede ser aprehendida por la valoración científica. Unas diferencias notables pertenecen a las excepciones. Cuanto más profundamente penetra nuestra comprensión en la esencia del desenvolvimiento infantil, tanto más se refuerza en nosotros la impresión de que de allí no obtendremos nada más definitivo que lo que hemos obtenido en el trauma infantil. Ni con las lucubraciones históricas más sutiles podríamos descubrir nunca por qué los pueblos que vivían en tierras de Alemania han seguido precisamente tal sino, y los que habitaban la antigua Galia tal otro. Cuanto más nos alejamos de la época de la neurosis manifiesta, durante nuestra labor analítica, tanto menos esperanzas podemos tener de encontrar la verdadera *causa efficiens* de la neurosis, puesto que las disposiciones dinámicas se borran en la medida en que penetremos en el pasado. Si construimos nuestra teoría de tal modo que podamos deducir la neurosis de unas causas del pasado más remoto, entonces no hacemos sino obedecer en primer término al impulso de nuestros enfermos que tratan de desviar en todo lo posible nuestro interés del presente, para ellos tan crítico, *puesto que el conflicto patógeno reside principalmente en la actualidad*. Ocurre lo mismo que si un pueblo quisiera reducir sus miserias políticas actuales al pasado; como si, por ejemplo, los alemanes del siglo XIX hubieran querido explicar su disensión y su incapacidad política por la opresión que sufrieron siglos antes por parte de los romanos, en vez de buscar las causas de sus males en su propio presente. Las causas eficientes radican ante todo en la actualidad, como también las posibilidades de suprimirlas.

## La importancia etiológica del presente

GRAN parte de la escuela psicoanalítica está bajo el encanto de la opinión según la cual la sexualidad infantil es la *conditio sine qua nom* de la neurosis, a consecuencia de la cual no sólo el teórico (que no investiga la infancia sino por intereses meramente científicos), sino también el práctico, creen que tienen que volver y revolver la historia previa infantil del individuo con la intención de encontrar en ella las fantasías que determinan la neurosis. Intento vano. Precisamente mientras haga esto se le escapará al analítico lo más importante, a saber, el conflicto y sus postulados *actuales*. En nuestro caso referido, no comprenderíamos nada de las condiciones que determinaron la producción del ataque histérico, si intentásemos buscar su causa en la primera infancia. Aquellas reminiscencias no determinan en primer lugar sino lo formal; lo dinámico, en cambio, es oriundo de la actualidad, y tan sólo la comprensión del sentido de lo actual significa verdadera comprensión.

No estaría de más, en este punto, la observación de que no tenemos intención alguna de atribuir personalmente a Freud la culpa por las numerosas opiniones equivocadas. Sé perfectamente que Freud, como empírico, no publica nunca sino formulaciones a las cuales sin duda no asigna, además de su interés momentáneo, ningún valor de eternidad. Pero no es menos cierto que el público científico se inclina a hacer de ello un credo y un sistema que está tan ciegamente defendido por un lado como atacado por el otro. Sólo puedo decir, pues, que se han ido deduciendo de la totalidad de los trabajos publicados por Freud determinadas opiniones corrientes que son tratadas con excesivo dogmatismo en los dos campos que se están hostilizando. Esto ha conducido a principios técnicos, sin duda equivocados, cuya existencia no podría buscarse sin más ni más en la concepción del propio Freud. Sabido es que en el espíritu de todo creador de nuevas teorías todo es más fluido y flexible que en el espíritu de los discípulos, a quienes les falta la viva fuerza creadora y que, por tanto, tienden siempre a suplir esta falta de *libido* por una fidelidad dogmática; en esto son parecidos a los adversarios que también se aferran a las palabras, por no estarles concedido el contenido vivo de la teoría. Nuestras palabras no se dirigen, pues, al mismo Freud; de quien sabemos perfectamente que reconoce hasta cierto punto la orientación final de las neurosis, sino más bien contra su público, que discute sus asertos.

Debe ser evidente, después de cuanto llevamos dicho, que no conseguimos penetrar el sentido de ninguna historia de neurosis sino después de comprender cómo quedan ordenados los motivos particulares al servicio del objetivo.

Comprenderemos, pues, por qué precisamente aquel motivo y no otro resultó patógeno en los antecedentes de nuestro caso, y por qué fue precisamente aquél el que escogió para sí tal simbolismo. Mediante el concepto de la regresión, la teoría queda liberada de la fórmula rígida que insiste en la importancia de las vivencias infantiles; con ello se asigna al conflicto actual aquel significado que empíricamente no le corresponde con absoluta necesidad. El propio Freud introdujo el concepto de la regresión ya desde sus *Tres estudios acerca de la teoría sexual*, reconociendo en justicia que la experiencia no permite buscar las causas de una neurosis única y

exclusivamente en los antecedentes lejanos. Ahora bien; si los materiales de nuestras reminiscencias sólo llegan a ser eficientes a raíz de la revivificación regresiva, entonces nos vemos obligados a preguntar si no podemos acaso atribuir exclusivamente la influencia aparentemente decisiva de las reminiscencias a una regresión de la *libido*. Como acabamos ya de exponer, el propio Freud dejó traslucir en sus *Tres estudios* ya citados que el infantilismo de *la sexualidad neurótica debe su existencia, en su mayor parte, a la regresión*. Esta comprobación merece ser destacada de manera muy diferente a como lo vemos en los *Tres estudios*. (El propio Freud realizó debidamente esta interpretación nueva en sus trabajos posteriores). *La doctrina de la regresión de la libido suprime en una medida muy considerable el significado etiológico de las vivencias infantiles*. De todas maneras, ya nos parecía muy extraño que el complejo de Edipo y de Electra pudiera poseer fuerzas determinantes respecto a la producción de la neurosis, admitiendo que estos complejos están presentes en todo individuo y hasta en personas que no han conocido nunca ni a su madre ni a su padre, sino que fueron educadas por tutores. He podido analizar algunos casos de esta índole,' y encontré que los complejos incestuosos estaban también desarrollados en estas personas lo mismo que en todos los demás analizados. Esto me parece una prueba muy contundente para demostrar que el complejo incestuoso es mucho menos una realidad que una mera figura regresiva de la fantasía, y que los conflictos que derivan del complejo del incesto deben reducirse más a la conservación anacrónica de la actitud infantil que a verdaderos deseos incestuosos, los cuales no son sino fantasías regresivas con la sola misión de encubrir y ocultar la realidad. Y que así debe de ser en una medida muy amplia, dedúcese del hecho de que ni el traumatismo sexual infantil acarrea forzosamente un histerismo, ni lo produce tampoco el complejo incestuoso, aunque éste exista en todos los humanos. La neurosis se producirá tan sólo cuando el complejo incestuoso quede activado por la regresión.

Con esto nos acercamos ya al problema siguiente: *¿por qué la libido se hace regresiva?* Para poder contestar satisfactoriamente a esta pregunta, es preciso examinar más atentamente las condiciones bajo las cuales tales regresiones se producen. En el curso de un tratamiento, suelo ilustrar este problema a mis enfermos con el ejemplo siguiente:

Si un turista aficionado se ha decidido a subir a determinada cima, puede ocurrirle entonces que tropiece en su camino con un obstáculo insuperable, llegando por ejemplo ante un precipicio imposible de franquear. Nuestro alpinista, tras mil vanos intentos para encontrar un sendero practicable, volverá finalmente sobre sus pasos y renunciará con sentimientos de lástima a escalar dicha cima. Se dirá a sí mismo: «Con mis medios me es imposible superar aquella dificultad; por tanto, me dedicaré a escalar un monte menos difícil».

Este caso nos parece una actividad normal de la *libido*, nuestro turista vuelve atrás ante la imposibilidad y emplea la *libido* que allí no pudo alcanzar su objetivo para escalar otro monte. Ahora bien: supongamos que dicho precipicio no sea en realidad infranqueable con los medios físicos de que dispone nuestro alpinista, sino que volvió atrás tan sólo a causa de su timidez frente a la empresa algo peligrosa. En tal caso sólo quedan dos posibilidades: 1) Nuestro alpinista se reprochará su cobardía y tomará el propósito muy firme de mostrarse menos tímido en la próxima ocasión análoga que

se le presente; se dirá acaso que, en vista de su timidez, haría mejor en no proponerse escalar montañas. De todas maneras, tendrá que reconocer que sus energías morales no eran suficientes para superar las dificultades. Empleará, pues, a su *libido*, que no ha podido alcanzar su objetivo propuesto, en una útil autocrítica y en esbozar un plan según el cual podrá realizar, a pesar de su timidez, y apreciando debidamente las fuerzas morales de que dispone, la ascensión a la montaña. 2) La segunda posibilidad consiste en que nuestro turista no reconozca su cobardía y declare sin más ni más por físicamente imposible la ascensión a aquella montaña, aunque podría entrever muy claramente que el obstáculo no sería imposible de superar de tener sólo el necesario valor. Sin embargo, prefiere engañarse. Con esto se crea una situación psicológica que tiene cierta importancia para el problema que nos ocupa. En último análisis, nuestro alpinista sabe muy bien que físicamente no es imposible superar el obstáculo y que su incapacidad de hacerlo es tan sólo moral. Sin embargo, aparta *a limine* este último pensamiento, por su carácter desagradable. Está tan poseído de sí mismo, que es incapaz de confesarse su cobardía. Finge que tiene valor ante sí mismo y antes prefiere declarar la imposibilidad de las cosas que su propia imposibilidad de atreverse… Sin embargo, con ello entra en contradicción consigo mismo, puesto que por un lado posee el reconocimiento justo de la situación, mientras que por el otro escapa a este reconocimiento tras la ilusión de un valor que no tolera sea puesto en duda. Reprime el reconocimiento de la verdad y trata de imponer a la fuerza su propio juicio subjetivo e ilusionista a la realidad muy distinta. Esta contradicción acarrea la consecuencia de que la *libido* quede escindida y ambas partes se combatan entre sí: opone a su propio deseo de escalar la cima el juicio inventado y apoyado artificialmente por él mismo de que es imposible pasar. No escruta la imposibilidad verdadera, sino que inventa una imposibilidad inexistente y una barrera artificial. Por consiguiente, ha producido en sí una contradicción, y desde este momento lucha ya contra sí mismo. Ora prevalecerá la comprensión justa de su cobardía, ora la terquedad y el orgullo. De todas maneras, la *libido* queda adscrita desde ahora a una estúpida guerra intestina que inutilizará a la persona en cuestión para toda nueva empresa semejante. No podrá realizar su deseo de la ascensión a una montaña, puesto que está fundamentalmente equivocado acerca de sus propias cualidades morales. Esto disminuye su capacidad de trabajo; sufre de ello; también su adaptación a la realidad; es decir —como podemos afirmar a guisa de ejemplo—, empezará a padecer una neurosis. La *libido* que retrocedió ante el obstáculo, no le ha conducido ni a una honrada autocrítica ni a ningún intento desesperado de dominar a todo evento el obstáculo; tan sólo logró producir la afirmación completamente gratuita de que era objetivamente imposible pasar, ante lo cual no hubiera servido tampoco ni la más heroica decisión. Esta manera de reaccionar se designa como *infantil*. Es característico para el niño, y para todo espíritu cándido en general, que naturalmente busque la falta, no en sí mismo, sino en los objetos externos, intentando imponerles a la fuerza su propio juicio subjetivo.

Podemos decir, pues, que nuestro turista resuelve su problema de un modo *infantil*; esto quiere decir que sustituye el modo de adaptarse del caso precedente por *un modo de adaptarse del espíritu infantil*. Esto significa la *regresión*. Su *libido* retrocede ante el obstáculo que no puede í ser superado, y suplanta a la verdadera actividad una ilusión infantil.

Este ejemplo es típico de un sinnúmero de casos de nuestra práctica cotidiana.

Quisiera limitarme tan sólo a recordar aquellos casos muy conocidos en los cuales muchachas jóvenes enferman histéricamente con relativa rapidez en el preciso momento en que tendrían que decidirse a desposarse. Aduciré tan sólo un ejemplo concreto: el caso de dos hermanas. Entre ambas existe solamente un año de diferencia en la edad, y ambas son muy parecidas en cuanto a sus aptitudes y carácter. Su educación ha sido idéntica, y han crecido en el mismo medio ambiente y bajo las mismas influencias de los padres. Ambas han gozado siempre, según se afirma, de buena salud, y en ninguna de las dos se han producido perturbaciones nerviosas que merezcan mención. Sin embargo, un observador perspicaz hubiera podido descubrir que la muchacha mayor disfrutaba algo más que la joven del cariño de sus padres. Esta valoración de los padres basábase en determinada clase de susceptibilidades que mostraba su hija mayor. Postulaba algo más de cariño que la pequeña, y era más madura y más sagaz de la cuenta. Al mismo tiempo, acusaba rasgos infantiles encantadores que, precisamente a causa de su carácter antitético y desnivelado, suelen conferir verdadero encanto a una persona. No es de admirar, pues, que padre y madre tuvieran una afección especial a su hija mayor. Cuando ambas muchachas llegaron a la edad de casarse, conocieron casi al mismo tiempo a dos jóvenes; la amistad iba profundizándose y se avecinaba la posibilidad de un matrimonio para ambas. Como siempre ocurre en tales casos, también en el nuestro surgieron determinadas dificultades. Ambos muchachos eran aun relativamente jóvenes y ocupaban colocaciones que necesitaban mejora, puesto que estaban todavía en los comienzos de sus respectivas carreras. Sin embargo, eran muchachos que valían. Ambas muchachas encontráronse ante circunstancias sociales que les permitían exigir bastante de su futuro prometido. La situación era tal que no se podían declinar por completo ciertas dudas acerca de la oportunidad del casamiento. Añadióse, además, el hecho de que ambas muchachas conocían aun insuficientemente a sus maridos *in spe*, y que, Por tanto, no podían estar muy seguras de la autenticidad de su propio amor. Hubo, pues, muchas cavilaciones y dudas. Pronto se demostró que la muchacha mayor acusaba mayores vacilaciones ante la necesidad de tomar una decisión. A causa de esta inseguridad profunda hubo a veces escenas algo penosas con los dos jóvenes, que, naturalmente, exigían una respuesta definitiva. En tales trances difíciles, la muchacha mayor demostró ser siempre más nerviosa que su hermana. Algunas veces fue a buscar llorando a su padre, y le confió la pena de su indecisión. La más joven demostró mayor decisión y acabó con la situación insegura diciendo «sí» a su pretendiente. Con esto llegó a superar las inseguridades, y todo se desarrolló según la más normal previsión. Ahora bien: al enterarse el pretendiente de la hermana mayor de que la menor había consentido, apresuróse a visitar a la dama de sus pensamientos y exigióle un poco violentamente su consentimiento. Esta violencia irritó a la muchacha y hasta llegó a asustarla, aunque en realidad se inclinara ya, siguiendo el ejemplo de su hermana menor, a dar el «sí». Contestó, pues, algo terca y negativamente. Él le hizo objeciones apasionadas, a lo que ella replicó aún más violentamente. Al fin, prodújose una escena de llanto, y el joven retiróse amargado. Llegado a casa, lo explicó a su madre; ésta le manifestó que, según parecía, la muchacha en cuestión tío le convenía para mujer; valdría más, pues, buscarse otra. La muchacha, por su parte, empezó a dudar, a consecuencia de la escena descrita, de si amaba verdaderamente a aquel hombre. De golpe, parecióle imposible seguir a

un hombre así por los caminos de su destino inseguro, teniendo que abandonar a sus amados padres. Llegó la histeria hasta tal extremo, que los dos jóvenes rompieron completamente. Desde entonces la muchacha quedó muy deprimida; mostró señales manifiestas de los más vivos celos contra su hermana menor, y, naturalmente, no quiso reconocer ni ante los demás ni tampoco ante sí misma que fuera celosa. Hasta la relación antes tan armoniosa con los padres quedó mermada; en vez de la antigua inclinación infantil, adoptó la joven un carácter lastimero que a veces aumentó hasta convertirse en irritabilidad extrema. Pasó por períodos de depresión que duraron semanas. Mientras la hermana menor celebraba sus bodas, la mayor salió para un balneario lejano, con el pretexto de curar un catarro intestinal de origen «nervioso». No podemos seguir aquí todas las peripecias de la historia de esta enferma; añadiremos tan sólo que derivó en un vulgar caso de histerismo.

El análisis de este caso nos hizo descubrir la existencia de unas resistencias muy fuertes ante el problema sexual. Dichas resistencias fundamentábanse en que la enferma tenía fantasías perversas cuya existencia no quería confesarse a sí misma. Mi pregunta acerca de la procedencia, y en una muchacha joven, de fantasías tan inesperadamente perversas, llevó al descubrimiento de que, a la edad de ocho años, nuestra enferma encontróse de repente, en la calle, frente a un exhibicionista sexual. En aquella ocasión quedó como paralizada de miedo, y el repugnante aspecto la había perseguido aun en sus sueños. Su hermana había estado igualmente presente. Durante la noche que siguió a este relato de la enferma, soñó en un hombre vestido de gris que se proponía hacer lo mismo que el exhibicionista de antaño. Despertó, pues, con un grito de miedo. La asociación más inmediata que presentó a la palabra evocadora «traje gris», era un traje del padre que éste había llevado un día con motivo de una excursión que realizaron los dos solos cuando ella podía tener unos seis años. Este sueño puso al padre en evidente relación con el exhibicionista, lo que no pudo producirse sin motivo. ¿Habría ocurrido algo, tal vez, con el padre, que determinara esta asociación de ideas? Este problema tropezó con la más fuerte resistencia por parte de la enferma; sin embargo, no dejó de preocuparse por ello. En las sesiones subsiguientes reprodújome algunas reminiscencias muy tempranas, según las cuales había acechado al padre cuando éste se desnudaba, y un día llegó a la consulta completamente confusa y conmovida para explicarme que acababa de tener una visión de terrible lucidez: tuvo la sensación, estando en cama, de que era aún una niña pequeña de unos dos o tres años, y veía a su padre cerca de la cama, ejecutando un gesto completamente obsceno.

Esta confesión me fue hecha muy poco a poco, luchando la enferma contra su propia resistencia y costándole un muy visible esfuerzo. Siguieron luego violentas quejas de cómo es posible que un padre hiciera cosa tan horrible a su propia hija.

Nada nos parece tan inverosímil como la suposición de que el padre pudiera hacer verdaderamente cuánto su hija le atribuía. Se trataba meramente de una fantasía que iba formándose, según toda probabilidad, tan sólo durante el curso del análisis, a base de aquella necesidad causal que pudo llevar cierto día hasta el mismo médico a la teoría de que el histerismo no tiene otro motivo ni causa sino semejantes impresiones.

Este caso me parece muy apto para poner de manifiesto *el significado de la teoría de la regresión*, al mismo tiempo que para descubrir las fuentes de los errores teóricos hasta ahora existentes. Hemos visto que ambas hermanas acusaron en un principio

tan sólo diferencias relativamente insignificantes. Sin embargo, desde el momento en que se produjo el asunto del casamiento, sus caminos se separaron totalmente, apareciendo las dos como dos caracteres completamente antitéticos. Una de ellas gozaba de una salud y de una alegría de vivir rebosante, y era una buena y valiente mujer, mientras que la otra se hizo morosa, caprichosa, llena de amargura y de bilis, incapaz de realizar cualquier esfuerzo para llevar una vida razonable; era egoísta, molesta para cuántos la rodearan; en una palabra, una verdadera pesadilla para todo su medio ambiente. Esta diferencia extraordinaria prodújose única y exclusivamente a consecuencia de que una de las dos hermanas llegó a salvar a última hora las dificultades que se interponían entre ella y su prometido, mientras que la otra rozó la posibilidad de solución, pero ya no llegó a encontrarla. Para ambas, dependía —por decirlo así— de un cabello la solución de su problema respectivo. La más joven era algo más tranquila y, por tanto, más comedida encontró, pues, en el momento preciso, la palabra precisa. La mayor estaba más animada y era más susceptible; por tanto, más influible por su afectividad; por eso no encontró la palabra necesaria en el momento crítico y tampoco tuvo el valor de repararlo todo mediante una renuncia a su orgullo. En un principio, las condiciones eran casi idénticas para ambas hermanas; lo que decidió fue la mayor susceptibilidad de la hermana mayor. Ahora bien: nuestro problema se plantea de este modo: ¿de dónde pudo provenir esa susceptibilidad que tuvo consecuencias tan desventuradas? El análisis demostró la existencia de una sexualidad extraordinariamente desarrollada de carácter fantástico-infantil; además, una fantasía incestuosa frente al propio padre. Supongamos ahora, pues, que estas fantasías eran vivas ya desde hacía tiempo, y que sólo esto explicaría su extrema virulencia; llegamos entonces a una solución cómoda y rápida del problema de la susceptibilidad. Nos parece poder comprender fácilmente la susceptibilidad exagerada de la muchacha: quedó completamente enredada en sus fantasías y secretamente ligada al padre; en tales circunstancias hubiera sido un verdadero milagro que se hallara dispuesta al amor y al casamiento. Cuanto más penetremos, guiados por nuestra necesidad de explicación causal, en el desarrollo de sus fantasías, intentando descubrir su origen, tanto más aumentarán las dificultades del análisis: las *resistencias*. Por fin, llegamos a una escena muy impresionante, precisamente aquel acto obsceno cuya poca verosimilitud ha quedado ya establecida; toda la escena acusa marcados caracteres de una construcción *a posteriori*. Por tanto, nos vemos obligados a concebir aquellas dificultades que hemos llamado «resistencias» de la persona analizada —por lo menos en aquel punto determinado del análisis—, no como medidas de defensa contra el hecho de que se haga otra vez consciente alguna reminiscencia desagradable, sino que tenemos que comprenderlas más bien como una oposición a la construcción de esa misma fantasía. Acaso el lector se pregunte sorprendido: pero ¿qué obliga al enfermo a inventar semejantes fantasías? Se podrá formular hasta la sospecha de que haya sido el médico quien haya incitado a su enferma, sin lo cual ésta no hubiera llegado a tan absurdos pensamientos. No me atrevo a poner en duda que pueda haber casos (y que los haya también en el futuro) en los cuales la necesidad que el médico tiene de encontrar un diagnóstico causal —sobre todo bajo la influencia de la teoría del traumatismo— haya sido la fuente de tales fantasías de los enfermos. Sin embargo, el médico, por su parte, no hubiese llegado a tales teorías si no hubiera seguido la orientación del pensamiento de su enfermo, por

lo cual realizó también a su vez aquel movimiento retrógrado de la *libido* que hemos denominado «regresión». Con ello el médico no habrá llevado a cabo ni más ni menos que lo que el enfermo tenía miedo de realizar, esto es, una regresión, una vuelta de la *libido* con la más inexorable consecuencia. Sin embargo, si el análisis sigue el rumbo de la regresión de la *libido*, entonces no seguirá siempre aquel camino que queda trazado de antemano por el desarrollo histórico-personal, sino que obedecerá muy a menudo a una fantasía elaborada *a posteriori*, que sólo parcialmente, se basa en realidades del pasado. En nuestro caso también, las vivencias reales son tan sólo y hasta cierto punto las que desempeñaron el papel decisivo, y aun estas escenas reales de la vida de la enferma no cobraron su importancia sino posteriormente, esto es, al retroceder la *libido*. Y cada vez que la *libido* se apodere de un recuerdo, podemos esperar de antemano que ese recuerdo quede elaborado y transformado. Porque todo cuanto concierne a la *libido* se vivifica, dramatiza y sistematiza. Debemos reconocer que también en nuestro caso la mayor parte de las cosas adquirió su importancia sólo a la postre, al abarcar la *libido* cuánto encontró conveniente en su camino, llegando a formar de ello, en última instancia, una fantasía que, correspondiendo al rumbo regresivo de su orientación, nos condujo finalmente hasta la figura del propio padre, aplicándole los consabidos deseos sexuales infantiles. Esto se ha producido de la misma manera que la antigua creencia que sitúa el Paraíso en el pasado. Sabemos, pues, en nuestro caso, que los materiales fantásticos que fueron puestos de relieve por el análisis no adquirieron su importancia y significado sino *a posteriorv*, por tanto, nos es completamente imposible explicar la neurosis precisamente en virtud de estos mismos materiales. De esta manera, nos moveríamos en un círculo vicioso. El momento crítico que explica la neurosis es aquél en el cual ambos factores estaban dispuestos a encontrarse, pero en el que la ocasión se dejó desaprovechada a causa de una susceptibilidad de la enferma en mala hora producida.

# La sensibilidad

PODRÍA decirse ahora —y la teoría psicoanalítica parece inclinarse hacia esta explicación— que la susceptibilidad crítica proviene de peculiares antecedentes psicológicos previos que han determinado tal desenlace. Sabemos perfectamente que la susceptibilidad en las neurosis psicógenas es siempre un síntoma de la discrepancia consigo mismo, un síntoma del antagonismo entre dos tendencias divergentes. Cada una de estas tendencias tiene sus peculiares antecedentes, y en nuestro caso puede demostrarse claramente cómo aquellas resistencias de determinada magnitud que formaron el contenido de la susceptibilidad crítica se enlazan efectivamente, desde el punto de vista de la historia de la persona, con ciertas actividades sexuales infantiles, como asimismo con aquella vivencia llamada traumática, y no con cosas que son aptas para descubrir con alguna sombra a la sexualidad. Esta explicación sería enteramente plausible si no hubieran tenido ambas hermanas dos vivencias casi completamente paralelas, pero sin que una de ellas sufriera las mismas consecuencias, o sea, sin que se volviera neurótica. Es preciso, pues, suponer que nuestra enferma experimentó aquellas mismas cosas de manera peculiar, esto es, con profundas resonancias, hasta cierto punto, que su hermana. ¿Serían mucho más importantes las vivencias habidas en la primera infancia? Pero si esto fuera así, hasta tal punto, entonces hubiéramos notado ya en su tiempo algo de ello en forma de alguna reacción violenta. Sin embargo, los acontecimientos de la infancia habían quedado «pasados» y olvidados, tanto por la enferma como por su hermana, durante la adolescencia. Por consiguiente, es posible concebir aún otra hipótesis acerca de aquella susceptibilidad de tan graves consecuencias; sería posible que esta última no proviniese de esos antecedentes peculiares, sino que hubiese existido ya desde siempre. Todo observador cauto de los niños pequeños podrá sin duda observar ya en el lactante una susceptibilidad aumentada. Tuve que tratar cierta vez a una enferma histérica que me pudo mostrar una carta de su madre, escrita cuando la enferma tenía tan sólo dos años. En dicha carta, la madre trataba de la que hubo de ser más tarde mi enferma, y, además, decía lo que sigue acerca de su hermanita: «La primera es una niña siempre amable y emprendedora, mientras que la segunda tiene manifiestas dificultades en el trato con las personas y las cosas». La primera se convirtió más tarde en histérica; la segunda, en catatónica. Las diferencias profundas que se pueden descubrir a veces cuando uno se remonta a la historia de la persona hasta su más tierna infancia, no pueden ser reducidas a los acontecimientos meramente accidentales de la vida, sino que deben ser consideradas como diferencias *congénitas*. Desde este punto de vista, no se puede afirmar que los antecedentes psicológicos tengan la culpa de que la enferma haya mostrado susceptibilidad en el momento preciso, sino que nos parece mucho más justo observar esto: se trata de aquella susceptibilidad congénita que desde luego se manifiesta con mayor claridad precisamente frente a una situación que no sea habitual al individuo. Este *plus* de susceptibilidad es una añadidura harto frecuente en la persona, y contribuye mucho a sus encantos sin que perjudique su carácter. Únicamente cuando la persona en cuestión se encuentra en situaciones difíciles e inusitadas, sólo entonces se suele convertir la ventaja en una desventaja que a veces

puede ser enorme, puesto que entonces el raciocinio sereno queda perturbado por afectos que se presentan muy inoportunamente. Sin embargo, nada sería tan falso como valorar este *plus* de susceptibilidad como una parte integrante *eo ipso* enfermiza de un carácter. Si así fuera, no nos quedaría más remedio que considerar aproximadamente una cuarta parte de la Humanidad como anormal. Es preciso añadir que, si esta susceptibilidad tiene consecuencias tan disolventes para el individuo, ya no podemos entonces seguir considerándola normal. Tenemos que llegar inevitablemente a esta autocontradicción si oponemos entre sí las dos teorías que quieren explicar la importancia de los antecedentes psicológicos con tanto rigor como lo hemos hecho más arriba. En realidad, nunca está en juego sólo una u otra de las dos. Una cierta susceptibilidad congénita nos hace descubrir antecedentes psicológicos muy peculiares; esto es, una manera peculiar de experimentar los acontecimientos de la vida infantil, acontecimientos que ya por su parte no permanecen indiferentes al desarrollo de la concepción del mundo del niño. No hay acontecimientos que, enlazados con impresiones poderosas, pasen nunca sin dejar huellas en las personas sensibles; sabido es que estas últimas conservan muy a menudo tales huellas inclusive durante toda su vida. Y tales vivencias pueden ejercer igualmente una influencia determinante sobre todo para el desenvolvimiento intelectual de una persona. Precisamente las experiencias bochornosas y decepcionantes en el sector sexual tienen la particularidad de desanimar hasta tal punto, y durante muchos años, a la persona susceptible, que hasta al pensar en la sexualidad se producirán en ella importantes resistencias. La teoría del traumatismo demuestra que estamos muy inclinados, basándonos en el conocimiento de tales casos, a atribuir completamente (o por lo menos en gran parte) el desenvolvimiento afectivo de una persona a factores accidentales. La antigua teoría del traumatismo ha ido demasiado lejos en este sentido. No se debe olvidar, sin embargo, que el mundo es —¡y ante todo!— un fenómeno completamente subjetivo. Tener vivencias de impresiones accidentales es también una actividad nuestra. No sería justo creer que las impresiones se nos imponen incondicionalmente, sino que nuestra disposición condiciona ya de antemano las impresiones. Una persona que posea una *libido* estancada y amontonada, tendrá por regla general vivencias completamente diferentes de las que pueda tener aquél cuya *libido* esté organizada en muy ricas actividades; tendrá, sin duda, vivencias mucho más fuertes. Un individuo ya en sí muy susceptible recibirá una impresión apreciable de un acontecimiento que deja completamente frío a otro menos susceptible. Debemos tener en cuenta, pues, junto a la impresión accidental, las condiciones subjetivas, y esto es una medida muy elevada. Nuestras consideraciones anteriores, especialmente las que hemos hecho comentando un caso concreto de nuestra práctica, nos han demostrado que la condición subjetiva más importante es la *regresión*. Según lo demuestra la experiencia en la práctica psicoanalítica, la eficacia de la regresión es tan grande y tan impresionante que tal vez estamos dispuestos a atribuir la influencia de vivencias accidentales única y exclusivamente al mecanismo de la regresión. Sin duda, existen muchos casos en los que todo está como «escenificado» y en los que hasta las vivencias traumáticas no son sino meros artefactos fantásticos, quedando completamente deformadas las pocas vivencias verdaderas, a causa de la elaboración imaginativa posterior. Podemos decir tranquilamente que no existe ni un caso de neurosis en el cual el valor afectivo de la

vivencia que precedía no quede aumentado considerablemente por la regresión de la *libido*, o en los que grandes partes del desenvolvimiento infantil no aparezcan como extraordinariamente importantes, mientras que en realidad no poseen ya más valor que el de regresión (así, por ejemplo, la relación con los padres).

La verdad se halla, como siempre, en el término medio. La historia de los antecedentes posee sin duda cierto valor histórico y determinante, y este valor queda aún corroborado por la regresión. A veces, el significado traumático de los antecedentes se pone más de relieve, sin embargo, en otras ocasiones, esto no ocurre sino con su significado regresivo. Estas consideraciones se emiten desde luego con la pretensión de ser aplicadas igualmente a las vivencias sexuales infantiles. Existen sin duda casos en que los brutales acontecimientos sexuales han ensombrecido justificadamente todo cuanto sea sexual, lo que nos explicará suficientemente la resistencia ulterior del individuo frente a la sexualidad. (Puedo mencionar, entre paréntesis, al llegar a este particular, que también las vivencias aterradoras de carácter *no* sexual suelen dejar tras sí en el individuo cierta inseguridad harto duradera, que puede provocar en aquél una actitud general indecisa y vacilante frente a las exigencias de la realidad). Allí donde faltan los acontecimientos reales que podrían tener una eficacia indudablemente traumática —y tal es el caso en la mayor parte de las neurosis—, se trata siempre de una preponderancia del mecanismo regresivo. Sin duda se nos podría objetar que no poseemos ningún criterio para admitir la posibilidad de la influencia de un trauma, puesto que «trauma» es un concepto muy relativo. Aunque las cosas sean de una manera algo distintas, podemos decir que poseemos en el concepto de lo «normal», o término medio, un criterio para averiguar la posibilidad de eficacia que un trauma puede tener. Algo que parezca capaz de impresionar poderosa y duramente hasta a la misma persona normal, habrá de tener una influencia también determinante para la neurosis. Sin embargo, podemos atribuir sin más ni más una fuerza determinante para las enfermedades neuróticas, lo que debería ser superado y olvidado en condiciones normales. La mayor probabilidad corresponde a los casos en que hay algo inesperadamente traumático, al hecho de la regresión, esto es, una «escenificación» meramente secundaria. Cuanto más pronto se haya producido la impresión en la prehistoria personal infantil, tanto más sospechosa debe ser para nosotros su eficacia, puesto que es sabido que animales y hombres primitivos están muy lejos de tener la misma gran disposición que tiene el hombre civilizado para recordar los acontecimientos acaecidos una sola vez, Tampoco los niños poseen, ni mucho menos, en la primera infancia, aquella susceptibilidad frente a las impresiones que poseen los niños de más avanzada edad. Un cierto desenvolvimiento más elevado de las capacidades intelectuales es una exigencia imprescindible para la impresionabilidad. Podemos suponer, pues, que cuanto más temprana sea la edad a la cual el mismo paciente atribuya una vivencia impresionante, tanto más puramente imaginativa y regresiva será la realidad. No podemos esperar impresiones más amplias sino de las vivencias acaecidas durante la infancia un poco posterior; de todos modos, puede decirse que a los acontecimientos del período protoinfantil —por ejemplo, a lo que sea anterior al quinto año de la vida— no les corresponde sino un significado de orden *regresivo*. Para los años posteriores, la regresión desempeña asimismo un papel a veces extraordinariamente grande. Sin embargo, debemos asignar también a las vivencias accidentales una importancia no demasiado pequeña.

*En el curso posterior de una neurosis, se ponen a la obra todas las vivencias tenidas accidentalmente, y la regresión, mediante un círculo vicioso: el retroceder ante la vivencia conduce al enfermo a la regresión, en tanto que ésta aumenta a su vez las resistencias oponentes a la vivencia en cuestión*.

Antes de seguir más adelante en nuestras consideraciones, tenemos que dedicar aún nuestra atención al problema de la importancia teleológica que podría atribuirse a las fantasías regresivas. Acaso podríamos contentarnos con la suposición de que estas fantasías no son sino meramente un sustituto de la actividad verdadera, y que, por tanto, no les corresponde ninguna importancia especial. Esto probablemente no ocurrirá así. Hemos visto ya cómo la teoría psicoanalítica muestra inclinación a ver en las fantasías (ilusiones, prejuicios, etc.) la causa de la neurosis, puesto que el carácter de ésta revela una tendencia muy a menudo netamente contraria a la del obrar sensato. Muchas veces parece como si el paciente utilizara tendenciosamente su historia psicológica para demostrar que es incapaz de obrar sensatamente, por lo cual el médico (como toda persona cualquiera) se inclinará con suma facilidad a tener especiales simpatías al paciente (y esto quiere decir: a identificarse inconscientemente con él) y tendrá la misma impresión que si los argumentos alegados por el enfermo fueran una verdadera etiología. En otros casos, en cambio, las fantasías tienen más bien el carácter de ideales extraños, que llegan a sustituir a la dura realidad, creaciones de la fantasía tan bellas como sutiles; no se podría *desconocer en* tales casos una manía de grandezas más o menos manifiesta que compensa oportunamente la inactividad y la incapacidad intencional del paciente. Las fantasías marcadamente sexuales revelan muy a menudo, con toda claridad, la finalidad de acostumbrar al paciente a la idea de la existencia de una fatalidad sexual, para ayudarse a sí mismo, hasta cierto punto, a suponer las resistencias. Si, con Freud, concebimos la neurosis como un intento malogrado de curación, tendremos que atribuir también a las fantasías un carácter doble: a saber, en primer lugar, una tendencia morbosa y obstaculizadora, y, en segundo término, otra tendencia fomentadora y preparadora. De la misma manera que en el hombre normal la *libido* se amontona ante el obstáculo que impide su normal fluencia —obligándole, pues, a la introversión y a la meditación—, así se produce también en el neurótico (en las mismas condiciones, se entiende) una introversión con un consiguiente aumento de la actividad de la fantasía, en la que, sin embargo, queda preso, puesto que prefiere el modo de adaptación infantil como el que mejor corresponde a la economía del esfuerzo. El neurótico no llega a comprender que con ello ha cambiado su ventaja momentánea por una desventaja duradera, y que, por tanto, ha hecho un mal negocio. De la misma manera, es mucho más fácil y más cómodo para un Ayuntamiento, por ejemplo, dejar de tomar todas las complicadas medidas de sanidad que la higiene prescribe; sin embargo, cuando se presente una epidemia, la negligencia se vengará terriblemente. Así, pues, *cuando el neurótico pretenda toda clase de alivios infantiles, deberá aceptar también las consecuencias que ellos acarrean*. Y cuando no estuviera dispuesto a aceptarlas, aquéllas no dejarían de tomar su venganza en él.

En términos generales, sería muy poco justo denegar a las fantasías aparentemente falsas del neurótico todo valor teleológico. En realidad, son a pesar de todo, verdaderos inicios intelectualizantes, y la búsqueda de nuevos senderos de adaptación. El retroceso hacia lo infantil significa no sólo regresión y estancamiento,

sino al mismo tiempo una posibilidad de encontrar el nuevo plan de vida. La regresión es, en última instancia, una de las premisas fundamentales de todo acto de creación. Para más detalles sobre este particular, llamo la atención del lector sobre mí ya repetidas veces citado estudio sobre la *libido*.

## Significado del conflicto actual

CON EL concepto de la regresión, el psicoanálisis ha realizado sin duda uno de sus más importantes descubrimientos pertenecientes a este sector. No sólo las formulaciones anteriores quedan metamorfoseadas en la historia evolutiva de la neurosis (o por lo menos considerablemente modificadas), sino que también el *conflicto actual* obtiene con ello su debida valoración. Hemos visto ya, en el caso descrito más arriba con tantos detalles, que la «escenificación» sintomatológica no quedó comprendida sino después de haber sido reconocida como expresión del conflicto actual y agudo. Ahora bien, con ello, la teoría psicoanalítica alcanza su nudo de enlace con el experimento de las asociaciones de ideas, de las cuales he tratado detalladamente en mis conferencias explicadas en la Clark University. El experimento de las asociaciones de ideas nos brinda en toda persona neurótica una larga serie de datos acerca de determinados conflictos de carácter actual, que hemos denominado *complejos*. Estos complejos contienen precisamente aquellos problemas y dificultades acerca de los cuales se ha producido en el enfermo una especie de escisión. Se trata, por regla general, de conflictos amorosos de carácter completamente manifiesto. Desde el punto de vista del experimento de asociaciones de ideas, la neurosis parece algo completamente diferente de lo que nos pareció cuando la miramos desde el punto de vista de la primera teoría psicoanalítica. Considerada de este último modo, la neurosis aparece como algo que brota en el suelo de la protoinfancia y que llega a encubrir la normalidad; desde el punto de vista del experimento de las asociaciones de ideas, aparece, en cambio, como una reacción frente a un conflicto actual que desde luego puede existir de la misma manera en las personas normales, pero sin que en ellas su solución tropiece con notables dificultades. Sin embargo, el neurótico queda estancado en el mismo conflicto y su neurosis se nos manifiesta aproximadamente como una consecuencia de su estancamiento. Podemos decir, pues, que los resultados del experimento de las asociaciones de ideas hablan muy en favor de la teoría de la regresión. A base de la teoría anterior —«histórica»— hemos creído poder comprender con suma facilidad por qué un neurótico tiene tan considerables dificultades en su adaptación al mundo, a causa de su potente complejo paterno. Pero ahora, cuando ya sabemos perfectamente que también las personas normales acusan el mismo complejo y que en principio han de pasar por las mismas fases de desenvolvimiento psicológico, ya no podemos recurrir a ciertos desarrollos de los sistemas de fantasías con vistas a una debida explicación.

En su lugar, el planteamiento verdaderamente fecundo del problema será ahora prospectivo y en la siguiente forma: ya no preguntamos si el enfermo tiene un complejo materno o paterno, o si presenta fantasías inconscientes de incesto que le tienen atado. Hoy día sabemos ya que, desde luego, tales complejos los tienen todos: es un simple error del pasado el creer que tan sólo los neuróticos acusan tales fenómenos. Hoy día hemos de interrogar desde un punto de vista completamente diferente. *¿Qué tarea no quiere realizar el enfermo? ¿Qué dificultad de la vida quiere eludir?*

Si el hombre quisiera en cada caso adaptarse por completo, entonces, su *libido* quedaría empleada siempre de manera justa y en proporción adecuada; de lo contrario, queda amontonada y produce síntomas regresivos. El incumplimiento de la adaptación, esto es, la indecisión de la persona neurótica frente a la dificultad, es idéntica, por Jo pronto, *a la vacilación de todo ser viviente ante cada nuevo esfuerzo o necesidad de adaptarse*. Pueden realizarse interesantes experiencias a este respecto en el amaestramiento de animales. En muy numerosos casos, esta explicación será, en principio, suficiente.

Desde este punto de vista, las explicaciones hasta ahora en curso, que querían reducir la resistencia del neurótico a la mera vinculación de sus fantasías, parecen hoy inadecuadas. Sin embargo, procederíamos de un modo muy unilateral si no nos interesara más que el primer punto de vista; es posible, no obstante, que se esté vinculado a las fantasías, aun cuando éstas no sean, en general, sino de carácter secundario. La vinculación a sus fantasías (ilusiones, prejuicios, etc.) transfórmase poco a poco en un hábito a base —muy a menudo— de innumerables regresiones ante obstáculos, realizadas desde la más tierna infancia. Con ello se desarrolla una verdadera actitud vital que no habrá escapado a ningún conocedor de las neurosis: de aquellos enfermos que se sirven de su neurosis como de una excusa para no tener que resolver sus problemas vitales más urgentes. El retroceder como actitud habitual produce otro hábito que se invetera con la misma facilidad: el de revivir con la mayor naturalidad meras fantasías, en vez de cumplir con obligaciones y deberes reales. Esta vinculación a sus fantasías es precisamente la causa del hecho de que la realidad llegue a ser para el neurótico más irreal, más desprovista de valores y menos interesante que para una persona normal. Tal como hemos demostrado antes, los prejuicios y las resistencias fantásticas pueden fundamentarse *a* veces en experiencias que están más allá de toda intencionalidad; esto es, que no son, por ejemplo, desilusiones buscadas ex profeso, o algo por el estilo.

La última y más profunda raíz de la neurosis parece ser la susceptibilidad congénita que prepara al lactante, ya en el pecho materno, dificultades bajo la forma de excitaciones y resistencias innecesarias[16]. La historia aparentemente etiológica de la neurosis, descubierta por la Escuela psicoanalítica, no es, en muchos casos, efectivamente sino un mero catálogo de fantasías, reminiscencias, etc., muy hábilmente escogidas, que el paciente se ha ido produciendo de aquella *libido* que dejó de emplear para su adaptación biológica. De esta manera, aquellas pretendidas fantasías etiológicas no aparecen sino como meras formas de sustitución, pretextos y motivaciones aparentes para excusar el que algún trabajo, postulado por la realidad, no haya sido llevado a cabo. El círculo vicioso ya antes mencionado, y cuyos dos polos son el retroceso ante la realidad y la regresión en lo fantástico, se presta naturalmente muy bien a aparentar relaciones causales que parecerán decisivas hasta tal punto, que no sólo el mismo paciente, sino hasta el propio médico llegará a creer en ellas. No son experiencias accidentales las que se inmiscuyen en estos procesos, sino ya más bien meras «circunstancias atenuantes»; sin embargo, no podemos menos que reconocer su existencia verdadera y eficiente.

Tengo que dar razón, en parte, a los críticos que, de sus lecturas de descripciones de casos concretos verificados por la Escuela psicoanalítica, sacaron la impresión de que se trataba de cosas fantásticas artificialmente producidas. Cometen sólo un error:

el atribuir los artificios fantásticos y los simbolismos atraídos desde muy lejos a la sugestión y a la fecunda imaginación del propio médico, y no a la aún mucho más fecunda y poderosa de su paciente. En efecto, hay mucho de artificial en los materiales de fantasías de las historias psicoanalíticas de casos concretos. En la mayoría de los casos, existen huellas manifiestas del talento de invención de los enfermos. Si nuestros críticos alegan que sus propios enfermos neuróticos no presentan nunca tales fantasías, tienen igualmente completa razón. Una fantasía que se encuentra en estado de inconsciencia no existirá «de veras» sino cuando repercuta bajo alguna forma apreciable en la conciencia, por ejemplo, en la forma de un sueño. Exceptuando estos casos, podemos denominarlas irreales.

# Capítulo IV

## LOS PRINCIPIOS DE LA TERAPIA PSICOANALÍTICA

AHORA bien, quien pase por alto las repercusiones, muy a menudo apenas perceptibles, que las fantasías inconscientes tienen sobre la conciencia, o quien renuncie inclusive al análisis muy cuidadoso e irreprochable de los sueños, podrá con suma facilidad pasar por alto el hecho de que sus enfermos presenten igualmente fantasías. Esta objeción, tantas veces oída, no puede, pues, producir en nosotros más que una benévola sonrisa de lástima. Sin embargo, hay en ello una parte de verdad, y esta parte será reconocida por nosotros de muy buena gana. La tendencia regresiva del enfermo que queda aún fortalecida por la atención psicoanalítica que se dirige hacia lo in consciente, esto es, hacia lo fantástico, inventa y crea hasta durante el mismo curso del psicoanálisis. Se puede decir, por tanto, que durante el tiempo del análisis psicológico esta actividad queda singularmente aumentada, puesto que el enfermo se ve apoyado en su propensión regresiva por el interés del analizador, y continúa fantaseando en mayor escala. Ésta es también la causa de que las críticas que se han dirigido contra el psicoanálisis hayan fomentado una terapia de la neurosis que emprenda el *camino completamente opuesto* al que seguimos actualmente los psicoanalistas; es decir, según ellos, la tarea primordial de la terapia consiste en sacar a la fuerza al paciente de sus fantasías insanas, devolviéndole a la vida real. Naturalmente todo psicoanalista conoce también perfectísimamente esta necesidad, sólo que sabe, asimismo, cuán poco se puede obtener de un neurótico con un mero «sacarle a la fuerza» de sus fantasías. Nosotros, los médicos prácticos, nunca nos permitiríamos, desde luego, el lujo de preferir un método penoso y complicado, y además combatido por todas las autoridades, a otro método sencillo, claro y fácil. Conozco perfectamente la sugestión hipnótica y el «método de persuasión» de Dubois, solamente que no los empleo a causa de su relativa ineficacia. Por el mismo motivo no puedo aplicar tampoco el método directo de la «reeducación, de la voluntad», puesto que el psicoanálisis me parece brindar resultados mucho mejores. Sin embargo, una vez nos hayamos decidido a emplear el psicoanálisis, estaremos obligados a seguir atentamente las fantasías regresivas de nuestros enfermos. En realidad, el psicoanálisis ocupa un punto de vista mucho más moderno que todos los demás métodos de psicoterapia, en cuanto a la valoración que da a los síntomas. Todos los demás métodos parten de la premisa básica de que la neurosis es algo absolutamente enfermizo. Durante toda la historia de la neurología no se ha llegado a la idea de ver en la neurosis, al mismo tiempo que una dolencia, un intento de curación, y a atribuir, por consiguiente, a las formas neuróticas un sentido teleológico muy especial. Sin embargo, como toda enfermedad, también la neurosis es una especie de compromiso entre los motivos causantes de la enfermedad y la función. Del mismo modo que la medicina moderna ya no ve en la fiebre tan sólo la enfermedad misma, sino que, al mismo tiempo, la considera como una oportuna reacción del organismo, así también el psicoanálisis ve en la neurosis no sólo algo eo

ipso antinatural y morboso, sino, también, algo oportuno y provisto de sentido. De esto se deduce sin más ni más la actitud investigadora y expectativa del psicoanálisis frente a la neurosis. El psicoanálisis se reserva en todos los casos la atribución de un valor a los síntomas, no intentando en un principio sino la comprensión de las tendencias que se hallan en la base del síntoma. Si lográsemos destruir simplemente una neurosis, tal como se destruye, por ejemplo, un carcinoma, aniquilaríase al mismo tiempo, con esa destrucción, gran cantidad de energías muy útiles. Sin embargo, podemos salvar fácilmente estas energías, es decir, podemos ponerlas al servicio de los objetivos de la curación, si obedecemos al sentido del síntoma, o sea, si participamos en el movimiento regresivo del enfermo. A quien no esté aún muy familiarizado con la esencia del psicoanálisis, le será, sin duda, difícil comprender cómo se intenta lograr un efecto terapéutico por la condescendencia que el médico demuestre respecto a las fantasías «nocivas» que le son presentadas por su paciente. Y no tan sólo los adversarios del psicoanálisis, sino hasta nuestros propios enfermos, suelen poner, frecuentemente, muy en duda el valor terapéutico de un método así, que dedica especial atención precisamente a lo que el mismo enfermo tiene que caracterizar como totalmente desprovisto de valor y como algo repugnante: sus propias fantasías. Podemos oír muy a menudo por parte de nuestros pacientes que sus médicos anteriores les habían prohibido categóricamente que se ocuparan de sus fantasías; y en cuanto a ellos mismos, sólo pueden añadir que están más aliviados cuando se han libertado de esta terrible plaga, aunque no sea más que por unos instantes. Podría parecer, pues, algo extraño que precisamente un tratamiento que vuelve a llevar a los enfermos a aquel terreno del que han intentado continuamente escapar, pueda serles provechoso. Podemos replicar lo siguiente a esta clase de objeciones: Todo depende de la actitud que adopte el paciente frente a sus propias fantasías. Hasta ahora, el fantasear no era para el paciente sino una actividad meramente pasiva e involuntaria. Sumergíase en sus ensueños, como se dice vulgarmente, y hasta las mismas «cavilaciones» de los neuróticos no constituyen sino un fantasear involuntario. Lo que el psicoanálisis exige de sus pacientes, es aparentemente lo mismo; pero tan sólo un conocedor muy superficial de nuestras teorías y de nuestra práctica puede confundir los ensueños meramente pasivos de los enfermos con la actitud psicoanalítica. Lo que los psicoanalistas requerimos de nuestros pacientes, es todo lo contrario de lo que ellos han venido haciendo hasta ahora. El I paciente se parece a una persona que cayó inesperadamente al agua y está a punto de ahogarse. El psicoanalista, testigo del accidente, se precipita en su ayuda, pero aprovecha la ocasión para enseñarle a nadar. Esto quiere decir que, allí donde el enfermo «cae al agua», no es ya un lugar arbitrario cualquiera: allí yace, en el fondo de las aguas un tesoro escondido, que tan sólo un buzo podría llevar a la superficie. Esto significa que todo enfermo considera sus fantasías como completamente desprovistas de sentido y valor, cuando, en realidad, poseen una potente influencia en él, a causa de la gran importancia que efectivamente poseen. Son los tesoros del pasado, sumergidos bajo el agua, que no podrían ser sacados a la luz sin la ayuda de un Kuzo. En manifiesta oposición a todos los métodos anteriores, el neurótico debe concentrar intencionadamente su atención en su propia vida interior y pensar esta vez a sabiendas, conscientemente y por su libre albedrío, lo que antes sólo se le antojaban ser vanos ensueños y fantasías. Esta nueva manera de pensar acerca de sí mismo, tiene

tan poca semejanza con las actitudes de antaño, como el buzo no se parece en nada al infortunado que se ahoga. Antes hubo compulsión e ineludible necesidad; ahora, hay intención y objetivo, de modo que el fantasear gratuito se ha metamorfoseado en *trabajo*. El paciente se ocupa desde ahora, potentemente sostenido por el médico, en sus fantasías, con la intención, no de entregarse por completo a ellas, sino de ponerlas al descubierto poco a poco llevándolas a la luz del día. Con ello, obtendrá una actitud extremadamente objetiva frente a su propia vida íntima, y podrá echar mano de todo cuanto haya temido u odiado antes. Y con esto acabamos ya de caracterizar los principios fundamentales de toda la terapia psicoanalítica.

Hasta el momento en que se inicia el tratamiento psicoanalítico, el enfermo se ha visto excluido parcial o totalmente de la vida, a causa de su enfermedad. Ha dejado de cumplir, por tanto, con numerosos deberes que la vida nos impone a todos, ora en lo que concierne a sus exigencias en el campo social, ora en cuanto a sus deberes meramente humanos. Tiene que conseguir cumplir nuevamente con estos deberes individuales, si quiere ser curado. Naturalmente, por «deberes» no es preciso comprender ciertos postulados éticos universales, como me apresuro a hacer constar con el fin de evitar confusiones, sino meramente los deberes que cada cual tiene frente a sí mismo (por lo cual, desde luego, tampoco entiendo intereses egoístas, puesto que toda persona humana es a la vez un ser social, cosa que los individualistas parecen olvidar con demasiada frecuencia). A un hombre corriente y normal, una virtud que tiene en común con otros le produce mayor satisfacción que un vicio individual por muy seductor que éste pueda parecer. Es necesario ser neurótico, o un hombre fuera de la normalidad a raíz de cualquier otro motivo, para dejarse engañar por tales intereses particulares.

Ahora bien, el neurótico retrocedió ante tales deberes, y su *libido* se retiró —por lo menos parcialmente— de las tareas que le impone la vida real; podemos decir, pues, que su *libido* quedó introvertida, esto es, se volvió hacia dentro. Puesto que se renunció completamente a la superación de determinadas dificultades, la *libido* se orientó hacia el camino de la regresión, es decir, la fantasía llegó a suplantar en gran medida a la realidad. De modo completamente inconsciente —y de vez en cuando también conscientemente— el neurótico llegó a preferir los ensueños y las fantasías a la vida real. Para conducir otra vez al neurótico hacia la realidad y hacia el cumplimiento de sus ineludibles deberes en la vida, el análisis sigue humildemente a la *libido* del neurótico por el mismo sendero «falso» de la regresión; de modo que todo comienzo de psicoanálisis parece corroborar aún las inclinaciones enfermizas del paciente. Sin embargo, si bien el psicoanálisis parece seguir servilmente al propio paciente en sus fantasías nocivas, tan sólo lo hace en realidad con objeto de devolver la *libido* que aún está vinculada a estas fantasías a la conciencia y a las tareas del momento actual. No obstante, esto no puede llevarse a cabo sino de una sola manera: sacando a la plena luz de la conciencia *todas* las fantasías, y con ello, también la *libido* que se ha «pegado» a ellas. Si la *libido* no estuviera ligada a ellas, no tendríamos ningún inconveniente en abandonar las fantasías a sí mismas, para que arrastraran lastimosamente su pobre existencia de meras sombras. Es inevitable que el neurótico que por el comienzo del psicoanálisis se siente como corroborado en su tendencia regresiva, llegue a abrir camino al interés del analizador entre continuas y siempre aumentadas resistencias hacia las profundidades del mundo de las sombras

inconscientes. Es, por tanto, sobradamente concebible que todo médico, como persona normal que experimente en sí mismo las resistencias más violentas contra esta tendencia, sin duda alguna morbosa, de su paciente, puesto que siente con perfecta claridad la tendencia netamente patológica de éste. Considerará, por tanto, que precisamente en su calidad de médico, obrará mejor si no se deja envolver por las fantasías de aquél. Es sumamente comprensible que el médico sienta hasta repulsión hacia la tendencia del enfermo, y no cabe duda de que es repugnante ver cómo una persona se entrega por completo a sí misma, y se vanagloria continuamente de sus propios minúsculos asuntos. Es, en general, muy poco agradable para la sensibilidad estética de un hombre normal, la inmensa mayoría de las fantasías neuróticas, cuando no llegan a producirle verdadero asco. El psicoanalista debe prescindir, desde luego, de este juicio valorativo estético, exactamente de la misma manera que cualquier otro médico que tenga la seria intención de ayudar verdaderamente a sus enfermos; no debe tenerse tampoco repugnancia ante trabajos sucios, si con ellos puede alcanzar su finalidad terapéutica. Sin duda existe un gran número de enfermos somáticos que curan sin un diagnóstico preciso y sin un radical tratamiento local, puramente por la aplicación de remedios generales, físicos, dietéticos y sugestivos. Sin embargo, los casos difíciles no consiguen la anhelada curación más que con una terapia individual que se fundamenta en un diagnóstico exacto y en un conocimiento detallado del caso concreto de la enfermedad.

Los métodos actuales de psicoterapia consistían en tales remedios generales que en los casos leves no sólo no engendraban ningún mal mayor, sino que aportaban verdadero provecho. Sin embargo, un gran número de nuestros enfermos se muestra inasequible a tales remedios. Si hay algo que pueda proporcionar remedios a tales casos, no podrá ser sino el psicoanálisis, con lo cual no queremos decir de ninguna manera que sea el psicoanálisis una panacea universal; tales afirmaciones sólo nos son atribuidas por la crítica malévola y parcial. Sabemos perfectamente que el psicoanálisis puede fracasar también en determinados casos, como es sabido, asimismo, que tampoco la Medicina sabrá nunca curar todas las enfermedades.

El buceo del análisis saca a veces a la superficie, procedentes de los bajos fondos llenos de barro, trozos de materiales sucios que por lo pronto deben ser limpiados para que aparezca su real valor. Las fantasías sucias son lo desprovisto de valor que se desecha; en cambio, lo valioso es la *libido* que se ha «pegado» a ellas y que vuelve a ser útil para ser empleada a raíz del trabajo purificador. Sin duda, el psicoanalista de oficio, como todo especialista en general, creerá a veces que las fantasías tienen un especial valor en sí, y no sólo aquel valor que les confiere la *libido* que les es inherente. Sin embargo, el mismo enfermo no hará suya esta valoración, por lo menos en un principio. Para el médico, las fantasías sólo tienen valor científico, de la misma manera que al cirujano ha de interesarle, desde el punto de vista de su interés científico, el problema de la cantidad de estafilococos o estreptococos que contiene el pus. Esto es completamente indiferente para el enfermo. El médico obrará bien, frente a su paciente, para no invitar involuntariamente a aquél a que tenga más alegría de lo necesario con sus fantasías. El significado etiológico que se suele atribuir —según creo yo, indebidamente— a las fantasías, explica por qué los trabajos psicoanalistas publicados reservan tan amplio espacio a la discusión concreta de las diferentes formas de fantasías.

Pero al saber que en psicología todo es posible, la valoración inicial de las fantasías, así como el afán de descubrir en ellas el motivo etiológico, se irá perdiendo paulatinamente. Ninguna relación de casos sería capaz, además, por muy extensa que fuese, de agotar este mar inmenso.

Teóricamente, las fantasías son inagotables. En la mayoría de los casos, después de cierto tiempo, cesa la producción de fantasías hecho del cual aún no debemos concluir, desde luego, que las posibilidades de la imaginación de nuestro paciente han quedado agotadas, sino que el cese de la producción significa tan sólo que ya no queda ninguna *libido* en vías de regresión. Sin embargo, dicha regresión acabóse cuando la *libido* se apoderó de las tareas reales y actuales y se necesitó para la solución de estos problemas. Existen, desde luego, casos (y éstos hasta son numerosos) en los que la producción de interminables fantasías dura más de la cuenta, produciéndose así una interrupción en el tratamiento, ora a raíz del placer que el enfermo encuentra en su actividad de fantasear, ora a consecuencia de una orientación falsa por parte del propio médico. Este último caso es harto frecuente en los psicoanalistas principiantes que, cegados por la extensa casuística psicoanalítica que ha sido publicada hasta ahora, quedan detenidos en su interés por las fantasías que pretenden sean significativas desde el punto de vista etiológico; tales médicos tratan de refrescar continuamente unas fantasías que provienen de la primera infancia, guiados como están por la creencia ilusoria de que con ello darán con las dificultades neuróticas de la solución. No ven que ésta consiste en *actuar* y en el cumplimiento de determinados deberes ineludibles que nos son planteados por la misma vida.

Se nos podrá objetar que la neurosis consiste precisamente en que el paciente es incapaz de cumplir con estos postulados de la vida, y que la terapia debe proponerse capacitarle para ello, mediante este análisis de su inconsciente, o proporcionarle por lo menos los remedios que sean necesarios. La objeción formulada bajo esta forma está muy justificada; sin embargo, es preciso añadir inmediatamente que sólo tiene validez cuando la tarea que el enfermo debe realizar sea consciente al mismo enfermo; y consciente no sólo en un mero sentido teórico, esto es, en sus directrices generales, sino hasta en sus más ínfimos detalles. Ahora bien, el neurótico se caracteriza precisamente por la falta de este claro reconocimiento, aun cuando esté ya orientado —siempre en proporción directa con su nivel de inteligencia— hacia las tareas generales de la vida y se esfuerce en cumplir con las prescripciones de la corriente moral de la existencia. Sin embargo, conocerá tanto menos los deberes vitales, incomparablemente más importantes frente a sí mismo, o a veces los ignorará por completo. No es suficiente, pues, seguir al paciente a ciegas por el sendero de su regresión, empujándole hacia sus fantasías infantiles por un interés etiológico nuestro, muy inadecuado. Muy a menudo tengo que oír de mis enfermos que han quedado estancados sin éxito alguno en medio de un tratamiento psicoanalítico: «Mi médico supone que aún debe de existir en mí algún traumatismo infantil, o una fantasía equivalente a él, que todavía estoy reprimiendo». Pasando por alto los casos en los cuáles tales suposiciones correspondieron a la realidad, he visto también otros en los que el obstáculo consistía en que la *libido* extraída a la superficie mediante la labor analítica, volvió a sumergirse en las profundidades, por una falta de ocupación de ella, pues la atención del médico estaba completamente dedicada a la fase infantil, sin que viera cuáles eran los esfuerzos de adaptación que la vida requería de su

paciente en aquel momento preciso. La consecuencia fue, desde luego, que la *libido* extraída a la superficie, volvió una y otra vez a sumergirse en el limbo del inconsciente, puesto que no se le dio oportunidad para ejercitarse. Existen muy numerosos enfermos que llegan por sí mismos a comprender claramente sus tareas vitales, y que, por tanto, proceden con relativa rapidez a suspender la producción de fantasías regresivas, ya que prefieren vivir en la realidad y no entregarse a sus fantasías. Desgraciadamente, no podemos decir otro tanto de todos los enfermos. Hay, entre ellos, no pocos que renuncian durante muy largo tiempo —a veces para siempre— a cumplir con sus tareas primordiales en la vida, dando la preferencia a los ensueños pasivos y neuróticos. (Aprovecho la oportunidad para llamar aquí, una vez más, la atención sobre el hecho de que por «ensueños» no debemos entender siempre un fenómeno forzosamente consciente).

En correspondencia con estos hechos y con el creciente conocimiento, el mismo carácter del psicoanálisis fue cambiándose en el curso de los años. Si bien en sus primeros comienzos el psicoanálisis era una especie de método quirúrgico que se proponía desalojar del alma un cuerpo extraño, un afecto «atrapado», la forma ulterior representó más bien una especie de método histórico que se dedicaba a aclarar y a investigar, cuidadosamente, la historia evolutiva de las neurosis hasta en sus más íntimos detalles, reduciéndola toda a sus primeros indicios.

# La transferencia afectiva

NO SE puede desconocer que la formación de este último método se debió a un interés científico muy potente y a una introyección sentimental (*empatia*) personal, cuyas huellas son claramente reconocibles en las exposiciones de casos que la Escuela psicoanalítica ha producido hasta hoy. Freud logró de hecho, gracias a ello, descubrir en qué consistía el efecto terapéutico del psicoanálisis. En tanto que antes se buscaba dicho efecto en la descarga del afecto traumático, descubrióse entonces que las fantasías desveladas se asociaban completamente con la persona del propio médico. Freud denominó a este proceso *transferencia afectiva (Uebertragung)*, basándose en el hecho de que el paciente transfería, al finalizar el análisis, todas sus fantasías, que antes estaban vinculadas a las figuras —*imágenes*— de los padres, sobre el propio médico. No es preciso imaginarse esta transferencia como si el proceso se limitara única y exclusivamente a lo meramente intelectual, sino que debemos figurarnos que la *libido* «pegada» a las fantasías se sedimenta, por decirlo así, junto con las fantasías, en la figura del médico. Todas aquellas fantasías sexuales esbozadas que rodean la *imago* de los padres, rodearán ahora al médico, y cuanto menos llega a darse cuenta de este proceso el paciente, tanto más intensa y fuertemente quedará ligado inconscientemente a él. Este reconocimiento tiene una importancia capital desde varios puntos de vista. Ante todo, este proceso acarrea grandes ventajas biológicas para el mismo enfermo. Cuánto menor sea el tributo que paga al mundo de las realidades, tanto más aumentadas aparecerán sus fantasías, y tanto más quedarán interceptadas sus relaciones con el mundo. Es típico para el neurótico que sus relaciones con la realidad estén siempre perturbadas, esto es, acusen una adaptación disminuida. Mediante la transferencia afectiva, prodúcese ahora un puente a través del cual el paciente puede salir del seno de la familia y acercarse al mundo, o expresado lo mismo en otras palabras: puede rescatarse del medio ambiente infantil para entrar en el mundo de las personas mayores, puesto que el médico representa para él una parte del mundo extrafamiliar. Sin embargo, por el otro lado, la transferencia representa al mismo tiempo un poderoso obstáculo para el progreso del tratamiento, puesto que, mediante ella, el enfermo llega a asimilar al médico con su padre y su madre cuando precisamente debería representar para él un primer pedazo de la realidad extrafamiliar; por eso toda la ventaja de esta nueva adquisición queda paralizada. Cuanto más logre el enfermo ver en la persona del médico a un hombre, tanto más provechosa será para él la trasferencia práctica. Sin embargo, cuanta menos consideración le merezca el médico como ser humano y cuanto más lo asimile a la figura de su propio padre, tanto más pequeña será esta ventaja, y tanto más aumentará la desventaja de la transferencia afectiva, puesto que, con ello, el paciente no hace sino ampliar los límites de su familia, que llega a enriquecerse meramente con una persona nueva, semejante a los padres. Él mismo, sin embargo, se encuentra tanto como antes en un medio ambiente infantil; por tanto, en su constelación primitiva; de esta manera, todas las ventajas de la transferencia quedan aniquiladas. Existen enfermos que aceptan el psicoanálisis con el mayor agrado y están completamente dispuestos a someterse a él, siendo muy fecundos en la producción de fantasías, sin

que realicen el más mínimo progreso, a pesar de que su neurosis nos parezca ya aclarada hasta en sus más ínfimos detalles y rincones. El médico que queda preso en su manera de ver historicista, puede ser en tales casos, con mayor facilidad, víctima de una confusión, y tiene que plantearse el problema de si le queda aún algo para analizar en el caso en cuestión. Esto ocurre precisamente en aquellos casos de que hemos hablado anteriormente, y en los que no se trata ya, de ningún modo, de analizar un material histórico, sino del problema de inducir al paciente a *actuar*, lo que significa ante todo la superación de la actitud infantil. Sin duda, mediante el análisis histórico del caso, se descubrirá una y otra vez si el enfermo ha adoptado una actitud infantil frente al psicoanalista; sin embargo, de ello no resulta aún ninguna posibilidad de cambiar dicha actitud. Hasta cierto punto, esta desventaja considerable de la transferencia afectiva se producirá en todos los casos. Paulatinamente, se ha ido estableciendo que, aunque la parte hasta ahora expuesta del psicoanálisis es extraordinariamente interesante y valiosa desde el punto de vista científico, no tiene, sin embargo, ni lejanamente, la misma importancia, desde el punto de vista de la práctica, que el *análisis de la transferencia* afectiva, al que procederemos ahora.

## Confesión y psicoanálisis

ANTES de entrar, sin embargo, en los detalles de esta parte del análisis, tan importante para la práctica, quisiera llamar la atención sobre un paralelismo que existe entre la primera parte del análisis y un procedimiento histórico-cultural instituido desde hace muchos siglos: la institución religiosa de *la confesión*.

Nada puede encerrar a un hombre tanto en sí mismo, y nada puede separarle tanto de la comunidad de los demás humanos, como la «posesión» de un secretó personalmente muy importante que oculta tímida y celosamente. Actos y pensamientos «pecaminosos» son muy a menudo los que aíslan a los hombres, oponiéndoles entre sí. En tales casos, la confesión proporciona muchas veces una verdadera redención. La sensación de un considerable alivio que suele seguir a la confesión, es debida a la reinclusión de la persona perdida en el seno de la colectividad. Su aislamiento y encerramiento moral, tan difícilmente soportado, acabóse con la confesión. He aquí en qué consiste la ventaja psicológica más esencial de la confesión. La confesión acarrea, además, otras consecuencias necesarias: por la transferencia del secreto y de todas las fantasías inconscientes, se produce cierto enlace moral entre el individuo y el padre espiritual, una llamada «relación de transferencia afectiva». Quien tenga alguna experiencia psicoanalítica, sabrá apreciar la importancia personal que obtiene el médico por el mero hecho de que el paciente llegue a confesarle sus secretos. Es muchas veces sorprendente cuán considerablemente puede cambiar el comportamiento del enfermo a consecuencia de ello; sin duda, esta consecuencia era intencionada por parte de la Iglesia. El hecho de que la mayoría preponderante de la Humanidad no sólo necesite ser conducida, sino que ni siquiera desee otra cosa que hallarse puesta bajo tutela, justifica hasta cierto punto el valor moral que la Iglesia adscribe a la confesión. El sacerdote, provisto de todos los atributos del poder paterno, es el conductor y el pastor responsable de su grey. Él es el *padre* espiritual, y los feligreses son los *hijos* espirituales. Por consiguiente, el sacerdote y la Iglesia llegan a suplantar para el individuo a los padres y a librarles de los lazos familiares demasiado estrechos. Mientras el sacerdote sea una verdadera personalidad de altos valores morales y de natural nobleza de pensamiento, uniendo a estas cualidades también la de una alta cultura intelectual, la institución de la confesión debe ser alabada como un brillante método de guía y educación social que. En efecto, durante más de 1500 años ha desempeñado una formidable tarea educativa. Mientras la Iglesia católica medieval supo proteger el arte y la ciencia —lo que logró sin duda gracias a la, a veces, amplísima tolerancia del elemento seglar —, la confesión pudo servir como un magnífico medio de educación. Sin embargo, perdió la confesión su valor educativo, por lo menos a los ojos de las personas de alta cultura intelectual, tan pronto como la Iglesia se demostró incapaz de defender su primacía en el sector intelectual, lo que es la consecuencia inevitable de la anquilosis espiritual. El hombre moral e intelectualmente desarrollado de nuestra época ya no anhela seguir una fe o un rígido dogma. Quiere *comprender*. No nos puede extrañar, pues, si deja de lado cuanto no comprenda, y el símbolo religioso pertenece a aquellas cosas, puesto que su comprensión no es demasiado fácil. Esto explica que sea casi

siempre la religión una de las primeras cosas de que se libra. El *sacrificium intellecius* que requiere toda fe positiva, es un acto de violencia contra el cual la conciencia racional del hombre superior se subleva.

Ahora bien, en lo que hace referencia al psicoanálisis, la mayoría de los casos de relaciones de transferencia o de dependencia pueden ser considerados como suficientes para un determinado efecto terapéutico, siempre que el analítico sea una personalidad intelectualmente superior, y capacitada, bajo todos los aspectos, para conducir con plena responsabilidad a su paciente, llegando a ser un verdadero padre del pueblo. Sin embargo, el hombre moderno, espiritualmente desarrollado, aspira —consciente o inconscientemente— a regirse autónomamente y a sostenerse en el sector moral por sus propias fuerzas. El timón que otros habían manejado ya demasiado tiempo en su lugar, quisiera tenerlo otra vez en sus manos. Querría comprender, o, dicho en otras palabras, quisiera él mismo una persona mayor. Es, sin duda, mucho más fácil dejarse guiar y conducir; pero esto ya no es del agrado del hombre culto de hoy, puesto que siente instintivamente que el espíritu de nuestra época le exige ante todo una *autonomía* moral. El psicoanálisis ha de tener en cuenta este postulado, y, por tanto, debe rechazar con férrea consecuencia las aspiraciones del enfermo a que lo conduzcan y le den instrucciones de continuo. El médico psicoanalista conoce demasiado bien su propia imperfección para que pueda pretender seriamente desempeñar el papel de padre o de guía. Su aspiración máxima no puede consistir sino en educar a sus enfermos para hacer de ellos personalidades autónomas, librándolos de la vinculación inconsciente a los límites infantiles. El psicoanálisis tiene por misión el analizar esta situación de transferencia, tarea que se asemeja bastante a la del sacerdote. Mediante el análisis de la transferencia debe cortarse el lazo inconsciente (y consciente) con el médico, poniéndose el enfermo por fin sobre sus propias piernas. Ésta deberá ser por lo menos la intención del tratamiento.

## Análisis de la transferencia afectiva

HEMOS visto ya que la transferencia afectiva acarrea toda clase de dificultades en la relación entre el paciente y el médico, puesto que éste queda asimilado siempre más o menos *sub specie* a la familia. La primera parte del análisis —el descubrimiento del complejo— es más bien fácil y sencilla, gracias al hecho de que cada uno se libra muy gustoso de sus dolorosos secretos; luego, experimenta asimismo una satisfacción especial por haber logrado por fin encontrar alguien que prestara su comprensivo oído a aquellas cosas a las que ningún otro hubiera consagrado atención. Para el enfermo, es una sensación peculiar muy agradable la de ser *comprendido* y tener a su lado un médico que está decidido a comprender a su paciente a toda costa, y que se halla dispuesto, además, a seguirle a través del laberinto de todas las aberraciones posibles. Existen enfermos que poseen para ello una prueba especial, consistente, por lo general, en una pregunta determinada a la que el médico debiera de consagrar su atención; si luego resulta que éste no puede o no quiere hacerlo, queda formulado el juicio sumarísimo de que «no vale nada»; La sensación de ser comprendido, posee un encanto peculiar para las almas solitarias, entre los enfermos, almas insaciables cuando se trata de ser «comprendidas».

El comienzo de análisis es, por regla general y a raíz de estas disposiciones favorables, relativamente fácil. Los efectos terapéuticos que se presentan ya a veces en estos comienzos y que bajo ciertas condiciones pueden ser muy importantes, se obtienen con suma facilidad y pueden, por tanto, seducir a todo principiante a un cierto optimismo terapéutico, así como a una superficialidad analítica, que son desproporcionados a la dificultad especial y a la seriedad de la tarea del psicoanalista. Se puede añadir también que la publicación de los efectos terapéuticos no es nunca tan despreciable como precisamente en el psicoanálisis, ya que nadie debería saber mejor que el propio psicoanalista que el éxito terapéutico depende, al fin y al cabo, en lo principal, de la colaboración de la Naturaleza, y del mismo enfermo. Concedo aún la justificación de cierto orgullo en el psicoanalista acerca de su comprensión creciente, que rebasa en mucho a los conocimientos de que se solía disponer antes de Freud. Sin embargo no podemos dejar de reprochar a quienes han publicado trabajos psicoanalíticos, que han permitido que su ciencia aparezca a veces bajo una luz completamente falsa. Existen publicaciones terapéuticas de las cuales toda persona no iniciada debe sacar la impresión de que el análisis no es sino una intervención relativamente fácil o una especie de brillante truco con formidables éxitos. La primera parte del análisis, durante la cual intentamos comprender al paciente, procurándole ya con ello notable alivio, es la responsable de todas las ilusiones terapéuticas. Las mejorías que se presentan a veces en los comienzos, al iniciarse el análisis, no representan desde luego el éxito del método psicoanalítico por excelencia, sino que son meramente, en la mayoría de los casos, alivios pasajeros que vienen a apoyar considerablemente el proceso de la transferencia afectiva. Una vez superadas las primeras resistencias contra tal transferencia, esta última no es, al fin y al cabo, sino una situación punto menos que ideal para el analizado. Éste mismo no tiene que hacer ningún esfuerzo, y, sin embargo, existe otra persona sale a su encuentro por lo menos

hasta la mitad del camino, con una peculiar voluntad de comprenderle hasta entonces desconocida para él, voluntad tan firme que no se deja intimidar ni aburrir, aunque el neurótico haga gala a veces, con todos los medios posibles, de su terquedad y su testarudez infantiles. Frente a tanta paciencia, llegan a disolverse finalmente hasta las más fuertes resistencias, de modo que el enfermo no vacila ya en colocar al médico entre los dioses lares de su familia, o sea, en asimilarle a su medio ambiente familiar infantil. Sin embargo, el neurótico satisface con ello, al mismo tiempo, otra necesidad suya, porque realiza aquella primera adquisición extrafamiliar que constituye un verdadero postulado biológico. Así, el enfermo obtiene, mediante la relación de la transferencia, doble ventaja: primero, una *personalidad* en la cual se puede suponer de antemano una atención cariñosa y orientada hacia los más nimios detalles, quedando, pues, equiparada a padre y madre a la vez; luego con una personalidad extrafamiliar que por ésta su condición ayuda al enfermo a cumplir con una de sus más importantes y más significativas tareas de una manera desprovista de todo peligro. Ahora bien, si con esta adquisición se produce al mismo tiempo un gran esfuerzo terapéutico, lo que suele ocurrir no raras veces, entonces la fe cándida del neurótico en la perfección de la nueva situación así obtenida es aún mayor. En estas condiciones, es completamente natural y comprensible que el paciente no esté dispuesto, ni muchísimo menos, a renunciar a estas ventajas. Si dependiese de él, preferiría estar siempre al lado del médico. Iníciense, por tanto, numerosas fantasías acerca del modo cómo esto podría lograrse. Desempeña en ello un papel importantísimo el erotismo, que queda no sólo utilizado paralelamente, sino hasta exagerado, para demostrar aún más patentemente la imposibilidad de una separación. De modo harto comprensible, el enfermo opondría al médico muy tercas resistencias, si este último realizara algún intento de disolver la relación de la transferencia. Ahora bien, nos es forzoso no olvidar que, para tanto neurótico, la adquisición de una relación extrafamiliar es un verdadero deber vital —como lo es también para toda persona normal—; a saber, un deber cumplido debidamente en la fase anterior de su vida. Quisiera salir aquí muy enérgicamente al encuentro de la opinión muy divulgada de que por «relación extrafamiliar» entendemos siempre una relación *sexual*. En muy numerosos casos queremos decir: una relación cualquiera menos ésta. Representa efectivamente una mala inteligencia neurótica, muy preferida por nuestros pacientes, el admitir que la justa adaptación al mundo consiste en la satisfacción desenfrenada de la sexualidad. Tampoco en este punto está desprovista de equívoco la literatura sobre el tema «Psicoanálisis» y existen publicaciones de las cuales no es posible sacar otra conclusión que no sea precisamente ésta. Sin embargo, este error es mucho más antiguo que el mismo psicoanálisis, de modo que no nos pesa en absoluto. El antiguo médico rutinario conoce perfectamente esta especie de consejo, y yo mismo he atendido a más de un enfermo que llegó a actuar según este principio. Si hay psicoanalista que recomiende la misma receta, lo haría sin duda por participar a su vez en el error de su enfermo, quien cree que sus fantasías sexuales tendrían por fuente una sexualidad acumulada («reprimida»). Naturalmente, para tal caso esta receta representaría la redención. Sin embargo, no se trata de eso, sino de una *libido* regresiva, que añora todo lo infantil y retrocede ante las tareas reales, *libido* que queda exagerada por la fantasía. Si apoyamos esta tendencia regresiva, corroboramos sencillamente aquella actitud infantil del neurótico que más sufrimientos le causa.

Lo que el neurótico debe aprender es aquella clase superior de adaptación que la civilización requiere de toda persona adulta. Quien tenga la tendencia manifiesta hacia su propio rebajamiento moral, no necesita para ello el psicoanálisis, sino que ya lo hará por sí mismo. No obstante, no debemos caer tampoco en el extremo opuesto y creer que gracias al psicoanálisis formaremos sólo personas superiores. El psicoanálisis está más allá de toda moral tradicional, y no está obligado a respetar ningún *standard* moral general; no es ni quiere ser más que un simple medio de asegurar una válvula de escape a las tendencias individuales, desarrollándolas y armonizándolas lo más posible con la totalidad de la persona.

*El psicoanálisis debe ser un método biológico que trate de reunir armónicamente el máximo bienestar subjetivo con el rendimiento biológico de mayor valía*. Puesto que el hombre está determinado no sólo a ser un individuo, sino también a formar parte de la sociedad, estas dos tendencias inherentes a la misma naturaleza humana no podrán nunca ser separadas o sometidas a otra, sin que la persona salga muy perjudicada de ello. El enfermo acabará el análisis, en el mejor de los casos, tal como es en realidad, esto es, con una personalidad homogénica, no siendo ni bueno ni malo, sino un hombre como ser natural. Sin embargo, el psicoanálisis renuncia a ser un método educativo si se entiende por «educación» aquel medio por el cual se puede producir un árbol bella y artificialmente formado. Sin embargo, quien profese un concepto superior de la educación, alabará como el mejor aquel método educativo que sepa formar un árbol de tal manera que cumpla lo más perfectamente posible con las condiciones de desarrollo que le impuso la Naturaleza. Muy fácilmente se entrega uno al temor completamente ridículo de que el hombre es, cuando es fiel a sí mismo, un ser completamente insoportable, y de que, si todos los hombres demostraran ser tal como son en realidad, se produciría una horripilante catástrofe. Por «hombre, tal cual es», muchos individualistas de hoy conciben, de un modo extremadamente unilateral, tan sólo el elemento eternamente descontento, anárquico e insaciable que existe en el hombre, olvidándose por completo de que es el mismo hombre quien ha llegado a crear también las formas actuales de la civilización, formas que poseen mayor solidez y consistencia que todas las subcorrientes anárquicas. El hecho de que la personalidad social sea más fuerte en nosotros, es una de las condiciones de existencia más imprescindibles del hombre. Si así no fuera, éste dejaría de existir. Lo insaciable y revoltoso que se nos presenta en la psicología del neurótico, no es «el hombre» tal cual existe en la realidad, sino tan sólo su caricatura infantil. En realidad, el hombre normal es «conservador y moral»; crea leyes y se somete a ellas, no por serle éstas impuestas desde fuera —eso sería una idea pueril—, sino porque prefiere el orden y la ley al capricho, al desorden y a la ilegalidad.

Ahora bien, si queremos disolver la transferencia afectiva, tenemos que luchar contra fuerzas que no sólo poseen un mero valor neurótico, sino que tienen un significado normal general. *Si queremos llevar al enfermo hasta la disolución de la relación de la transferencia, le exigimos algo que en verdad se suele muy raras veces o nunca postular del hombre medio y normal: a saber, que se supere completamente a sí mismo*. Este postulado no lo han planteado al hombre más que determinadas religiones, y es lo que hace tan difícil la segunda fase del análisis psicológico.

Sabido es que la creencia de que el amor nos da derecho a tener pretensiones frente a la persona amada, no es sino un prejuicio infantil muy vulgar. Éste es el concepto

*infantil del amor: recibir regalos de la persona amada*. A base de esta definición, los pacientes plantean exigencias y con ello no proceden de otra manera que la mayoría de las personas normales cuya insaciabilidad infantil sólo gracias al cumplimiento de los deberes de la vida y de la satisfacción de la *libido* así producida, no llega a tener dimensiones exageradas y no tiene tampoco *a priori*, en virtud de cierta falta de temperamento, ninguna inclinación hacia el apasionamiento. El mal radical de toda neurosis es el hecho de que el enfermo substituya un esfuerzo especial y peculiar —adaptación que requiere un elevado grado de autoeducación— por sus pretensiones infantiles, revivificadas mediante la regresión, y se ponga, pues, a regatear. El médico estará muy poco dispuesto a corresponder a aquellas exigencias que el neurótico le plantee personalmente; sin embargo, intentará comprar su libertad mediante proposiciones de compromiso, como, por ejemplo, la autorización subjetiva de determinadas libertades morales, cuyo extremo sería al mismo tiempo la base fundamental de un descenso general del nivel de cultura. Sin embargo, con ello no ocurre otra cosa, sino que el neurótico desciende a un grado inferior, siendo él mismo el causante de su descenso. Ya no se trata aquí, además, de ningún problema de civilización, sino más bien de un negocio consistente en ofrecer otras (pretendidas) ventajas para eludir la fuerza coercitiva de la transferencia afectiva. No obstante, es contrario al verdadero interés del propio enfermo el brindarle posibilidades de compensación; así no quedará nunca liberado de lo que sufre, esto es, de su insaciabilidad y comodidad infantiles. De ello sólo podría libertarle la superación de sí mismo:

*Von der Gewalt, die alle Wesen bindet,*
*Befreit der Mensch sich, der sich überwindet*[17].

El neurótico debe demostrar que sabe vivir racionalmente, no en menor grado que un hombre normal. Y hasta debe saber más que una persona normal; debe saber renunciar a un poco de su infantilismo, lo que nadie ha exigido nunca a ningún hombre normal.

Los enfermos intentan más de una vez convencerse, mediante toda clase de aventuras especiales, de si, a pesar de todo, no sería posible perseverar en su forma vital infantil. Sería un grave error que el médico se lo impidiese; existen experiencias que sólo puede *hacer* uno, pero que no puede «aprender» por ninguna clase de estudios. Tales experiencias son de un valor inapreciable para el neurótico.

No hay ninguna otra fase del psicoanálisis que dependa tanto del hecho de si el propio médico ha sido o no analizado anteriormente. Si el mismo médico acusa aún un tipo infantil —para él inconsciente— de insaciable, no será nunca capaz de abrir los ojos de sus pacientes precisamente sobre este particular. Es un secreto a voces, además, que los enfermos inteligentes leen perfectamente en el alma de su médico, conforme va progresando el análisis, y a veces aún más allá, para buscar en ella la confirmación de la fórmula salvadora —o precisamente su contrario—. Es completamente imposible —y no se logra ni con el más fino análisis— impedir que el enfermo acepte instintivamente la manera cómo resuelve el propio psicoanalista sus problemas vitales. Contra esto no hay remedio alguno, ya que la personalidad sobresaliente nos enseña mucho más, por sí misma, que gruesos tratados repletos de sabiduría. No sirven para nada las nubes en las que el psicoanalista pretenda

envolverse para ocultar su propia personalidad; tarde o temprano se le presentará un caso que descubra el juego. *Un médico que desde el principio toma en serio su profesión, se ve ante la ineludible necesidad de realizar los principios del psicoanálisis también de sí mismo*. Estará admirado de ver cuántas dificultades aparentemente técnicas desaparecerán luego en sus análisis. No pienso aquí, desde luego, en la fase inicial de los análisis, fase que podríamos llamar de descubrimiento del complejo, sino en esta fase última, extremadamente espinosa, en la cual se trata de la llamada «disolución de la transferencia».

He podido observar varias veces que algunos principiantes han tomado la transferencia afectiva por un fenómeno completamente anormal que debe ser «combatido». Nada tan erróneo como esta manera de ver. En la transferencia tenemos que ver ante todo una mera falsificación, una caricatura sexualizada de aquel lazo social que une la sociedad humana y que produce igualmente aquellos otros lazos más estrechos entre los correligionarios. Este lazo es una de las condiciones sociales de más valía que puedan imaginarse, y sería un craso error el declinar *in toto* este intento social del enfermo. Tan sólo precisa purificar esta corriente de sus elementos regresivos, como, por ejemplo, de la sexualidad infantil. Con esto, el fenómeno de la transferencia viene a ser el principal instrumento de adaptación. El único peligro grave consiste en que ciertas pretensiones infantiles que en el propio médico no han sido reconocidas, se identifiquen con las exigencias paralelas y análogas de su paciente. Este peligro, *sólo sabrá evitarlo el médico sometiéndose a sí mismo a un rigurosísimo análisis llevado a cabo por otra persona*. Entonces aprenderá también a comprender lo que propiamente quiere decir el análisis y qué clase de impresiones se reciben cuando se experimenta en la propia alma. Toda persona ducha o comprensiva verá inmediatamente cuánto provecho podría surgir también de ello para el mismo enfermo. Existen médicos que creen que un *autoanálisis* les sería suficiente; sin embargo, son unos psicólogos *Münckhausen*, semejantes a aquel protagonista de los cuentos que se sacaba con su caballo del pantano, tirando de sus propios cabellos. Con esta psicología, se queda uno estancado. Olvidan estos galenos que una de las condiciones terapéuticas de mayor eficacia es precisamente la sumisión de sí mismo al juicio objetivo de otro. Frente a sí mismo se permanece siempre ciego. El individualismo exagerado y el completamente autoerótico «darse importancia» son las cosas que, en primer término, debe superar el médico si quiere educar a sus enfermos para que sean personas maduras y autónomas desde el punto de vista social.

Estoy completamente de acuerdo con Freud al plantear esta exigencia, más que natural, de que todo médico psicoanalista cumpla con sus deberes en la vida en la medida en que le corresponde. Si no lo hace así, nada le podrá impedir entonces que su *libido* insuficientemente empleada se sedimente automática e inmediatamente en sus enfermos, falsificando por completo toda su labor analítica. Personas inmaturas e incapaces, que son a su vez neuróticas y que no están en la vida sino con un solo pie, no suelen sino engendrar muchos males mediante sus psicoanálisis. *Exempla sunt odiosa*. En manos de un loco, hasta la Medicina se convierte en veneno y muerte. Si del cirujano exigimos, además de ciertos conocimientos especializados, una mano muy hábil, valor, presencia de espíritu y energía de decisión, cuánto más deberemos postular al psicoanalista que tenga una seria formación analítica de su propia personalidad, antes de que nos atrevamos a confiarle un enfermo. Podríamos casi

decir que la adquisición y el manejo del psicoanálisis no sólo requieren un talento psicológico, *sino que presuponen en el propio analista, por lo pronto, una preocupación sería por la formación de su propio carácter*.

La técnica de la «disolución de la transferencia» es, naturalmente, la misma que antaño. Ocupa desde luego un amplio espacio en el problema de lo que el paciente podría hacer con su *libido*, una vez retirada ésta de la persona del médico. También en este punto preciso acechan al principiante grandes peligros. Éste tendrá una propensión marcada a recurrir a meros consejos y sugestiones benévolas. Estos intentos del médico resultan extraordinariamente cómodos y, por tanto, nefastos para el paciente. En este punto tan importante (como en todas las fases del psicoanálisis), débese ceder al propio neurótico y a sus impulsos propios la preponderancia y la guía, aun cuando sus rumbos nos parezcan callejones sin salida. El error es una condición vital de igual importancia que la verdad. En esta segunda fase del análisis, con todos sus precipicios y simas, debemos extraordinariamente mucho al *análisis de los sueños*.

# La interpretación de los sueños

MIENTRAS al principio los sueños nos han servido ante todo para encaminarnos hacia los senderos que conducen al descubrimiento de fantasías, en esta fase posterior nos enseñan muy a menudo, y de una manera muy valiosa, la justa aplicación de la *libido*. Nuestro saber tiene enormes deudas contraídas para con Freud, quien nos brindó un enriquecimiento inmenso del mismo en cuanto a la determinación de los contenidos manifiestos de los sueños, mediante materiales históricos y tendencias desiderativas. Freud demostró que los sueños nos hacen asequibles toda una enorme cantidad de materiales tenebrosos, en su mayor parte recuerdos y reminiscencias que han pasado bajo el umbral de la conciencia, en determinadas correlaciones. Siguiendo la inspiración de su método absolutamente historicista, Freud nos da ricas enseñanzas ante todo respecto al mismo análisis. A pesar del indiscutible gran valor de su criterio, no es lícito, sin embargo, colocarse única y exclusivamente en este punto de vista, puesto que el método unilateralmente historicista no tiene debidamente en cuenta el sentido teleológico de los sueños, puesto de relieve sobre todo por Adler y por Maeder. El pensar inconsciente quedaría muy insuficientemente caracterizado si sólo lo considerásemos desde el punto de vista de su determinación historicopersonal. Para interpretar debidamente su significado, es imprescindible tener también en cuenta su sentido teleológico. Si seguimos la historia del Parlamento inglés hasta llegar a sus comienzos, obtendremos sin duda una clarísima comprensión de su génesis y de la determinación de su forma actual. Sin embargo, con esto nada habremos dicho aún sobre su función prospectiva, es decir, sobre los problemas que debe resolver en la actualidad y en el futuro. Lo mismo puede decirse acerca de los sueños cuya función prospectiva había sido altamente valorada por las supersticiones de todas las épocas y de todos los pueblos. Habrá en ello mucha verdad. No hasta tal punto de atrevemos a atribuir a los sueños el valor profético. Mas podemos suponer, con mucha razón, que entre sus materiales sublímales se encontrarán también aquellas combinaciones del futuro que han pasado por debajo del umbral de la inconsciencia precisamente por no haber alcanzado aún aquel grado de claridad que las habilitase para la plena luz de la conciencia. Con esto, me refiero a aquellos presentimientos más o menos oscuros que poseemos a veces de lo por venir y que, en realidad, no son otra cosa sino combinaciones muy finas sublímales cuyo valor objetivo no somos capaces de percibir.

Con la ayuda de este componente final del sueño, quedan elaboradas las tendencias prospectivas del enfermo; de esta manera, el convaleciente pasa —si esta labor nuestra se ve coronada por el éxito— de la fase del tratamiento y la relación semiinfantil de la transferencia, a una vida cuidadosamente preparada que él mismo se escogió y con la cual puede identificarse tras madura reflexión.

# Algunas observaciones sobre psicoanálisis

ES MUY comprensible que el método psicoanalítico no pueda servir nunca de aplicación policlínica, y que, por tanto, deba confiarse siempre a manos de unos cuantos que, a base de sus capacidades educativas y psicológicas congénitas, proporcionen una aptitud especial y una peculiar alegría a su profesión. Como no todo médico es *eo ipso* un buen cirujano, tampoco es un buen émulo del psicoanalista. Por el carácter eminentemente psicológico de la labor psicoanalítica, será muy difícil monopolizarla exclusivamente en manos de los médicos. Tarde o temprano, también las demás Facultades universitarias se apoderarán del psicoanálisis, ya sea por motivos meramente prácticos, ya sea por intereses teóricos. Mientras la ciencia oficial intenta excluir el psicoanálisis como una mera estupidez de la discusión general, no nos puede extrañar que los que pertenecen a otras Facultades se apoderen de esta materia antes que la Medicina oficial. Esto ocurrirá tanto más cuanto más llegue a transformarse el psicoanálisis en un método psicológico general de investigación, así como en un principio heurístico, de primera categoría en el dominio de las ciencias del espíritu.

Es ante todo un mérito de la Escuela de Zurich el haber demostrado la aptitud del psicoanálisis como método de investigación en el dominio de las enfermedades mentales. La exploración psicoanalítica de la demencia precoz, por ejemplo, nos ha proporcionado los conocimientos más significativos de la contextura psicológica de tan extraña enfermedad mental. Nos llevaría demasiado lejos querer tratar aquí detalladamente de los resultados de estas investigaciones. La teoría de las determinaciones psicológicas dentro del marco de esta sola enfermedad es ya un sector de enorme extensión, y si quisiéramos hablar hasta de los problemas simbólicos de la demencia precoz, tendríamos que aportar verdaderas montañas de materiales que nos sería imposible englobar en el marco modesto de la presente obra, la cual se propone tan sólo una orientación general. El hecho de que el problema de la demencia precoz se haya complicado tan extraordinariamente, débese a la irrupción de los nuevos problemas planteados según los puntos de vista del psicoanálisis —irrupción realizada desde hace relativamente poco tiempo— en el dominio de la Mitología y de la Ciencia comparada de las Religiones, y que nos ha abierto un vasto mirador para contemplar el simbolismo etnohistórico. Para el conocedor del simbolismo del sueño y de la esquizofrenia, el paralelismo existente entre los símbolos individuales *hodiernos* y los de la *etnohistoria*, ha producido una impresión subyugadora. Es sobre todo impresionante el paralelismo que existe entre los símbolos étnicos y los de la esquizofrenia. Esta comparación de la Psicología con el problema de la Mitología me imposibilita completamente para explicar aquí mis teorías acerca de la demencia precoz. También por motivos de otro orden, me veo obligado a renunciar a exponer aquí detalladamente los resultados de la investigación psicoanalítica en el campo de la Mitología y de la Ciencia comparada de las Religiones; esto no sería posible sin la presentación de muy extensos materiales. El resultado principal de estas investigaciones es, en primer término, el reconocimiento de la existencia en un paralelismo profundísimo entre el simbolismo étnico y el individual. Las perspectivas

que se nos abren en el campo de la Psicología comparada de los pueblos, no pueden conjeturarse aún en vista del estado actual del problema. Podemos decir por ahora que el conocimiento psicoanalítico de la naturaleza de los procesos subliminales de la conciencia puede esperar un gran enriquecimiento y una profundización gracias al estudio de la Mitología.

En cuanto a la esencia íntima del psicoanálisis, he tenido que limitarme en el curso de esta exposición a esbozar los rasgos más generales. La explicación detallada del método y de la teoría hubiera requerido un material de casos tan inmenso, que hubiera sido preferible sacrificar la visión de conjunto. Sin embargo, para permitir una ojeada sobre los procesos concretos que se realizan en un psicoanálisis, me he decidido a reproducir aquí el curso muy breve del análisis de una niña de once años. El tratamiento analítico de este caso se ha llevado a cabo por mi asistenta señorita M. Moltzer. He de observar de antemano que este caso no es característico, ni por la duración, ni por el curso habitual, para el psicoanálisis corriente; por otra parte, un individuo no podrá nunca ser tomado como algo típico. En ninguna parte es tan difícil como en el psicoanálisis establecer reglas de valor universal. Por eso es mucho más prudente renunciar a formulaciones demasiado generales. No debemos nunca olvidar que, a pesar de la gran analogía existente entre los conflictos o los complejos, cada caso es por sí mismo, por decirlo así, un *unicum*. Cada caso concreto requiere del enfermo un interés individual, y, de la misma manera, también el curso de un análisis y su descripción en cada caso. Si, por tanto, procedo a transcribir en estas páginas un caso concreto, éste no será sino un pequeñísimo verdadero corte del mundo psicológico, inmensamente variado, que pone de relieve aquellos detalles aparentemente arbitrarios que el capricho de la llamada casualidad esparce en la existencia humana. No tengo la intención de suprimir ningún detalle, por pequeño que sea, si presenta interés psicoanalítico, puesto que no quiero suscitar la impresión de que el psicoanálisis es un método articulado en la armazón de fórmulas rígidas. La necesidad científica del investigador intenta siempre, por cierto, establecer reglas y categorías en las que se deje captar el principio de la vida. Por el contrario, el médico y el observador deben dejar que influya sobre ellos, libre de toda fórmula, la viva realidad en toda su ilimitada riqueza, desprovista de leyes fijas. Así, pues, también yo me esforzaré en exponer aquí el caso de la niña de once años con toda la debida naturalidad, y confío que lograré demostrar al lector cuán diferentemente de lo que se podría suponer se desarrolla un análisis si no se conocen más que las meras premisas científicas de nuestro método.

# Capítulo V
## ANÁLISIS DE UNA NIÑA DE ONCE AÑOS

SE TRATA de una niña inteligente; tiene once años de edad, y es hija de una familia acomodada y culta.

La historia de su enfermedad es la que sigue: Tuvo que abandonar más de una vez la escuela a causa de jaquecas y náuseas que se le presentaban repentinamente. Una vez en casa, tenía que meterse en cama. Al día siguiente rehusaba siempre levantarse e ir a la escuela. Padecía, además, sueños de pesadilla, y era caprichosa y desigual en todo. Cuando la madre me presentó a su hijita, llamé su atención sobre el hecho de que tales cosas pertenecen a las dolencias neuróticas y que debía de haber detrás de los síntomas alguna preocupación oculta, para cuyo descubrimiento tendríamos que formular preguntas a la niña. Esta suposición mía no era una construcción arbitraria y gratuita, puesto que todo observador objetivo sabe que cuando un niño se muestra inquieto y malhumorado está torturado por algo que le resulta desagradable.

Ahora bien, la niña confesó a su madre la siguiente historia: Tenía en la escuela un profesor preferido al que quería sobre todo. En el último trimestre se había retrasado un poco en la asignatura a causa de su labor insuficiente y creía haber perdido algo de la estimación de su profesor. Fue entonces cuando empezó a sufrir náuseas y a encontrarse mal en las clases del profesor mencionado. Experimentaba no sólo un alejamiento afectivo del mismo, sino inclusive cierta hostilidad contra él. Concentró todo su interés amistoso en un muchacho pobre, con el cual solía partir el pan que se le daba al ir a la escuela. Le daba hasta dinero para que él mismo se pudiera comprar pan. Una vez, conversando con este chico se permitió burlarse de su profesor llamándole «macho cabrío». El muchacho intimó cada vez más con ella y se creyó en el derecho de percibir de ella un tributo continuo en forma de un pequeño regalo en numerario. Fue entonces cuando le vino el temor de que aquel muchacho podría delatarla ante el profesor comunicándole que se había burlado de él llamándole «macho cabrío»; ofreció, pues, dos marcos al joven si le prometía no decir nunca *aquello* al profesor. Desde aquel día, el muchacho se dedicó a ejercer un verdadero chantaje contra la niña; le exigía su dinero amenazándola, y la perseguía en su camino hacia la escuela con exigencias cada vez mayores. No es de extrañar que la pequeña desesperara. Las náuseas estaban en estrecha relación con esta historia.

Una vez acabada la confesión de la niña, no se produjo aún la correspondiente tranquilidad que se hubiera podido esperar. Vemos, en efecto, muy a menudo, que el mero hecho de relatar asuntos desagradables puede tener sin más ni más considerables efectos terapéuticos, como ya hemos dicho anteriormente. Desde luego, estos efectos no suelen ser duraderos, aunque el efecto favorable puede perdurar a veces mucho tiempo. Una confesión como la que acabamos de relatar está, naturalmente, muy lejos de ser un análisis; sin embargo, existen hoy muy numerosos médicos neurólogos que creen que un análisis no consiste sino en una anamnesis o una confesión un poco amplias.

Poco tiempo después, la niña tuvo un violento ataque de tos, por lo cual dejó de ir durante todo el día a la escuela. Al día siguiente empezó a encontrarse bien. Al tercer día produjose otra vez un violento ataque de tos, con dolores en el costado izquierdo, fiebre y náuseas. Se le tomó la temperatura, sin que pudiera haber engaño, y dio por resultado 39,4º C. El médico de la familia, urgentemente llamado, temía una neumonía. Sin embargo, al día siguiente, volvía a desaparecer todo otra vez y la pequeña enferma se encontraba perfectamente bien, no teniendo la más leve huella de fiebre o de náuseas; sólo lloraba y no quería levantarse, y se quedó en cama.

## Reseña de las sesiones analíticas

EN LA *primera sesión*, la niña se mostró temerosa e inhibida, con una sonrisa forzada y un tanto desagradable en los labios. La señorita que la analizó le dio ante todo ocasión de hablar acerca de cómo se encuentra una si le permiten quedarse en cama. Contestó a esta pregunta, que tal caso era magnífico si tenía compañía: todos se acercaban a la cama para visitarla. Además, se puede obtener de mamá que le lea trozos de algún libro, especialmente de aquél en que se encuentra la historia de un príncipe que está enfermo y que no se cura sino cuando le satisfacen en su deseo, consistente en que su amiguito, un chico pobre, pueda estar junto a él.

Es manifiesta la relación existente entre este relato y el de su propia historia amorosa y de su enfermedad; se advierte a la niña esta analogía, y al oírla se pone a llorar desesperadamente; preferiría ir con los demás niños para jugar con ellos; si no, se la escaparían para siempre. Inmediatamente se le concede lo que pide; se aleja corriendo, pero tras breves momentos vuelve otra vez, un tanto cohibida. Entonces se le explica que no se fue por temer que sus compañeros y compañeras de juego pudieran escaparse, sino por mera resistencia.

En la *segunda sesión* se muestra mucho menos tímida e inhibida. La conversación llega a tratar del maestro; la niña parece muy cohibida al hablar de él. Por fin, confiesa vergonzosamente: «¡Pues le quiero mucho!». Se le explica que por eso no debe tener vergüenza: al contrario, su amor es una garantía muy valiosa de que en las clases de él trabaje mejor que en las otras. «Entonces, ¿se me permite quererle?», pregunta la niña, luego de oída la explicación con la cara radiante.

Con esta explicación la pequeña queda justificada en su elección amorosa. Tenía miedo, según parece, de confesarse a sí misma su amor por aquel profesor; el motivo de este miedo no puede ser aclarado sin más ni más. Si las explicaciones *protopsicoanalíticas* pretenden que la *libido* tiene dificultades en posesionarse de una persona extrafamiliar, sólo porque la niña se encontraba aún en una fase incestuosa, esta explicación nos parece tan plausible que difícilmente podremos desembarazarnos de esta impresión. Sin embargo, es preciso poner de relieve, por el contrario, que su *libido* se ha dirigido con gran vehemencia hacia el muchachito pobre, que indudablemente representa otro objeto de amor extrafamiliar. Tenemos que llegar, pues, a la conclusión de que la dificultad no estriba en la transferencia de la *libido* sobre algún objeto extrafamiliar, sino en alguna otra circunstancia. El amor por el profesor representa una labor difícil, con muchos más postulados que el amor al muchacho pobre, que no plantea ningún problema al esfuerzo moral de la niña. La alusión analítica de que el amor la podría ayudar en trabajar mejor que nunca en clase de dicho profesor, vuelve a conducir a la niña a su tarea primitiva, esto es, a la adaptación al profesor. Cuando la *libido* retrocede ante una tarea necesaria, suele ser debido a la razón universalmente humana de la comodidad, propensión fuertemente desarrollada no sólo en el niño, sino también en el hombre primitivo y hasta en el animal. La pereza y la comodidad primitivas representan el primer obstáculo interpuesto a la labor de adaptación. Si no se emplea en ella la *libido*, queda forzosamente estancada y realiza su obligada regresión hacia objetos o modos de

adaptación anteriores. La recrudescencia tan sorprendente del complejo del incesto proviene de ahí. La *libido* retrocede ante el objeto inasequible que obligaría a trabajos excesivos. Se dirige hacia un objeto más asequible y, en último lugar, hacia el más asequible de todos, esto es, hacia las fantasías infantiles, que luego quedan transformadas en fantasías incestuosas propiamente dichas. El hecho de que en cada caso de adaptación psicológica perturbada encontremos al mismo tiempo un desarrollo demasiado fuerte de la fantasía incestuosa podría ser comprendido también —según hemos demostrado más arriba— como un fenómeno regresivo. Así, pues, la fantasía incestuosa tendría una importancia secundaria, y no una importancia causal, en tanto que la timidez del hombre natural frente a esfuerzos cualesquiera será el factor primario. El retroceder ante determinadas tareas no se explicaría, pues, por el hecho de que el hombre prefiera la relación incestuosa, sino de que recayera forzosamente en ella, puesto que temería todo esfuerzo. Tendríamos que suponer entonces que el miedo a un esfuerzo consciente se confundiría hasta identificarse con preferencia hacia la relación incestuosa. Sin embargo, esto sería un error evidente, puesto que no sólo el hombre primitivo, sino también los mismos animales acusan una repugnancia enorme contra el esfuerzo con intención determinada, y se entregan a la más absoluta pereza mientras las circunstancias no les obliguen a esfuerzos y trabajos. Sin embargo, no podría pretenderse ni del hombre completamente primitivo, ni de los animales, que ésta su preferencia dada a la relación incestuosa fuera la causa de su timidez ante los esfuerzos de adaptación, puesto que, sobre todo en este último caso, no puede hablarse siquiera de relación incestuosa.

Es muy característico que la niña expresara su alegría, no sobre el hecho de que pudiera brindar sus mejores esfuerzos al profesor, sino, ante todo, sobre la libertad de *amar a éste*. Esto es lo que oyó por lo pronto de cuanto se le dijo, porque no había cosa que más le conviniera. Su alivio debióse a la confirmación de que estaba autorizada para amar a aquel profesor suyo, aun sin que desarrollase notables esfuerzos amatorios.

La conversación se desliza hacia la historia del chantaje, que la niña vuelve a explicar otra vez con muchos detalles. Nos enteramos también de que la niña pensaba inclusive en abrir la hucha, y cuando no logró su propósito quiso substraer solapadamente a su madre la llave de la misma. Manifiéstase asimismo sobre la causa de toda la historia: ella se había burlado del profesor por haber sido éste mucho más amable con otras que con ella. Bien es verdad que ella se había comportado peor en sus clases, sobre todo en las clases de cálculo. Una vez no había comprendido algo muy bien, sin que tuviera el valor de preguntar, por miedo a perder con ello el aprecio del profesor. Cometía, por tanto, errores, con lo cual su labor era cada vez más defectuosa, y perdió, efectivamente, las simpatías y el aprecio de su maestro. Claro está que con ello llegó a una situación muy mala frente al profesor, situación que no podía satisfacerla. Por aquel entonces ocurrió que una de las chicas se puso mala, por lo que fue llevada a su casa. Poco después le pasó lo mismo a ella; intentó de esta manera librarse de la escuela, que le había llegado a ser antipática. La pérdida del aprecio del profesor la llevó, por un lado, a malhablar de él, y, por otro lado, a la historia con el muchacho, que representaba una compensación manifiesta de la relación perdida con el profesor. Las explicaciones que se le dieron a guisa de comentarios sobre este punto, se redujeron a una mera alusión: a que, planteando en

clase preguntas relacionadas con la asignatura, y sin estorbar la enseñanza, se rendía un servicio al profesor.

Puedo añadir que esta instrucción somera en el análisis tuvo excelentes consecuencias, puesto que, desde entonces, la niña en cuestión llegó a ser la mejor alumna y no ha vuelto a perder ninguna de las clases de aritmética.

De la historia del chantaje, vale la pena destacar el rasgo de la dependencia y de la compulsión. Éste es un fenómeno que se produce ineludiblemente. Tan pronto como la persona permite que la *libido* retroceda ante las tareas imprescindibles, ésta se hace autónoma y se propone, sin preocuparse de las protestas del sujeto, sus propios objetivos, que persigue tenazmente. Es, pues, uno de los hechos más corrientes que una vida perezosa y desprovista de actividad quede inquietada en alto grado por una compulsión de la *libido*, esto es, por toda clase de miedos y de obligaciones involuntarias. La timidez y las supersticiones de numerosas tribus bárbaras nos brindan los mejores ejemplos de ello, a la par que la historia de nuestra civilización, sobre todo de la civilización antigua, nos aporta abundante confirmación. Por la falta de empleo se llega a hacer de la *libido* una *libido* indómita. Sin embargo, es preciso que no se crea que hay posibilidad de asegurarse mediante esfuerzos exagerados durante mucho tiempo contra la compulsión a la *libido*. No podemos proporcionar tareas a ésta sino en proporciones muy limitadas. Se escogerá ella misma otras tareas de carácter más natural, puesto que está destinada precisamente a ello. Si estas tareas se pasan por alto, ni la vida más activa y trabajadora servirá para nada, ya que es preciso *contar con todas las condiciones de la naturaleza humana*. Muy numerosas neurastenias debidas al exceso de trabajo débense a esta causa, puesto que el trabajar con rozamientos interiores crea el agotamiento nervioso.

En la *tercera sesión*, la niña nos explica un sueño que tuvo a los cinco años de edad y que le había producido una impresión imborrable. «Nunca en mi vida llegaré a olvidar este sueño», manifestó la pequeña. Quisiéramos añadir inmediatamente que tales sueños presentan peculiar interés para el psicoanalista. Cuanto más tiempo permanece el sueño de modo espontáneo en la conciencia, tanto mayor es la importancia que podemos asignarle.

He aquí el sueño aludido: «Salgo de paseo con mi hermano por el bosque para buscar fresas. Entonces nos sale al encuentro un lobo que salta sobre mí. Pero yo huyo, subiendo una escalera, seguida por el lobo. Me caigo y el lobo me muerde en la pierna. Estoy esperando mi muerte».

Antes de proceder a recoger las asociaciones de ideas que se enlazan con este sueño, intentamos formamos arbitrariamente un juicio sobre el posible contenido del sueño, para comparar y determinar si las asociaciones de la niña se mueven o no en el mismo sentido que nuestra suposición. El comienzo del sueño hace pensar en el conocidísimo cuento popular de la Caperucita Roja, cuento que la niña, desde luego, no ignora. El lobo se comió a la abuela, tomó la figura de ésta, y comióse luego inclusive a la propia Caperucita. Sin embargo, el cazador pudo matar al lobo, abriéndole el vientre, del cual la Caperucita volvió a saltar a la luz sin ningún daño. El mismo motivo se encuentra en un sinnúmero de mitos, divulgados por toda la superficie de la Tierra; es idéntico al motivo del Jonás de la Biblia. El sentido primario que se oculta detrás de este sueño es astralmitológico: el Sol es tragado por el monstruo marino, y a la mañana siguiente vuelve a nacer otra vez de él. Naturalmente,

toda la mitología astral no es sino psicología, y particularmente psicología inconsciente, proyectada al cielo, ya que un mito nunca se inventa ni se forja conscientemente, sino que es siempre oriundo del inconsciente del hombre. Esto explica también las grandes semejanzas, o hasta identidades (que a veces lindan ya con el milagro), existentes entre las formas mitológicas de tribus muy distantes, tanto en el tiempo como en el espacio. Explica asimismo la divulgación sorprendente que se llevó a cabo independientemente del cristianismo, del símbolo de la cruz, divulgación para cuya comprobación es precisamente América la que nos aportó las pruebas más elocuentes e interesantes. Sería erróneo suponer, sin embargo, que los mitos han sido creados tan sólo para explicar a los humanos determinados procesos meteorológicos o astronómicos, puesto que los mitos incorporan ante todo la actividad de impulsos inconscientes, comparables en ello a los sueños. Estos impulsos fueron motivados por la *libido* regresiva que penetró en el inconsciente. El material que fue extraído a la superficie en nuestro análisis representa desde luego un material infantil, esto es, fantasías del complejo incestuoso. De esta manera, podemos reconocer en todos los llamados mitos solares teorías infantiles sobre la fecundación, el nacimiento y la relación incestuosa; en el cuento de la Caperucita Roja hallamos la fantasía de que la madre tiene que comerse algo semejante a un niño, y de que los niños nacen así porque se corta el vientre de la madre. Esta fantasía es una de las más extraordinarias, y su existencia puede demostrarse en numerosísimos casos.

Tras estas consideraciones psicológico-generales podríamos concluir que la niña elabora en este sueño precisamente el problema de la fecundación y del nacimiento. En lo que concierne al lobo, tendríamos que asignarle el papel del padre, a quien la niña atribuye inconscientemente algún acto de violencia contra la madre. También esta esperanza puede basarse en muy numerosos mitos que contienen el problema de la violación de la madre.(Quisiera llamar aquí la atención, sobre todo, y respecto a los paralelismos mitológicos, acerca de la colección de Boas, en la que encontramos un magnífico material de leyendas indias; además, sobre la obra de Frobenius *Das Zeitalter des Sonnengottes* «La época del dios solar», así como, finalmente, sobre los estudios de Abraham, Rank, Riklin, Jones, Freud, Maeder, Silberer, Spiel, Rein, y sobre mis propios estudios). Tras estas consideraciones, completamente generales, que acabo de hacer por causas meramente teóricas —en la práctica, desde luego, no se extiende sobre ellas—, procederemos al examen de si la niña quiere comunicarnos algo mediante su sueño. Naturalmente, invitamos ante todo a la niña a que nos hable, desde luego sin hacerla presión en ningún sentido, del sueño relatado.

Se detiene ante todo en el pequeño detalle del mordisco en la pierna y explica que, una vez, una mujer que tuvo un niño le había dicho que esto se le veía en la pierna, donde la cigüeña la había picado. (Esta manera de explicar simbólicamente el nacimiento y la fecundación es muy general en toda Suiza). Podemos comprobar, pues, un paralelismo completo entre nuestra interpretación y el curso de las asociaciones en la muchacha. La primera asociación que nos aporta la pequeña —y esto sin ningún influjo por nuestra parte— tiende hacia el problema que acabamos de sospechar, por meras consideraciones teóricas. Sé muy bien, por cierto, que todos los innumerables casos, tan seguros como ininfluenciables, que ya conocemos a través de las publicaciones psicoanalíticas, se han demostrado incapaces de sofocar la objeción de nuestros adversarios consistente en afirmar que somos nosotros quienes sugerimos

nuestras interpretaciones a nuestros enfermos. Así, pues, tampoco este caso llegará a convencer a nadie que esté empeñado en atribuirnos las más graves faltas de inexperimentados aprendices o hasta algo mucho peor, a saber: a culparnos de una falsificación intencionada.

Después de presentar la niña esta primera asociación, se le plantea la pregunta: ¿qué idea se le presenta con motivo del lobo? Contesta de la siguiente manera: «Pienso en papá cuando está iracundo». También esta asociación concuerda enteramente con nuestras consideraciones teóricas. Se nos podría objetar que las consideraciones se han hecho única y exclusivamente con esta finalidad y precisamente con miras a ello, y que, por tanto, no se le puede asignar ninguna clase de validez. Me parece que esta objeción es completamente superflua una vez se hayan adquirido los correspondientes conocimientos psicoanalíticos y mitológicos. Tan sólo a base de un haber positivo, y no de otra manera, puede demostrarse la validez de una hipótesis.

Vemos, pues, que en la primera asociación substituyó al lobo por la cigüeña; la asociación con el lobo nos la trajo el padre. En el mito vulgar, la cigüeña es el padre, puesto que es él quien trae los niños. La contradicción aparentemente grande entre el cuento —en el cual el lobo representa a la madre— y el sueño —en donde es el padre— no tiene ninguna importancia para el sueño; por tanto, se nos dispensará de dar una interpretación más detallada. En mi trabajo, ya repetidas veces mencionado, *Wandlungen und Symbole der Libido*, he explicado más atentamente este problema de símbolos bisexuales. Sabido es que la leyenda de Rómulo y Remo llevó a elevar, tanto al pájaro Picus como al lobo, al rango de padres.

El miedo ante el lobo, experimentado en el sueño, es, pues, idéntico al miedo ante el padre. Como nos comunica la niña, su miedo al padre se explica por el hecho de que éste es muy severo con ella. Una vez llegó a decirle que se suelen tener sueños de pesadilla cuando se ha cometido algún acto malo. Llegó, pues, la pequeña a preguntar un día a su padre: «Pero ¿qué acto malo comete mamá, que también tiene continuamente pesadillas?».

El padre le había pegado por haberse chupado el dedo, cosa que llegó a hacer a pesar de numerosísimas prohibiciones. ¿Sería tal vez éste el acto malo que solía cometer? Sin duda no, puesto que el chuparse los dedos es un hábito infantil algo anacrónico, que para su edad ya difícilmente podía tener interés alguno, y que servía sin duda más bien para molestar al padre, a fin de que él la castigara y pegara. Con esto quiere aliviar su conciencia de una serie de «culpas» inconfesadas y mucho más considerables, puesto que en el análisis se descubre que había seducido a toda una serie de chicas de su edad a la masturbación recíproca.

Estas inclinaciones sexuales de la niña son la causa de que tema a su padre. Sin embargo, no debemos olvidar que tuvo su sueño ya a los cinco años de edad, cuando aún no se podía tratar de estos pecados. El detalle de las chicas no podía ser tomado, pues, sino como causa de su miedo actual ante el padre, y no del miedo tenido en aquella época. No obstante, podíamos esperar que se tratase ya entonces de algo semejante, esto es, de algún deseo sexual inconsciente, en correspondencia con la psicología del acto prohibido antes mencionado, cuyo carácter y valoración moral es, desde luego, mucho más inconsciente en la niña que en el adulto. Para comprender lo que podía inducir a la niña a sus actos, tenemos que preguntamos qué le había

pasado a los cinco años de edad. Descubriremos que fue aquél el año en que nació su hermanito menor. Ya entonces, pues, le infundía miedo el padre. Las asociaciones de ideas antes examinadas nos dan por resultado una correlación indudable entre las inclinaciones sexuales y el miedo.

El problema sexual, al que la Naturaleza ha proporcionado positivo placer, se manifiesta en este sueño bajo una forma fóbica, aparentemente a causa del padre malévolo que personifica la educación moral. Por tanto, el sueño en cuestión representa un primer fenómeno impresionante del problema sexual, impulsado manifiestamente por la proximidad temporal del nacimiento del hermanito, ocasión con cuyo motivo suelen plantearse toda clase de problemas en los niños, como sabemos por experiencia. Ahora bien, puesto que el problema sexual está íntimamente enlazado con la historia de determinadas sensaciones de placer físico que la educación procura hacer desarraigar todo lo posible en los niños, esas sensaciones no pueden manifestarse, según todas las apariencias, sino bajo la capa encubridora del miedo por sentimientos de culpabilidad.

Esta explicación, si bien parece plausible, es insuficiente a pesar de todo, a causa de su superficialidad. Aceptándola, sólo desplazamos la dificultad, achacándola a la educación moral, y emitiendo la hipótesis completamente gratuita —por no ser comprobada— de que la educación puede causar tales casos de neurosis. Procediendo de esta manera, no advertimos que también personas sin ningún rastro de educación moral suelen llegar a ser neuróticas y sufren de fobias morbosas. La ley moral no es, además, simplemente un mal contra el que tengamos que sublevamos, sino un forzamiento producido por la necesidad más íntima del hombre. La ley moral no es otra cosa sino una manifestación exterior del afán congénito al hombre de oprimirse y dominarse a sí mismo. Este afán de domesticación y civilización se pierde en las lejanías más profundas, inexplorables y nebulosas de la historia evolutiva de la especie, y no puede, por tanto, ser concebido como consecuencia de algún Imperativo que nos es impuesto desde fuera. Es el propio hombre quién se ha creado sus leyes, prestando oído a sus impulsos íntimos. Mal podríamos comprender, pues, las razones de la represión ansiosa del problema sexual en el niño si no tuviéramos en cuenta más que las influencias morales de la educación. Las verdaderas causas encuéntranse mucho más profundamente en la naturaleza misma del hombre, en su antagonismo tal vez trágico entre civilización o naturaleza, o entre conciencia individual y sentimiento colectivo. Naturalmente, hacer asequibles a la niña los aspectos filosóficos superiores del problema no tendría sentido alguno, y no acarrearía sin duda éxito alguno. Será suficiente, por ahora, que se le quite la idea de que interesarse por el problema de la propagación de la vida representa algo malvado o malo.

Se explica, por tanto, a la niña, en la interpretación analítica de este complejo, cuánto placer y curiosidad aporta ella al problema de la generación, y cómo este miedo inmotivado no es sino un placer cuyo prefijo quedó invertido. La historia de la masturbación es recibida con comprensión y tolerancia, y la conversación se limita a llamar la atención de la niña sobre lo improcedente de sus actos, explicándole al mismo tiempo que sus actos sexuales no son sino consecuencia, en su mayor parte, de su curiosidad, que podría ser satisfecha mucho mejor de otra manera. Su gran miedo ante el padre corresponde, en última instancia, a una esperanza no menos grande vinculada poderosamente al nacimiento del hermanito. Por nuestras explicaciones, la

niña se ve autorizada en su curiosidad, y con ello queda eliminada una considerable parte de su conflicto moral.

En la *cuarta sesión*, la niña muéstrase ya muy amable y franca. Su manera de ser, que antes apareció forzada y poco natural, ha desaparecido completamente. Nos comunica un sueño que tuvo desde la última sesión. Helo aquí: «Soy tan grande como la torre de la iglesia, y puedo mirar a todas partes. A mis pies hay unos niños pequeños, muy pequeños, tanto como unas florecitas. Entonces viene un policía y le digo: “Si haces alguna observación, voy a coger tu sable y te cortaré la cabeza”».

Al analizar el sueño, la niña hace las observaciones siguientes: «Yo quisiera ser más alta que papá, para que él tuviera que obedecerme una vez». Como asociación a policía, le vino en seguida la palabra *papá*, que es militar, y posee igualmente un sable. Este sueño satisface, según se ve con toda claridad, sus deseos: siendo una torre de la iglesia, sería considerablemente más alta que su padre, y si éste aún se atreviera a hacerle alguna observación acerca de ello, entonces le cortaría la cabeza. El sueño satisface completamente el deseo también muy infantil de ser «grande», esto, es, de ser persona mayor y tener a su vez hijos, ya que en el sueño, a sus pies, hay unos niños jugando. Con este sueño, la niña en cuestión llega a elevarse por encima de su gran miedo ante el padre, hecho del cual cabe esperar un progreso considerable de la libertad personal y de la seguridad de sus afectos.

Como ventaja secundaria para la teoría podemos considerar este sueño como un ejemplar muy claro de la importancia compensadora y de la función teleológica de los sueños. Un sueño de esta índole no podría menos que dejar en el soñador una cierta sensación del aumento de la conciencia de su propio «yo», lo que no deja de tener importantes consecuencias para el bienestar personal. Importa poco el hecho de que el simbolismo del sueño no sea aún consciente para el niño, puesto que no se requiere ningún conocimiento consciente para extraer de los símbolos sus influjos afectivos correspondientes. Se trata aquí más bien de un saber por vía intuitiva, saber que nos fue asegurado desde siempre por la eficacia de los símbolos religiosos que, para desarrollar su influencia, no presuponen ninguna clase de conocimiento consciente, sino que influyen sobre el alma por las vías de meros sentimientos adivinatorios.

En la *quinta sesión*, la niña nos explica el siguiente sueño, tenido después de la última reunión:

«Estoy, con toda mi familia, en la azotea de nuestra casa. Las ventanas de las casas, y también todo el valle que está al otro lado, relucen fulgurantes como si ardiesen. Esto es debido a que el Sol, que empieza a salir, se refleja en ellas. Sin embargo, veo de repente que una de las casas que ocupan la esquina de la calle arde de veras. El fuego se acerca a nosotros y prende también en nuestra casa. Huyo a la calle; mamá tira detrás de mí toda clase de objetos, que yo recojo extendiendo mi delantal; entre otras cosas me tira también una muñeca. Veo cómo arden las piedras sobre las cuales la casa está construida, en tanto que todas las partes de madera quedan intactas».

El análisis de este sueño tropezó con especiales dificultades. Ocupó, por tanto, dos reuniones subsiguientes. Me dejaría llevar muy lejos si quisiera explicar en el modesto marco de este estudio todos los materiales que ese sueño extrajo a la superficie, y tengo que limitarme, por tanto, a las cosas más significativas. Las

asociaciones decisivas para la comprensión del sueño no se presentaron sino al llegar al último detalle, harto curioso, de las piedras que arden y la madera que queda intacta.

En muchos casos, y sobre todo cuando se trata de sueños más bien largos, procedemos bien si destacamos las partes más llamativas, analizando primero éstas. Tal procedimiento no es modélico, pero queda excusado plenamente por la necesidad práctica de abreviar.

«Eso es curioso, como en un cuento de hadas», observa la pequeña paciente con motivo de esta parte del sueño. Se le explica, mediante algunos ejemplos, que hasta los cuentos suelen tener siempre un significado. Contesta: «Pero no serán todos los cuentos los que tengan un significado. Por ejemplo, aquel de la Bella Durmiente en el Bosque. Este cuento, ¿qué podría significar?». He aquí nuestra respuesta a esta pregunta: La Bella Durmiente tuvo que esperar cien años sumida en un sueño mágico para quedar redimida. Sólo quien superó con amor todos los obstáculos y penetró con valentía en el bosque de espinos pudo redimirla. Así, es preciso muchas veces esperar largo tiempo para obtener lo que se anhela.

Esta interpretación del cuento se adapta, por una parte, a la comprensión de la niña y, por otra, está en perfecta armonía con la historia de este motivo de leyendas. La Bella Durmiente acusa muy manifiestas relaciones con un antiquísimo mito de primavera y de fecundidad, conteniendo al mismo tiempo un problema que parece tener hondo parentesco con la situación psicológica de una niña de once años un poco precoz. El motivo de la Bella Durmiente pertenece a todo un ciclo de leyendas en las cuales una virgen guardada por un dragón queda liberada por un héroe. Sin que queramos adentrarnos aquí en la interpretación de ese mito, pongo de relieve su componente astronómico y meteorológico, que es claramente comprensible sobre todo en la versión contenida en el *Edda*: La Tierra es prisionera, en la figura de una bella virgen, del invierno, y está sepultada bajo el cielo y nieve. El joven Sol de Primavera viene a libertarla, en figura de héroe fogoso, de su prisión invernal, donde anhelaba la llegada de su salvador. La asociación aportada por la niña no fue escogida por ella sino meramente como un ejemplo de algún cuento desprovisto de toda clase de significado, y no lo considero como asociación directa del sueño de la casa que arde. Sobre este detalle no hizo más observación que ésta: «Es extraño como un cuento», con lo cual quería decir: «Es imposible», puesto que el hecho de arder unas piedras es ante todo algo imposible, o bien algo desprovisto de sentido y perteneciente a un cuento de hadas. La explicación que se le ha dado luego demuestra a la niña que «imposible» y «como un cuento de hadas» no son idénticos sino hasta cierto punto, puesto que, por otro lado, los cuentos suelen encerrar mucha significación. Aunque al parecer el ejemplo aportado por la niña no tenga nada que ver en absoluto con el sueño, no obstante, será preciso dedicarle especial atención, puesto que se ha presentado como una manifestación casual en el curso del análisis del sueño. El inconsciente tenía ya preparado precisamente ese ejemplo, lo que no puede ser ninguna casualidad, sino característico, en un sentido o en otro, de la situación momentánea. Es preciso tener en cuenta, en el análisis de un sueño, tales aparentes «casualidades», puesto que tampoco en psicología existen ciegas casualidades, aunque nosotros estemos siempre muy inclinados a suponer su existencia. Nuestros críticos suelen argüir sobre todo ello con demasiada frecuencia. Sin embargo, para una persona que piense científicamente, sólo existen relaciones causales y no

casuales. Tenemos que concluir, pues, a base precisamente del hecho de que la niña haya escogido el cuento de la Bella Durmiente, que tal hecho debe tener en la psicología de la niña en cuestión su motivo suficiente. Este motivo se llama símil o identificación parcial con la Bella Durmiente. La explicación del sentido de este cuento que antes dimos a la niña tuvo ya en cuenta de antemano esta conclusión. Sin embargo, ella no se mostró satisfecha por la explicación y perseveró en su criterio de que los sueños no tienen sentido alguno.

Como otro ejemplo de un cuento inexplicable, nuestra pequeña enferma nos aporta el ejemplo de Blancanieves, que yacía encerrada en un ataúd de cristal No es difícil entrever que Blancanieves pertenece al mismo ciclo de mitos y leyendas que la Bella Durmiente, con la diferencia que Blancanieves, en su ataúd de cristal, encierra aún más claras alusiones al mito de las cuatro estaciones del año.

Estos materiales mitológicos escogidos por la niña revelan una comparación por adivinación con la Tierra prisionera en la cárcel del frío del Invierno, que espera su liberación por el Sol de Primavera.

Este segundo ejemplo corrobora el primero y la interpretación que hemos dado de él más arriba. Se puede afirmar, sin duda, que el segundo ejemplo —que acentúa aún más el sentido del primero— podría estar sugerido por éste, puesto que el hecho de que haya sido precisamente Blancanieves la que ha mencionado la niña en segundo lugar para probar que los cuentos no tenían ningún sentido, demuestra precisamente que la niña no ha reconocido intuitivamente la identidad fundamental que existe entre los motivos de la Bella Durmiente y Blancanieves. Podemos suponer, por tanto, que también Blancanieves proviene de la misma fuente desconocida que la Bella Durmiente, o sea de un complejo de la esperanza de acontecimientos venideros que se pueden comparar sin más ni más con la redención de la Tierra de su prisión invernal y con su fecundación mediante los rayos del Sol primaveral. Sabido es que desde los tiempos más remotos se ha dado al Sol primaveral el símbolo del toro, debido a que precisamente es el toro el animal que, entre todas las especies, personifica con más claridad la máxima fuerza fecundadora. Aunque aún no nos sea posible sin más ni más darnos cuenta de la relación existente entre estas comprensiones, que hemos obtenido más bien indirectamente, y el sueño concreto que intentamos analizar, retenemos, sin embargo, lo que acabamos de decir y dirigimos de nuevo nuestro interés a la interpretación.

La segunda escena del sueño que podemos destacar es la que nos muestra a la niña cuando recoge en su delantal a la muñeca. Su primera asociación nos demuestra patentemente que su actitud, y toda la situación en general en el sueño, corresponden exactamente a un cuadro muy divulgado que representa una cigüeña que vuela encima de un pueblo; abajo, en la calle, hay niñas pequeñas que extienden sus delantales y le piden gritando que les traiga un niño. A lo cual nuestra pequeña enferma hace observar que ella misma quisiera tener, ya desde hace tiempo, un hermanito o una hermanita. Estos materiales, aportados espontáneamente, están ya en una relación muy claramente reconocible con los motivos mitológicos de que hemos hablado más arriba. Vemos que se trata efectivamente, también en el sueño, del problema del instinto de la procreación que se despierta. Estas correlaciones no se han comunicado, desde luego, a la misma niña.

Tras una pausa momentánea que se produce en este momento del análisis, se le presenta muy abruptamente la siguiente ocurrencia: «Cuando tuvo cinco años se había tendido un día en el suelo, en plena calle, y un ciclista había pasado por su cuerpo, justamente por medio del bajo vientre». Esta historia harto inverosímil se revela, tal como se podía esperar, como una mera fantasía que pasó a ser una paramnesia. Nunca ha ocurrido tal cosa; en cambio nos enteramos de que las niñas pequeñas, en la escuela, se han acostado en forma de cruz, unas sobre otras ejecutando movimientos de sacudida con las piernas.

Quien haya leído los análisis de niños publicados por Freud, volverá a encontrar en este juego infantil el mismo motivo del pataleo, al cual es imposible no atribuir, en conocimiento de toda la situación, un significado de subcorriente sexual. A esta manera de ver, comprobada también por nuestros trabajos ya anteriormente publicados, corresponde la otra ocurrencia que la niña presentó inmediatamente después: «Quisiera, pues, mucho mejor un niño de veras que la muñeca».

Estos materiales harto especiales que la niña nos aportó después de la fantasía de la cigüeña, nos conducen claramente a los inicios de una teoría sexual infantil, al mismo tiempo que nos revelan el sitio en que reside actualmente la fantasía de la pequeña.

Es interesante saber que precisamente este motivo del pataleo puede encontrarse igualmente en la mitología. En mi ya mencionado estudio sobre la *libido*, he enumerado todos los ejemplos conocidos. El empleo de estas fantasías protoinfantiles en el sueño, la existencia de la paramnesia con el ciclista y la tensión de la espera que se exterioriza por el motivo de la Bella Durmiente, nos demuestran que el interés íntimo de la niña está concentrado en tomo a determinados problemas que requieren su solución. Era probablemente este hecho (que el problema de la procreación atrajera hacia sí a la *libido*) el motivo por el cual su atención se relajara en clase, de modo que sus tareas escolares acusaron notable disminución. Cuan potentemente existe ya este problema en las niñas, alrededor de los doce y trece años, lo hemos podido comprobar en un caso especial que publicamos antaño bajo el título de *Contribución a la Psicología del rumor público* en el *Zentralblatt für Psychoanalyse*. Esta disposición especial de dicho problema es la causa de toda clase de conversaciones indecentes entre los niños, así como de intentos recíprocos de explicación sexual, que resultan naturalmente muy poco bellos, por lo cual la fantasía de los niños queda estropeada muy a menudo. Tampoco una educación muy cuidada de los niños, que se propusiera evitar la posibilidad de tales conversaciones, podría impedir que descubrieran un día u otro el gran misterio, y precisamente, en la mayoría de los casos, bajo una forma particularmente sucia. Valdría más, pues, que los niños supieran de ciertos misterios importantes de la vida de una manera limpia, oportuna, para que no necesitaran ser explicados luego, de un modo a menudo pésimo, por sus compañeros de escuela.

Este y otros indicios nos indujeron a considerar propicio el momento de proporcionar a la niña en cuestión cierta iniciación en las cosas sexuales. A las explicaciones anteriores, que la niña escuchaba con gran atención y seriedad, se añadió otra pregunta no menos seria: «¿Verdaderamente podría tener un niño?». Esta pregunta obligónos a aclararle el concepto de la madurez sexual.

La *octava sesión* se inicia con la observación de que ella había comprendido ya plenamente que por ahora aún no le sería posible tener un niño. Por tanto, llegó a

renunciar por completo a esta idea. Sin embargo, la pequeña no nos produce esta vez muy buena impresión. Se demuestra que había mentido a su profesor, puesto que llegó con retraso a la clase y, a causa de esto, afirmó al maestro que había tenido que acompañar a su padre por cuya razón le había sido imposible llegar antes a la escuela. En realidad, se había levantado demasiado tarde, por pura pereza, y se retrasó por eso. Había dicho una mentira para no perder, reconociendo a voces su propia falta, la estimación de su maestro. La derrota moral tan repentinamente sufrida por nuestra pequeña enferma requiere explicación. Este debilitamiento llamativo y repentino no puede producirse, según las tesis fundamentales del psicoanálisis, sino que tiene preparadas aún otras vías de solución. Esto quiere decir, en otras palabras, que tenemos ante nosotros un caso en el cual, si bien el análisis ha extraído aparentemente a la superficie la *libido* (de modo que el progreso de la persona ya se puede producir), la adaptación, sin embargo, no se realiza aún por algún que otro motivo; por consiguiente, la *libido* recae otra vez en las vías regresivas antiguas.

En la *sesión novena* se demuestra que esta suposición nuestra era certera. La pequeña paciente se había reservado considerable parte de su propia teoría sexual, desmintiendo con ello la aclaración psicoanalítica acerca del concepto de la madurez sexual: habíase callado que en la escuela circulaba la noticia de que una niña de once años había tenido un niño de un muchacho de la misma edad. Esta noticia no estaba fundamentada, como tuvimos cuidado de comprobarlo, en ningún hecho auténtico, sino que representaba única y exclusiva mente una fantasía muy típica en esa edad y que tiene por función el satisfacer los deseos de las niñas. Noticias y rumores por el estilo suelen tejerse muy a menudo del mismo ligero hilo, tal como he intentado demostrar en el ya mencionado estudio de casos sobre la psicología del rumor público. Este último suele servir de válvula de escape a fantasías inconscientes, y en esto su función corresponde exactamente tanto a los sueños como a las leyendas mitológicas. Esta noticia circulante deja aún abierto otro camino: la niña no necesita esperar, puesto que ya a los once años sería posible tener hijos. La contradicción entre la noticia a la cual se da fe y la explicación analítica, llega a producir resistencias contra esta última, en virtud de las cuales todo el tratamiento psicoanalítico queda desvalorizado en el acto. Con ello quedan destruidas también todas las demás comprobaciones y explicaciones, hecho que produce forzosamente dudas y una inseguridad general; o, en otras palabras, podemos decir que la *libido* vuelve a ocupar nuevamente sus caminos anteriores, haciéndose regresiva. Este momento es el de la reincidencia.

En la *décima sesión* surgen complementaciones esenciales a la historia de su problema sexual. Ante todo, presenta la niña el siguiente fragmento de sueño:

«Me encuentro junto con otros en un claro de bosque, rodeado de bellos pinos. Empieza a llover, a relampaguear y a tronar; al mismo tiempo, el cielo oscurece. En ese momento veo arriba en los aires, súbitamente, una cigüeña».

Antes de proceder al análisis detallado de este sueño, no puedo resistir a aludir a determinados paralelos muy bellos que el mismo presenta con ciertas representaciones mitológicas. La coincidencia sorprendente del temporal y de la cigüeña en el mismo sueño no es, desde luego, nada sorprendente para quien conozca los trabajos de Adalberto Kuhn y de Steinthal, trabajos sobre los cuales el psicoanalista Abraham volvió a llamar hace poco la atención.

El temporal tiene desde tiempos muy remotos la significación de un acto que fecunda la tierra y de la cohabitación del padre Cielo con la madre Tierra, desempeñando el relámpago el papel del falo alado o sea de la cigüeña, cuyo significado psicológico-sexual es conocido por todo niño. El significado psicosexual del temporal ya no es del dominio público, y no será seguramente nuestra pequeña paciente quien lo conozca. En virtud de toda la constelación psicológica anteriormente expuesta, corresponde sin duda a la cigüeña una interpretación psicosexual. El hecho de que el temporal vaya ligado a ella, y que también al temporal corresponda un sentido psicosexual, parece al primer instante difícilmente aceptable. Sin embargo, si nos acordamos de que la experiencia psicoanalítica pudo demostrar hasta hoy un sinnúmero de correlaciones meramente mitológicas en las formas anímicas inconscientes, la conclusión de que también en este caso estamos en presencia de una relación psicosexual ya no nos parecerá tan atrevida. Sabemos, por otras experiencias, que aquellas capas inconscientes que antaño llegaron a producir formas mitológicas están aún en actividad inclusive en el hombre moderno, y siguen produciéndolas sin cesar. Esta producción se limita, desde luego, a los sueños y síntomas de las neurosis y psicosis, puesto que la más intensa corrección de la realidad por el espíritu moderno imposibilita su proyección a la vida real.

Volvamos, pues, al análisis del sueño de la niña.

La consecuencia de asociaciones que nos conducen a los trasfondos de la visión del sueño desarróllase partiendo de la representación de la lluvia del temporal; literalmente quedó formada de la manera siguiente: «Pienso en el *agua* —mi tío se ahogó en el agua—; es terrible estar así, debajo del agua, en la oscuridad —pero, ¿no es verdad que también el niño debe ahogarse en el agua?—. Pero, ¿bebe agua cuando está en el vientre? —Curioso; cuando estuve enferma, mamá envió el "agua" al médico[18]. Yo creía que aquél mezclaría algo en mi *agua*, una especie de jarabe, del cual pueden nacer hijos, y que mamá tendría que bebérselo…».

Vemos claramente, de esta serie de asociaciones, cómo la niña llega a enlazar, en sus asociaciones de ideas, representaciones psicosexuales y hasta fantasías especiales de fecundación con la lluvia y el temporal. Vemos también, una vez más, el notable paralelismo existente entre atávicas fantasías mitológicas y fantasías individuales recientes. La serie de asociaciones es tan rica en correlaciones simbólicas, que no sería difícil toda una tesis doctrinal sobre ella. El simbolismo del ahogarse fue resuelto por la misma niña, de un modo verdaderamente magnífico, como una fantasía de embarazo; así aparece descrita en la literatura psicoanalítica desde hace mucho tiempo.

La siguiente —*undécima*— sesión fue dedicada por completo a la exposición completamente espontánea de teorías infantiles que la niña había inventado según la costumbre de todos los niños, sobre la fecundación y el nacimiento, teorías meramente fantásticas que desde entonces podían ser consideradas como eliminadas. La niña había creído siempre que el varón hacía deslizar su orina en el cuerpo de la mujer y que el crecimiento del embrión se debe a ello. De esta manera, el niño se encontraría desde un principio inmerso en el agua, es decir, en la orina. Según otra versión suya, la orina se bebería junto con un jarabe medicinal, a consecuencia de lo cual el niño crecería en la cabeza; luego, la cabeza quedaría escindida en dos partes, casi como para activar el crecimiento del niño, y los sombreros servirían única y

exclusivamente para ocultar más tarde la cicatriz que las mujeres tienen en la cabeza. La niña llegó hasta a idear un dibujo en el cual representó gráficamente el nacimiento del niño por la cabeza. Esta idea es arcaica y de alta mitología. Me limito a recordar aquí el nacimiento de Palas Atenea, de la cabeza de su padre Zeus.

También la significación fecundadora de la orina es mitológica; en los cantos de Rudra en el *Rigveda* encontramos muy bellos ejemplos sobre este particular. Éste es también el lugar adecuado para mencionar que, tal como nos lo confirmó luego la madre de la niña, la pequeña enferma había creído que un día vio bailar un payaso en la cabeza de su hermanito —fantasía que debe su origen, sin duda, a su teoría infantil del nacimiento por la cabeza.

El dibujo que mi pequeña enferma me había traído acusa notable parentesco con ciertas formas harto peculiares que se encuentran en los Bataks de la India neerlandesa. Son los bastones mágicos o columnas ancestrales, que consisten en figuras superspuestas. La explicación —que fue considerada estúpida— que los mismos Bataks dan de sus bastones mágicos está en una consonancia extraordinariamente sorprendente con el estado de espíritu de la niña por nosotros tratada (estado que aún persiste, desde luego, en una fijación infantil). Es interesante saber que los Bataks pretenden que las figuras superpuestas son los miembros de una misma familia que quedaron abrazados por una serpiente, por culpa de un comercio incestuoso, quedando luego mordidos mortalmente entre sí. Esta explicación se halla en completo paralelismo con las hipótesis fantásticas de nuestra pequeña enferma; también su fantasía sexual se mueve, como hemos visto con motivo del primer sueño, en torno del padre. La relación incestuosa es, pues, como en los Bataks, condición imprescindible.

Tercera versión era la teoría del crecimiento del embrión en el canal intestinal, en el estómago. Fue sobre todo esta última versión la que poseía, en estrecha correspondencia con las teorías freudianas, su especial fenomenología sintomática: la niña había intentado más de una vez, en completa consonancia con la fantasía de que los niños nacen por los vómitos de las madres, producir en sí misma náuseas y vómitos, y llegó hasta tal extremo, que en el retrete se dedicó a ensayos de presión para lograr, por decirlo así, hacer salir de su cuerpo un hijo. Estando las cosas en tal estado, no nos podría sorprender en absoluto que, al manifestarse la neurosis, los primeros y principales síntomas hubieran sido precisamente los de las náuseas.

Ahora bien, hemos adelantado ya la explicación analítica de este caso hasta tal punto que nos podemos permitir echar una mirada de conjunto al camino recorrido. Hemos encontrado que tras los síntomas neuróticos se puede demostrar la existencia de muy complicados procesos afectivos que están en una indudable correlación con los síntomas. Si nos podemos atrever a extraer ya conclusiones generales a base del material harto limitado, entonces reconstruiremos aproximadamente de la siguiente manera el curso de la neurosis: la pubertad, que se acercaba ya poco a poco, orientó la *libido* de la niña hacia una actitud más bien afectiva que objetiva frente a la realidad. La niña se enamoró de su profesor, amoríos en los que el goce sentimental de sí misma desempeñó un papel manifiestamente mucho más importante que la idea de las tareas superiores, que eran la premisa, hablando en propiedad, de tal amor. Su atención en clase dejó, por tanto, algo que desear, y muy pronto también sus trabajos. A consecuencia de ello se nubló un tanto la relación antes tan perfecta con el profesor,

que se impacientó; es natural que ante la niña —que por sus circunstancias familiares había sido educada en un sentido de ciertas pretensiones— no se hiciera más simpático con ello. La *libido* se había apartado, pues, tanto del profesor como de los deberes escolares, para ser objeto impotente de aquella dependencia forzada —tan característica— del muchachito pobre que, por su parte, hizo todos los posibles para aprovecharse de la situación. Hay que saber que, tan pronto como el individuo permite consciente o inconscientemente que la *libido* se desvíe o retroceda ante determinada tarea ineludible, entonces las cantidades de *libido* no empleadas (según se les suele llamar, «reprimidas») serán causa de un gran número de cosas imprevistas, tanto externas como internas, síntomas de toda especie que se le imponen al individuo del modo más desagradable. A consecuencia de estas circunstancias, la resistencia contra la asistencia a la escuela, aprovechó la primera ocasión que se presentó: otra niña fue enviada a casa por encontrarse mal; nuestra pequeña enferma imitó este caso. Una vez retirada de la escuela, las vías para las fantasías estaban, desde luego, libres. Por la regresión de la *libido* despertaron a una actividad muy eficaz aquellas fantasías, que constituyeron luego los síntomas y llegaron a cobrar una influencia que nunca tuvieron antes, puesto que nunca habían desempeñado papel tan importante. Ahora, se transformaron en contenidos aparentemente importantísimos, y parece que constituyen la causa por la cual la *libido* realizó la regresión hacia ellas. Se podría decir que la niña ha visto demasiadas veces, a causa de su manera de ser esencialmente fantaseadora, a su propio padre, elaborándose en ella, por tanto, resistencias incestuosas. Como lo he explicado ya más arriba, me parece más sencillo y más probable suponer que durante cierto tiempo debía serle muy fácil a la niña ver tanto a su maestro como a su padre y cuando prefirió entregarse más a los secretos presentimientos de la pubertad que a las obligaciones de la escuela y a las que tenía ante su profesor, entonces dejó que su *libido* se orientase hacia el muchachito de quien sin duda se prometió ciertas cosas secretas, cosas que luego quedaron descubiertas por el análisis, como hemos visto ya. Aun cuando nuestro análisis hubiera descubierto que la niña había tenido efectivamente resistencias incestuosas contra el profesor, por una transferencia sobre él de la *imago* del padre, esas resistencias no serían más que fantasías secundarias, exageradas e hinchadas *a posteriori*. El *primum movens* sería de todos modos la comodidad, o, para decirlo científicamente: el principio de la economía del esfuerzo. Me parece que poseo motivos muy contundentes para la hipótesis —que mencionaré aquí sólo a título de curiosidad— de que no es siempre el auténtico y legítimo interés por estos procesos sexuales y por su naturaleza desconocida el que excusa la regresión hacia las fantasías infantiles; encontramos también las mismas fantasías regresivas en personas mayores que desde hace mucho tiempo están enteradas de las cosas sexuales, de modo que en tales casos no existe ningún motivo legítimo para ello. Asimismo, he tenido más de una vez la impresión de que los individuos juveniles intentan mantener a la fuerza su pretendida falta de conocimientos en materias sexuales durante el psicoanálisis, a pesar de nuestras aclaraciones, para orientar la atención hacia allí, en vez de orientarla hacia el esfuerzo de adaptación adquirido. A pesar de que me parece muy dudoso que los niños lleguen a aprovechar su aparente o real falta de conocimientos en tales materias, es también preciso insistir, por otro lado, en que los jóvenes poseen el derecho a una explicación sexual. Para muchos niños redundaría en mayor beneficio, sin duda, que se les

aclarasen los problemas sobre tales materias en su casa, de un modo decente e inteligente, antes de que se enteraran a través de explicaciones indecentes en la escuela.

Nuestro análisis demostró con toda claridad que, en la niña, nuestra enferma, habíase desarrollado, paralelamente con el manifiesto desenvolvimiento progresivo de la vida, un movimiento regresivo de la *libido*, causante de la neurosis y de la discrepancia consigo misma.

El análisis se adaptó a la tendencia regresiva; gracias a ello, quedó descubierta la existencia de una curiosidad explícitamente sexual que venía ocupándose de determinados problemas. La *libido*, prisionera de estos fantásticos laberintos, se utilizó otra vez gracias al hecho de que las aclaraciones sexuales la libertaron del lastre de sus fantasías infantiles y equivocadas. Esta comprensión abrió a la niña los ojos sobre su actitud frente a la realidad y sobre sus verdaderas posibilidades en la vida. Esto, a su vez, acarreó el resultado de que la niña pudiera ocupar una actitud objetiva y crítica frente a los deseos puberales no maduros, estando ya en condiciones de renunciar a lo imposible en favor del empleo posible de la *libido* en el trabajo y en la consecución de las simpatías de su profesor. Al análisis se debe en este caso no sólo una tranquilización completa, sino también un considerable progreso en la escuela, a consecuencia de lo cual la niña pudo llegar a ser muy pronto la mejor alumna de la clase, según me confirmó el propio maestro. Principalmente, este análisis no se diferencia en nada de cualquier análisis de personas mayores. Lo único que no figuraría en estos últimos serían las aclaraciones sexuales; no obstante, encontraríamos algo muy análogo en su lugar, a saber: la aclaración sobre el infantilismo que contiene la actitud que la persona adopta frente a la vida hasta la fecha del análisis, y una instrucción acerca de la actitud justa e inteligente que se debería adoptar. El análisis no consiste sino en una *mayéutica socrática* muy refinada que no retrocede ni ante los senderos más oscuros de la fantasía neurótica.

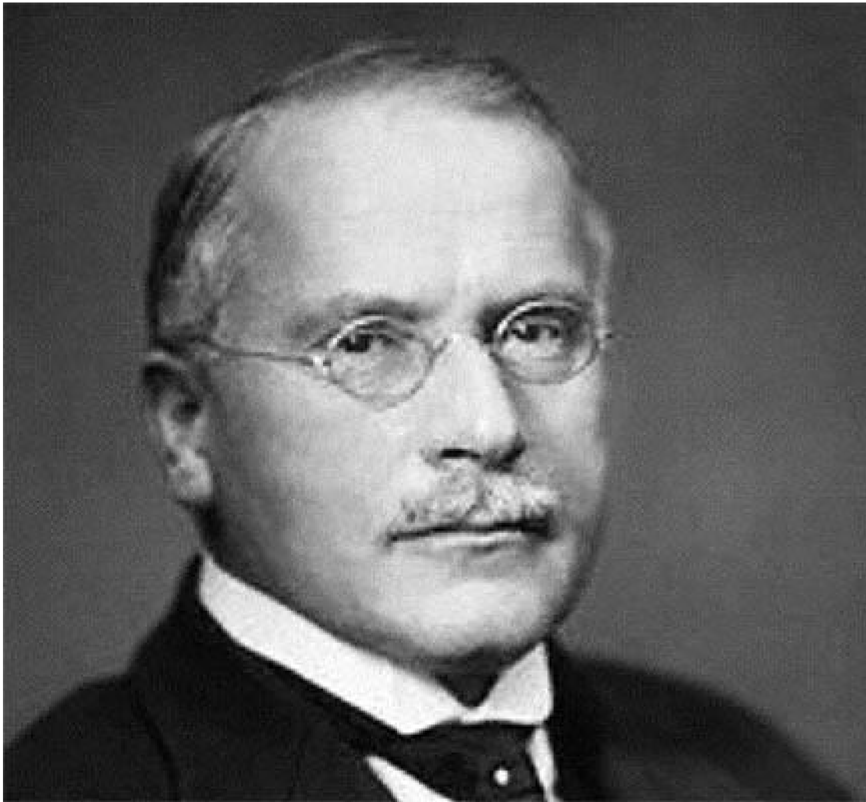
Esta exposición detallada de un caso, dará sin duda una idea del proceso de un análisis psicológico —aunque el ejemplo escogido no sea precisamente aforístico—, además de permitir echar una ojeada al interior del curso concreto de un tratamiento. Habrá hecho comprender también las dificultades con que forzosamente ha de tropezar nuestra técnica analítica, así como las bellezas del alma humana y sus problemas infinitos. He mencionado intencionadamente determinados paralelismos con la mitología para hacer adivinar, por lo menos, las posibilidades de aplicación verdaderamente universales de las concepciones psicoanalíticas. Al mismo tiempo, quisiera aprovechar la oportunidad para llamar la atención sobre otra importante consecuencia de esta comprobación: precisamente el hecho de que los elementos mitológicos lleguen a ponerse tan fuertemente de relieve en el alma de la niña nos permite entrever claramente el desenvolvimiento del espíritu individual sobre el suelo del «espíritu colectivo» de la primera infancia, hecho que ha dado lugar a la antiquísima doctrina según la cual precede y sigue a nuestra existencia individual un estado de saber absolutamente perfecto.

Los paralelismos mitológicos, tal como aparecen en los niños, volvemos a encontrarlos también en la demencia precoz y en el sueño. Estas relaciones constituyen un campo de trabajo amplio y fecundo para investigaciones psicológicas comparativas. El objetivo lejano a que nos conducen tales investigaciones es la

*filogénesis del espíritu*, que, comparable con la constitución física, ha alcanzado finalmente, tras múltiples metamorfosis, su forma actual. Lo que este espíritu posee aún hoy, hasta cierto punto, en cuanto a órganos rudimentarios, volvemos a encontrarlo en completa actividad en otras variedades del espíritu humano, así como en determinados estados patológicos.

Con esto llegamos al estado actual de la investigación psicoanalítica, habiendo esbozado por lo menos aquellas concepciones e hipótesis de trabajo que caracterizan de modo peculiar mi labor actual y venidera. Me he esforzado en dejar sentadas algunas concepciones mías que discrepan ligeramente de las hipótesis de Freud, no como afirmaciones contrarias, sino como un desenvolvimiento orgánico de las ideas fundamentales que el propio Freud puso en circulación en el mundo científico. No sería lícito perturbar la marcha ascendente de la ciencia, situándose en el punto de vista más opuesto posible —éste es el privilegio de los menos— y adoptando un vocabulario de términos técnicos lo más diferente posible; pero hasta aquellos pocos que pueden reclamar dicho privilegio se ven obligados a descender, tras cierto tiempo, de sus cimas solitarias, para volver a incorporarse otra vez a la marcha lenta de la experiencia y del enjuiciamiento normales. La crítica sagaz no volverá a hacerme —una vez más— el reproche de haber sacado mis hipótesis de las nubes; nunca me hubiera atrevido a pasar por alto las hipótesis ya existentes, si una experiencia múltiple no me hubiera demostrado que mis concepciones se justificaban plenamente en la práctica. Nadie tiene el derecho de acariciar esperanzas exageradas en cuanto al éxito que pueda tener un trabajo científico; sin embargo, si este último hallara aprobación en sus lectores, entonces me atrevería a hacer votos para que ellos contribuyeran a aclarar los errores y a eliminar algún que otro obstáculo que se ha opuesto hasta hoy a la comprensión del psicoanálisis. Naturalmente, mi trabajo no podrá nunca suplir la falta de experiencia psicoanalítica en el lector. Quien quiera tener voz y voto en el dominio del psicoanálisis, tendrá que investigar sus casos concretos tan concienzudamente como esta labor se suele llevar a cabo dentro de la misma Escuela psicoanalítica.

**FIN**



CARL GUSTAV JUNG (1875-1961). La obra de Carl Gustav Jung es una respuesta al estado psicológico del hombre occidental de nuestra época. Su objeto privilegiado de investigación antropológica es el sentido vital de individuos y culturas. En consecuencia, sus posiciones filosóficas otorgan al individuo el valor que le corresponde, sin olvidar por ello ni el aspecto colectivo ni su faceta oscura. Carl Gustav Jung inició su trayectoria profesional como psiquiatra en 1900 y pronto unió sus esfuerzos a los de Sigmund Freud y los psicoanalistas pioneros, detentando la presidencia de la Asociación Psicoanalítica Internacional durante sus primeros cinco años (1910-1914). Disuelta su alianza con Freud en los tensos momentos que desembocaron en la Primera Guerra Mundial, no abandonaría sin embargo la hipótesis de lo inconsciente en su estudio de la psique humana. Puede decirse que Jung desarrolló aspectos abandonados por el Psicoanálisis clásico, fundamentalmente la propositividad o finalidad psicológica y el aspecto colectivo e histórico de la psique individual.

# Notas

[1]

*¿Estáis todavía aquí? No, ¡esto es inaudito!*

*¡Desapareced! ¡Hemos esclarecido!* <<

[2] Tienes que extraer de cada palabra su valor inmediato práctico, y utilizarla dentro de la corriente de tu experiencia. Aparece entonces menos como una solución que como un programa de más trabajo, y en particular como una indicación de los métodos en que podemos progresar. No dependeremos de ellos; progresamos, y a veces asimilamos de nuevo con su ayuda. <<

[3] Etiología: explicación de las causas de una enfermedad. <<

[4] Véanse más datos sobre mi definición del concepto de la *libido* en mi obra *Wandlungen und Symbole der Libido* (Metamorfosis y símbolos de la *libido*). Franz Denricke, ed. Viena, 1912. <<

[5] Como es sabido, Pierre Janet profesa una teoría muy semejante. <<

[6] No se debe multiplicar los principios más allá de lo necesario. <<

[7] Desde luego, esto no es el motivo verdadero. La causa verdadera es el estado infantil del carácter. <<

[8] *Die psychosexuallen Differenzen der Hysteria u. der Dementía praecox*. (Las diferencias psicosexuales existentes entre el histerismo y la demencia precoz). *Zentralblatt f. Nervenheilkunde u. Psychiatrie*, 1908. <<

[9] Se podría objetar, además, que la demencia precoz no se caracteriza por la introversión de la *libido sexualis*, sino por la regresión hacia lo infantil, y que es ésta la diferencia entre el anacoreta y el enfermo mental. Eso es, por cierto, justo; sin embargo, sería preciso demostrar sí en la demencia es regular y exclusivamente el interés erótico el que se pierde. Me parece algo imposible tal demostración, excepto en el caso de que concibiésemos por esta clase de «eros» aquel de los filósofos antiguos, lo que seguramente no se ha intentado en esta explicación. Conozco casos de demencia precoz en los cuales se pierde toda consideración respecto a la autoconservación, pero no los intereses eróticos harto potentes. <<

[10] Ruego al lector que no se deje engañar por mi manera figurada de expresarme. No es, desde luego, la *libido-energía* la que se libra tan sólo vacilando de la función nutritiva, sino la *libido-función*, que está ligada a las metamorfosis lentas del crecimiento orgánico. <<

[11] No estará, sin duda, de más observar con ese motivo que todavía hay personas que creen en la posibilidad de que el psicoanalista se deje engañar por las mentiras de sus enfermos. Esto í es completamente imposible: toda menina es fantasía. Y nosotros tratamos precisamente las fantasías. <<

[12] «Introversión» no quiere decir que la *libido* quede sencillamente amontonada, en plena inactividad, sino que se la emplea de un modo fantástico e ilusorio, cuando de la introversión haya resultado una regresión hacia un modo de adaptación infantil. La introversión puede conducir también a un plan razonable de acción. <<

[13] Prescindo aquí completamente del parecido orgánico heredado que, desde luego, es responsable por muchas cosas, pero *no por todo*.. <<

[14] Aun esto podría ser combatido, alegando que es un aserto apriorístico. Sin embargo, tengo que hacer notar que esta opinión corresponde a la única «hipótesis de trabajo» universalmente reconocida: la deducción del sueño de vivencias y pensamientos del pasado más reciente. Nos movemos, pues, en un terreno conocido.
<<

[15] Fue Stekel quien expresó con la mayor insistencia esta opinión. <<

[16] «Susceptibilidad» no es, desde luego, sino una palabra. Se podría decir de la misma manera «*reaccionabiltdad*» o «*labilidad*». Sabido es que para designar el mismo concepto están en curso numerosos términos técnicos. <<

[17]

*Del poder que a todos los seres subyuga,*

*libérase el hombre que se supera.*

*Goethe* <<

[18] *Wasser*, «agua», se usa en alemán, a veces, como eufemismo, por «orina». <<